
Una Pareja Oscura y Destrozada
Jennifer Eve

Una pareja oscura y destrozada

Un romance paranormal con hombres lobo cambiaformas, pareja

rechazada y de enemigos a amantes

(Serie de la Redención de la pareja)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve.

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 1

GARIAN

El viento helado me azotaba la cara y la lluvia bailaba su danza maligna sobre mi cabeza a medida que conducía a los miembros de mi manada a una muerte asegurada. Pero no debía quejarme. Al fin y al cabo, era mi trabajo.

—Asegurad la zona. Tenemos que asegurarnos de que esas viles criaturas no traspasen nuestras fronteras —le ladré a Gilbert, el cabecilla del escuadrón que iba a ser el próximo beta de la manada, sin dedicarle siquiera una mirada.

Por el rabillo del ojo, vi cómo éste abría y cerraba la boca, sin llegar a pronunciar palabra alguna. Sin embargo, sabía bien lo que me quería decir.

«Es el día de tu boda, Garian», oí que me decía una voz en mi cabeza. «Este es el último lugar en el que deberías estar».

Pero, para mí, el matrimonio no era un factor determinante en mi vida. Ese puesto lo ocupaba mi manada. Así que aquí estaba yo, agazapado entre las ramas de lo alto de un viejo roble en el corazón del bosque de North Star, que se extendía durante kilómetros más allá de las espaldas de la manada. Desde esta altura podía ver por encima de los tejados hasta donde me alcanzaba la vista. En lo alto, los aviones tomaban posición en el cielo, en dirección a la torre O'Hare, cuya cúspide desaparecía en el cielo.

—Despejado. Los Errantes no nos han visto. Este es el mejor momento para atacar.

Me acuclillé en posición de salida, con las manos apoyadas en la pista y la espalda enrollada como un resorte.

—¡En vuestras marcas! Preparados, listos, ¡ya! —En mi cabeza retumbó un pistoletazo de salida. Me lancé hacia delante, intentando adelantarme al pelotón mientras dábamos caza a nuestros enemigos, o caíamos directamente en su trampa.

Fue en ese preciso momento, en esa fría noche, cuando comenzó mi viaje al infierno.

Cuando me encontré cara a cara con la muerte, la única realidad que me perseguiría durante días y días fue la aparición de la manada de salvajes Errantes, esos aulladores nocturnos cuyo objetivo común era apagar la llama de la vida de todos los lobos de la manada de North Star. *Mi* manada.

Sin embargo, la situación pronto cambió a nuestro favor. A pesar de ser menos, estábamos arrasando y las viles criaturas estaban perdiendo poco a poco la batalla contra nosotros. Ya sólo quedaba uno, el autoproclamado alfa. Aquel a por el que iba yo para volver a casa con su cabeza para ofrecerle a mi pueblo, como consuelo para los padres cuyos cachorros éste había arrebatado de los bosques.

Sin alterar su concentración, estiró un dedo desde su altura, con los dedos torcidos en tensos garfios. Me arreó en la cara con sus garras, desgarrando las capas de mi gruesa piel. La sangre me resbaló por la cara y me goteó en la camiseta negra.

No había visto la necesidad de cambiar a mi forma de lobo, ya que hacerlo sólo significaría que veía a los Errantes como una grave amenaza y estaría anunciándoles mi temor a mis guerreros.

Pero lo cierto era que tenía miedo. Estos hombres ya no eran sólo hombres lobo. Eran más fuertes, y sus fuerzas no eran naturales para los hombres lobo comunes. Habían sido envenenados con un virus de ese humano psicótico, Darcy Smith, que estaba empeñado en demostrarle al mundo que los hombres lobo no éramos más que animales y que podían controlarnos si intervenían fuerzas externas. Por suerte, lo habían detenido y estaba a la espera de juicio. Claro que eso no bastó para acabar con la manada de hombres lobo «renegados» que se multiplicaba a un ritmo alarmante y amenazaba al mundo entero.

El Errante volvió a atacarme, pero yo había encontrado una forma de defenderme. Le di una patada en las pelotas y reuní fuerzas suficientes como para dar una voltereta hacia atrás y así alejarme de él. Un aullido desgarrador surcó el aire como reacción del Errante a mi patada. Estaba sufriendo, lo sabía. Los Errantes eran hombres lobo bárbaros que preferían dejar sus genitales al aire, lo que le permitía a un guerrero enviarlos derechitos al reino del dolor. Yo era un guerrero de armas tomar y no iba a rendirme sin luchar.

No mientras la seguridad de mi pueblo dependiese de ello.

Me pasé una mano por la cara herida y no sentí sangre ni lágrimas. Al ser el próximo alfa de la

manada Star, me curaba más rápido que el Errante medio. No me contagiaba de su vileza ni de su hambre inagotable por comer, pero si quería sobrevivir a los ataques de esta bestia, tenía que defenderme mientras pensaba en cómo acabar con él de una vez por todas. De lo contario, acabaría en su vientre como un hombre desesperado que debería haber estado en su ceremonia de boda, pero cuya necesidad de aprobación le había llevado a esta cacería, sólo para convertirse en víctima de asesinato de un Errante.

—¡Venga, puto monstruo! —grité, decidido a acabar con esto de una vez por todas.

El Errante flexionó los músculos bajo su piel pálida y echó a andar hacia mí. Di un paso hacia el resplandor que proyectaban los faros abollados de mi coche para alterar la visión del Errante. Odiaban las luces brillantes porque la oscuridad era lo que los envolvía. Este Errante fue lo suficientemente listo como para no acercarse a mí, sino que se arrastró hacia la izquierda, a donde no llegaba el resplandor de los faros, y me estudió con unos ojos abismales y llenos de rabia.

Pero no pudo escapar del extremo letal de la rama afilada y pesada que recogí y lancé con gran precisión directa a su pecho.

No había forma de sobrevivir a eso, y me aseguré de ello cuando lo agarré del pelo y tiré para arrancarle la cabeza. Era mi premio. Los ancianos de la manada por fin iban a darse cuenta de que yo era más fuerte de lo que creían.

Sólo que esta cacería iba a acabar en la misma pila de desechos que las anteriores, ya que a mi llegada me encontré con otra estampa.

La de mi boda, o la que se suponía que debía ser mi boda.

La zona situada delante de mi mansión estaba de cara a una impresionante puesta de sol. En cada extremo del pasillo que llevaba al altar, unas velas perfumadas con jazmín colgaban de las ramas desnudas de los árboles. Había unas flores artificiales blancas esparcidas hasta donde me alcanzaba la vista; estaban ligeramente tiernas para que no se rompieran al pisarlas. A la izquierda había un pequeño grupo de familiares y amigos cercanos vestidos con ropa de playa para una mayor comodidad.

A ambos lados del pasillo, vi a los miembros de la manada sentados en las sillas blancas dispuestas para ellos sobre la arena. Y entonces llegó la novia. Mida Fyan, una novia alegre y despampanante que bajó por las escaleras de baldosas y cubiertas por unas alfombras caseras que

caían en cascada bajo el suave resplandor de la luna. Mi novia, esbelta y de ojos brillantes bajo su velo de doncella y con los brazos llenos de rosas.

Gilbert, que la esperaba en el vestíbulo de abajo, la miraba con ojos de adoración. Nadie me prestó atención a mí, el novio de aspecto tosco y manchado de sangre al que no le habían consultado antes de planear su propia boda. Pero ése ni siquiera era el problema.

La novia era el problema.

Los ancianos de la manada creían que nuestros esponsales de niños deberían haber sido justamente una broma entre niños inocentes que ni siquiera sabían lo que significaba la palabra esponsales. Pensaban que ni de broma iba a ser mi novia la evasiva, solitaria y desgraciada de Mida, nacida de un paria y condenada al ostracismo tras una vida patética, y, de alguna forma, habían contagiado mis pensamientos con sus desagradables creencias.

¿Acaso era esta chica digna de mí? ¿De la manada? ¿Una descendiente maldita de Rialus?

Estas preguntas, y otras más que carecían de respuesta, se agolparon en mi cabeza mientras observaba cómo se dirigía hacia mí. Nuestras miradas se cruzaron y todas las dudas se disiparon en una certeza absoluta. No éramos el uno para el otro y daba igual lo que nos deparara la vida, eso nunca iba a cambiar. Era imposible que nuestra felicidad dependiera del otro.

Empecé a negar con la cabeza, sin dejar de mirar a Mida. Apreté y solté los puños cuando sus pies la acercaron más a mí. Los invitados se giraron lentamente cuando pasó junto a ellos. Las chicas vestidas de verde formaban dos filas a ambos lados del altar.

Entonces, Benjamin estrelló las manos contra la barandilla del balcón y gritó con una voz amenazadora.

—¡¿En qué estáis pensando?! ¡¿Qué es esta locura?!

La música del órgano se detuvo.

Levanté las manos.

—¡No puedo seguir adelante con esto! Al menos, no si *ella* es la novia. —Mida se encogió ante el crudo desdén que debió de sentir irradiando de mí. Era justo lo que yo quería que sintiera. Los presentes pronto quedaron envueltos en un silencio ensordecedor ante mis palabras.

Unas palabras me habían granjeado la atención de todos, desde el más joven hasta el mayor. No hacía falta que nadie lo dijera en voz alta, todos sabían lo que iba a hacer a continuación y esperaban en silencio el bombazo que iba a soltar.

—Yo, Garian, alfa inminente de la manada de North Star, por la presente rechazo a Mida Fyan como mi pareja. —La miré con ojos fríos y le dije más a ella que al resto de la manada—. Provienes de un linaje maldito. Desciendes de Rialus, el hombre que ha causado estragos entre los hombres lobo. Eres débil, insignificante y no eres digna de ser luna.

Capítulo 2

MIDA

Estaba destrozada.

No había más vueltas que darle ni forma de andarse con rodeos respecto a lo que sentía en ese momento. Sencillamente estaba... destrozada, me veía incapaz de decir ni una palabra mientras sentía que el corazón se me hacía añicos por dentro. Sentía como si una mano se hubiera colado en mi interior y estuviera estrujando sin piedad todo a lo que podía echar mano.

Garian, el chico amable y responsable aunque malote, y el siguiente en la línea de sucesión para ser el alfa de la manada -o, en otras palabras, el lobo más poderoso con el aspecto de un dios griego y el ego más grande del universo- acababa de burlarse y rechazarme de una forma brutal, y delante de todo el mundo. ¿Qué clase de persona le hacía eso a otra? ¿A su pareja?

—Ah, ¿te creías que algo de lo que compartimos en la infancia tenía algo de especial? Tengo una larga lista de hembras más que cualificadas que matarían por estar conmigo y que aportarían algo a la manada. ¿Por qué iba a conformarme contigo? —continuó Garian, mirándome de arriaba abajo con asco mientras yo lo miraba con ojos de dolor.

Me había pasado toda mi vida anticipándome a este día; esperando pacientemente y sin mirar ni dos veces a otros hombres, sólo para poder darle a Garian el regalo más preciado que una mujer como yo podía darle a otro: mi corazón. Y ahora, aquí estaba yo, viendo cómo me despreciaban por mi ascendencia. Esto era solo un juego para él, lo sabía. Sólo quería ver hasta dónde podía romperme. Pues bueno, preferiría morir antes que darle la satisfacción de saber que me había hecho más daño del que nadie me había hecho jamás.

—Le diré a los ancianos que cometí un error y buscaré a una pareja más... adecuada —dijo, partiéndome por dentro aún más... si es que era posible.

Mi loba aulló en mi interior mientras me preparaba mentalmente para la humillación que recibiría de los demás miembros de la manada. Sentí una pena indescriptible y empezó a dolerme todo. Estaba sucumbiendo a la angustia de verme rechazada por mi pareja poco a poco, mientras que el que había orquestado mi desdicha ni siquiera esperó unos instantes. Se dio la vuelta y se marchó nada más soltarme esas palabras repugnantes. Yo no era digna de un lobo como Garian. Yo lo sabía, y todos los demás lo sabían también. Yo no era nada comparada con él.

Las chicas como yo no tenían cabida con hombres como Garian. Él era un dios del sexo con patas y no había mujer en el universo que no lo deseara. Y después estaba yo, a la que nadie me había invitado a salir jamás, ni siquiera cuando se puso de moda en el instituto fingir pedírselo a alguien de broma. Garian había sido el único en mostrarse amable conmigo, quitándome de encima a los acosadores, ahuyentándolos y acompañándome a casa y asegurándose de que estaba a salvo dentro antes de marcharse. Era en pro de este espíritu que se había producido nuestro compromiso, o lo que yo había considerado como una idiota un compromiso.

El hechicero de la manada de entonces nos había encontrado juntos en la calle y había anunciado una especie de profecía.

No podía recordar sus palabras tal y cual, pero desde entonces se había despertado algo en mí que se había sentido ineludiblemente atraído por Garian. Cada vez que lo veía, mi loba ronroneaba de excitación, y poco a poco me fui dando cuenta de que nos habíamos convertido en pareja predestinada. Pero ahora, Garian me había rechazado.

Con ese pensamiento en mente, tiré el ramo al suelo con amargura y eché a correr. Aunque los invitados no eran más que un borrón mientras echaba a correr, no pude pasar por alto sus miradas y sus duros comentarios.

Se rieron y se dieron codazos los unos a los otros mientras decían:

—Su destino es que la rechacen. No hay más que ver sus antecedentes familiares. A la gente como ella debería pasarles un coche por encima.

—No siento ninguna pena. Siempre me he preguntado cómo y por qué Garian se conformaría con una marginada como ella.

Una marginada. Sí, ningún término podría describirme mejor. Mida Fyan, la única descendiente viva de Rialus, el lobo maldito que casi condujo a los hombres lobo a la extinción a causa del virus mortal del que fue portador toda su vida. Aunque hacía tiempo que se había ido, la

consecuencia de la vida patética y desgarradora que había llevado seguía presente desde entonces, persiguiendo a todo el que salía de las entrañas de sus descendientes. Igual Garian no había estado equivocado; igual había yo sido la egoísta. Me reproché el haberme planteado alguna vez aparearme y traer al mundo a niños inocentes que tendrían que pasar por las mismas penurias que yo.

Me pasé los siguientes treinta minutos corriendo hasta que llegué exhausta y deshidratada a la orilla de un río. Me dejé caer sobre un tronco hueco y cubierto de musgo y me quedé mirando el estanque de agua cristalina en forma de corazón que tenía delante.

Con la voz partida, sollocé tan fuerte como me fue posible. Dejé que mis sentimientos me desgarraran la garganta con unos sonidos guturales y estridentes. Debo admitir que me sentí bien al venirme abajo yo sola junto a la orilla del río.

Sentía la clase de dolor que te decía que habías agotado tu energía de reserva y que la esperanza se había perdido ahora en el vacío. Era como si me estuvieran arrancando una parte de mí. Las barreras que había levantado durante años en torno a mi corazón, repitiéndome para mis adentros que no me importaba lo que los demás pensaran de mí, se derrumbaron cuando por fin supe que todas personas, incluso los desconocidos, me encontraban también repugnante.

Quería tirar la toalla, y eso fue justo lo que hice.

Sin embargo, no iba a tirar la toalla conmigo misma. La mejor venganza, diría mi madre, era reunir los pedazos de tu vida una vez que otros la habían destrozado y convertirla en un precioso cuadro.

De no ser por esto, no habría conseguido reunir la energía temporal y renovada que me llevó a mi pequeña habitación en la posada del centro, que era donde trabajaba como limpiadora.

La noche había pasado en un borrón y pronto me desperté con la pena oprimiéndome el pecho. El sol de primera hora de la mañana se colaba por las cortinas de encaje del cuarto y lo único que quería era taparme la cabeza con la almohada y olvidar lo que había ocurrido el día anterior.

Pero era una tarea imposible porque la escena se repetía en mi cabeza una y otra vez. Cuando abrí los ojos, se me escapó una carcajada de autodesprecio. Apoyé la cabeza en el respaldo de madera, sintiendo la humedad en las mejillas. Patética. Eso era todo lo que era. Me dolía el pecho hasta el punto de sentir que iba a estallarme a causa de toda la agonía contenida en mi interior.

Mi padre, el único hombre que me había mostrado un ápice de amor, ya no estaba. Quería llorar, pero ya había gastado casi todas mis lágrimas la noche anterior. Además, había aprendido que llorar no cambiaba nada, ni tampoco acurrucarse bajo una manta y esconderse en la cama todo el día. Me debía a mí misma más que lágrimas y negación.

Pero lo reciente de mi desamor seguía revoloteando en mi vientre, y no faltaba esa risa de autodesprecio que se me escapaba de la boca mientras me duchaba. Tenía la piel sensible y cualquier contacto con ella me producía un dolor semejante a si me estuvieran clavando mil agujas al mismo tiempo.

No me cupo duda de que iba a superarlo pronto, pero iba a esforzarme en tragarme el dolor.

Me vestí rápidamente y salí de la habitación, para encontrarme a Jake, mi compañero de trabajo, que tenía los ojos clavados en la tele de la esquina, el pelo revuelto y la piel seca, señal inequívoca de que ni siquiera se había dado un baño. Sabiendo que el hombre no me dedicaría más que una vacilante inclinación de cabeza si lo saludaba, seguí con mis tareas, pero mientras buscaba los productos de limpieza, mis oídos captaron algo que estaba diciendo una reportera humana en las noticias, concretamente porque había mencionado el nombre de Garian,

—Estamos en directo desde la Gran residencia en la manada de North Star, donde han empezado a sucederse varias reacciones después de que el caza-hombres lobo, Darcy Smith, acabe de ser puesto en libertad por falta de pruebas. Esta noche, el que pronto será alfa, Garian, compartió sus opiniones sobre las misteriosas muertes que se reportaron mientras su ceremonia de boda estaba en curso y conquistó los corazones de la población de hombres lobo que se sienten estafados por el fallo del tribunal.

Esta vez, me detuve a escuchar.

»Sin embargo, uno de los momentos que desató reacciones en las redes sociales fue cómo Garian habla del inicio de una guerra entre especies y cómo ha hecho un llamamiento a todos los hombres lobo ahí fuera para que se preparen.

Esto era extraño, divertido y extrañamente desconcertante al mismo tiempo. Sentí como si todo lo que había vivido el día anterior hubiera sucedido hacía toda una vida ante los rumores de una guerra en un entorno antaño pacífico. Por primera vez en cinco días, abrí la boca para hablar con Jake.

—¿Qu-qué está pasando?

Y por primera vez, Jake me respondió.

—Una guerra, Mida. Va a haber una guerra. Los humanos nos están matando.

Capítulo 3

GARIAN

La muerte no me provocaba empatía alguna. Dado que los humanos delirantes creían que los hombres lobo no eran más que animales que traían la muerte a otros, lo lógico era no sentir emoción alguna al destruirlos.

—Llama al consejo. Se avecina una guerra y no deben pillarnos desprevenidos. —dijo mi madre, Gemma, la luna de la manada de North Star, sin perder un segundo.

Si las palabras fuerte, decidida, intrépida y valiente se batieran juntas en un cuenco para formar una sola palabra, el resultado seguiría quedándose corto para calificar a la mujer que me había parido y que, sin embargo, luchaba por hacerse un hueco en el despiadado mundo de la política de los hombres lobo.

Pero no siempre había sido así.

Hace mucho tiempo, cuando los hombres lobo aún vivían en las sombras y batallaban por existir, creció una relación simbiótica entre ellos y la naturaleza que ayudó a las criaturas a prosperar. Pronto, surgió la necesidad de expandirse a medida que más lobos se unían a la manada, construyendo estructuras que quedaban como recuerdos de lo que North Star solía ser; una sociedad de hombres lobo trabajadores que querían gozar de una buena vida... hasta que los humanos descubrieron nuestras verdaderas identidades y nos lo arrebataron todo.

Los «segadores», como se llamaba popularmente a los humanos, cosechaban donde no habían sembrado, masacraban a cambiaformas y hechiceros y se llevaban nuestros recursos, tanto en cerebro como en músculo. Los letales proyectiles tecnológicos de los humanos junto con un suministro ilimitado de plata y acónito eran señales inequívocas de hombres a los que no se les podía poner un dedo encima. Los alfas que presidieron el consejo en años ancestrales no

pudieron derrotar a los humanos hasta que un alfa tomó las riendas del poder: Maverick, el padre de Gemma.

El inicio del reinado de Maverick conmemoró un punto de inflexión en la cronología de North Star, ya que la civilización del mundo entero acabó reconociendo un tratado de paz que garantizaba la seguridad y la existencia continuada de los lobos. Ya no seríamos aniquilados por los humanos bajo ninguna circunstancia, y el poder político y económico sería legítimamente devuelto a los hombres lobo.

Además, se permitía el comercio con los humanos, aunque a cambio, los lobos se mantendrían alejados del territorio humano y nunca lo traspasarían. En casos de visitas necesarias al mundo humano, había que informar a las autoridades competentes, que concedían unos pases que debían sellar los humanos en los aeropuertos.

La muerte de Maverick marcó el comienzo del ascenso al poder de Gemma, y las cosas parecían ir bien hasta hace poco. Los humanos estaban rompiendo el pacto que habían hecho con nosotros, provocando disturbios en todo el país.

Aun a pesar del malestar, Gemma seguía siendo una madre. Por eso me había preguntado:

—¿Estás bien, Garian? Debes de estar agotado después de lo de ayer. ¿Quieres descansar un poco mientras yo...?

—¿Mientras se celebra una reunión del consejo tan importante? ¿Qué pensarán de mí los ancianos?

Mamá se encogió de hombros.

—No hay necesidad de que te excedas para impresionar al Consejo.

—¿Se han reunido los miembros del consejo? —pregunté.

—Sí, mi señor.

El recepcionista nos condujo al interior de la mansión. En una de las salas había una larga mesa en el centro, rodeada de al menos diez sillas. Ninguna estaba ocupada porque todos los presentes estaban de pie. En cuanto Gemma y yo llegamos y tomamos asiento, ordenó al resto que hiciera lo mismo.

—¿Cuál es la situación actual de la decimosexta región? —quiso saber ella.

—Se nos está yendo de las manos —informó uno de los miembros—. Una gran parte de los humanos está pidiendo que suelten a Darcy. Hemos intentado convencerles de que es inequívocamente culpable, pero es en vano. Las familias de los fallecidos quieren justicia, *de inmediato y* con pruebas.

—¿Qué pruebas, Xavier? —preguntó mi madre al miembro que había hablado.

Éste miró al resto de sus compañeros antes de responder.

—Quieren ver el cuerpo del humano. La región quiere pruebas de su muerte.

Otro anciano de la manada, Damian, al que no le tenía mucho aprecio -aunque tampoco es que le tuviera aprecio a ninguno de ellos-, se mordió el labio inferior, se inclinó hacia delante y apretó los dedos.

—Entonces entrégales el cuerpo, Xavier. ¿Quieres que estos cambiaformas empiecen a cuestionar a la administración? Ya sabes lo que pasó la última vez. Dime, ¿qué has hecho para frenar esta situación?

Xavier bajó la mirada. No podía mirar fijamente al señor cambiaformas que tenía delante. Damian no era un anciano cualquiera. Apestaba a un poder frío, brutal y crudo por ser primo de la luna. Tenía un rostro esbelto y unos pómulos altos que enmarcaban sus ojos marrón oscuro, una nariz puntiaguda y labios rojos como la sangre. En lo alto de la cabeza, recogía su pelo castaño en una elegante coleta que caía en cascada sobre sus anchos hombros. Aún no me había acostumbrado al modo de Damian de sacarme de quicio, pero quería creer que no pretendía causar mal alguno con ello. Desde que los vientos de cambio que dieron lugar a la existencia de los lobos soplaron por primera vez sobre el mundo, la familia de Damian había ocupado siempre la posición de betas, los segundos al mando de los alfas o las lunas.

—No podíamos seguir adelante con tal orden. Creíamos que podría provocar el caos, así que queríamos que los ancianos llegaran a un consenso primero.

—¿Qué? —preguntó el anciano con calma—. ¿Has dicho algo, Xavier?

—No hemos hecho nada. —A Xavier le temblaba la voz.

Como un rayo, el anciano se puso de pie y blandió sus garras contra Xavier. Éste gritó y se

cubrió la cara con las palmas de las manos. La sangre le goteaba entre los dedos. El viejo le había arañado.

—¡Gemma! —El anciano señaló a mi madre los ojos ardiendo de rabia—. ¡¿Por qué no se ha hecho nada?! ¿Has estado tan ocupada educando al inútil de tu hijo que te has olvidado de los asuntos de la manada?

Gemma parecía imperturbable cuando le clavó la mirada en Damian.

—Puede que nos encaminemos a una guerra, pero todavía hay reglas que deben acatarse, Damian. Así que, si no sientas el culo y dejas que esta reunión siga su curso como es debido, puede que no recibas una invitación para la siguiente.

Damian, aunque temblaba visiblemente de rabia, soltó una carcajada propia de un loco y tomó asiento. Sin decir palabra, empezó a lamer la sangre de Xavier de sus garras. Xavier seguía gimoteando, pero la herida le había empezado a cicatrizar.

En ese momento entró el guardia que nos había recibido antes, haciendo una profunda reverencia.

—Sirius, el hechicero jefe, está aquí y le gustaría unirse a la reunión.

Era en ese momento que la reunión iba a dar un nuevo giro, lo sabía, resultó evidente por el silencio que se hizo en la sala al anunciar la llegada de Sirius. El hechicero sabía que el secreto de un hechizo mágico radicaba en el propio mago, en las palabras con definiciones duales que podían causar el tipo de cortocircuitos que alteraban cerebros y comportamientos y cambios en la realidad. Que los hechizos trajeran el bien o el mal dependía enteramente de la lealtad del mago, al habíamos comprado con nuestro respeto y confianza.

Sirius entró y se quedó de pie con la espalda rígida. Tenía las largas piernas separadas a la altura de los hombros y una mirada penetrante. Llevaba el pelo castaño brillante recogido en una coleta elegante. En la oreja izquierda le brillaba un pendiente esférico de color plateado.

Sus hombros de luchador formaban parte de su físico corpulento, pero estaban cubiertos por una capa púrpura. En los dedos llevaba una corona de zafiros, el objeto más valioso de los siete aquelarres de los hechiceros, y lo único que le añadía una chispa de brillo a su aspecto.

Acababa de empezar a preguntarme por qué había decidido presentarse allí cuando, tras mirar a

cada persona presente en la sala, abrió la boca.

—¡Hay un mensaje para la manada de North Star!

Una profecía.

Como no era algo muy común en el mundo en que vivíamos, si algo sabía de las profecías era que *nunca* eran buenas. Las siguientes palabras de Sirius me dieron la razón, y se me heló la sangre.

—Antes de seguir adelante, aprehended *a la loba maldita,* pues podría ser la única clave de la continuación de nuestra existencia.

Mida. Mida Fyan, mi pareja rechazada.

Capítulo 4

MIDA

Si me creían que los problemas de mi vida terminarían con el deprimente y humillante rechazo de mi pareja predestinada y los recientes rumores de guerra que corrían por el pueblo, estaba muy equivocada.

Eran las tres de la madrugada cuando volví de mi turno de noche, deseando calentar la sopa que había sobrado del menú de la cena y comérmela delante del viejo televisor que había desenterrado de un estercolero la semana pasada.

Sin embargo, cuando llegué a la entrada de mi pequeña habitación, oí sonar las alarmas en mi cabeza.

Mi puerta está entreabierta.

Con el corazón golpeándome la caja torácica, abrí la puerta.

¿Quién querría robarme?

El interior estaba oscuro y la puerta se cerró con fuerza tras de mí en cuanto entré. Me di la vuelta y vi a tres hombres corpulentos frente a mí.

—¿Qué es esto? —pregunté—. ¿Qué queréis?

—Nos han ordenado que te llevemos, por todos los medios necesarios, a la región de Haran —habló una voz detrás de mí. Miré por encima del hombro y vi a otros cuatro hombres de pie. Reconocí al más alto. Parecía ser el que siempre acompañaba a Garian dondequiera que fuera. Fuera lo que fuese esto, sabía que no iba a acabar bien.

—¿De qué va esto? Si no me falla la memoria, ya no soy la pareja predestinada de vuestro alfa.

Si va a...

—Garian no quiere verte —respondió el hombre con sequedad y sus palabras desgarraron la tierna carne de mi corazón como un cuchillo.

Garian no quería verme. Despreciaba mi presencia y hacía de mi dolor una farsa. Me había abierto un boquete en el corazón con un revólver helado y ahora no quería verme. No había forma de superar el dolor que me helaba el corazón, supe que la herida sería permanente. Iba a sufrir esta angustia para siempre.

Pero no podía.

—Me temo que tendrás que venir con nosotros, Mida.

Aunque mi cerebro se opuso a la idea, fui con ellos. No había mucho que una chica pudiera hacer contra siete hombres fornidos, entrenados profesionalmente y experimentados. Aunque me hubiera resistido y defendido, sabía que sólo habría conseguido derribar a uno o dos antes de que me rompieran las extremidades y arrastraran de forma humillante mi cuerpo hasta Haran.

Al menos pude viajar con ellos en un coche de última generación, uno que sabía que nunca iba a poder permitirme ni en diez vidas.

El trayecto hasta la región fue más corto de lo que esperaba. O tal vez mi estado distraído ayudó a reducir el trayecto de una hora a cinco minutos. Sea como sea, volví a ser consciente de mi entorno cuando los coches entraban en la región. La mansión estaba allí erigida como si la naturaleza misma que la rodeaba la hubiera abrazado, y la flora fluía tanto en su interior como a su alrededor. Como si el arquitecto hubiera adorado tanto los árboles que la gran casa se hubiera construido alrededor de ese roble centenario y poderoso.

Encontramos a Garian esperando fuera del recinto en todo su esplendor, con un aspecto cuidado y bien arreglado, sin un pelo en la cabeza fuera de su sitio.

Con solo verlo allí, mi mente pasó por un ciclo de emociones más rápido que un niño cambia de canal de radio. Pasé de la indiferencia al dolor, luchando contra una mezcla de emociones enfrentadas, cada una de ellas compitiendo por llevar la voz cantante. El coche se detuvo justo delante de él, lo que significaba que no tendría escapatoria. Por suerte, conseguí hacer a un lado la batalla que se libraba en mi mente y que se recreaba con las posibilidades. Sin embargo, en cuanto me sacaron del coche y me encontré cara a cara con Garian, supe que mi mecanismo de

defensa era poco menos que un fino velo sobre el trauma y que incluso el más pequeño de los contratiempos haría que me viniera abajo.

Pero había una nueva emoción gestándose bajo mi dolor: rabia. Garian parecía estar bien, como si no me hubiera rechazado el día anterior. No presentaba signos de dolor ni angustia, casi como si yo sólo hubiera sido una pequeña e insignificante fase de su vida. Estaba claro que para él había sido muy fácil pasar página. Por si fuera poco, me ignoró y miró a sus hombres con cara seria.

—Me preguntaba por qué tardabais tanto. Estaba a punto de irme, imaginándome que se había enzarzado en una pelea con vosotros.

Era malo y un repelente. Quise borrarle esa altanería de la voz de un bofetón, pero uno de sus hombres le contestó antes de que yo le soltara un comentario desagradable.

—No estaba cuando llegamos. Tuvimos que esperarla.

Fue en ese momento cuando Garian pasó la mirada del hombre a mí.

—¿Dónde estabas a estas horas de la noche?

Cualquiera que hubiera visto a Garian en ese momento habría pensado que simplemente se preocupaba por mí. Yo casi también me lo creí, dada la rigidez de su postura y la preocupación de sus ojos, pero sabía que no era así. Aun así, no me quitó la vista de encima y yo me merecía unos cuantos elogios por lo mucho que me la sudó.

Además, quería sacarlo de quicio. Enfurecerlo.

—¿Y se puede saber a ti qué te importa? —dije con un resoplido.

No pareció hacerle gracia mi grosería.

—Sabes que nos están dando caza. ¿De verdad eres tan idiota?

Eso me sentó como una bofetada. Me dolió, pero mantuve una expresión impertérrita.

—Bueno, debo de serlo porque eso es justo de lo que me hiciste darme cuenta ayer. Así que, ¡puede que tengas razón! —exploté en un ataque de rabia—. ¡A lo mejor deberías añadir eso a la lista de razones por las que crees que no soy lo bastante buena para ti!

Garian dio un respingo. Era evidente que le habían afectado mis palabras.

—No hagas eso —me advirtió.

—¿Hacer qué? Solo digo la verdad, ¿no? Me odias, pero tenías que dejarlo claro delante del mundo entero. No me hago una idea de lo satisfactorio que debió de resultarte, pero me alegro de haber podido servirte de entretenimiento durante tanto tiempo. —Entrecerré los ojos. En respuesta, dio un paso hacia mí, cubriendo la distancia que nos separaba. Mi pecho se apretó contra el suyo y, a pesar de mi angustia, sentí que el corazón me daba un vuelco. Veía al lobo de Garian tras sus ojos, una bestia peligrosa que no debería hacer que mi sangre se enfureciera de la forma en que lo hacía.

Pero si no me equivocaba, también había una suavidad tras esos ojos, un anhelo de hacer algo que era contrario a lo que había hecho hasta ahora. ¿Abrazarme? ¿Ser amable conmigo? No sabría decirlo, pero, por un momento, me atreví a dejar que mi corazón pensara que iba a decirme algo alentador. Sus siguientes palabras apagaron todo rescoldo de esperanza que me quedaba.

—¿De verdad creías que lo de jugar a casarnos iba en serio? Éramos amigos, sí, pero ¿de verdad te creías que eso era suficiente para ganarte el puesto de luna? Venga ya, Mida. Baja de las nubes. Si alguna vez sentiste que yo sentía algo por ti, es cosa tuya, porque en ningún momento fue así. Nunca sentí nada por ti, y tampoco lo siento ahora. Eres una loba maldita; no eres digna. Pero, mientras te lames las heridas, puedes serle útil a la manada. Sirius ha solicitado tu presencia, esa es la única razón de que estés aquí. Así que, acompáñame.

Se dio la vuelta y echó a andar con unas zancadas largas que despedían tanta autoridad que me vi siguiéndole como si el no hacerlo fuera a acarrearme algún tipo de castigo.

La pena me sobrevenía en oleadas, oleadas turbulentas y violentas cuyo único objetivo era hundirme. Tragué con fuerza, pero la sentí como una esquirla en mis entrañas que nunca se iba, desgarrándome por dentro. En aquel momento de silencio, me dejó sin aliento y me cortocircuitó la mente.

Yo era una loba maldita.

No es que jamás lo hubiera estado, pero mientras vivieron, mis padres siempre me colmaron de un amor que me hacía sentir completa. Pero lo que antes estaba completo ahora estaba destrozado; donde antes había paz ahora había vacío, los ecos de un amor al que lo había

apostado todo.

Mi único delito fue no ser capaz de hacer frente a su rechazo, a las palabras que Garian había soltado sin control. Lo inadecuada que me encontró entonces era lo inadecuada que me encontraba el mundo. Esto era lo que quedaba de un alma antaño orgullosa, apenas unos fragmentos en el suelo, temerosos de que la siguiente ola se los llevara consigo.

Sin embargo, iba a vivir con ello y seguir adelante. Tenía que hacerlo.

Pero el siguiente giro de los acontecimientos iba a hacer que me diera cuenta de que era una optimista irredimible por pensar siquiera en que llegaría a vivir un día sin preocupaciones ni problemas ni peticiones ridículas como la que me acababa de plantear ahora el consejo.

Me quedé mirando al consejo de ocho miembros, compuesto sólo por varones excepto la luna. A su lado estaba Sirius, el hechicero jefe, muy respetado en el país, pero que se mantuvo callado en todo momento.

—¿Cómo han dicho?

Estas eran las personas que me hacían sufrir. Eran hombres corruptos de poder que pensaban que podían controlar a todo el mundo. Y sabía que esto era otro complot malicioso para hacerme la vida más difícil de lo que ya era, cosa que me enfurecía aún más.

El que reconocí como Damian fue el que habló.

—De acuerdo con la gran profecía que nos ha dado el hechicero, tú, Mida Fyan, has hallado por fin la relevancia que tanto has procurado. Debes emprender un viaje para encontrar la tumba oculta de Rialus, ya que es la única forma de salvar a los hombres lobo. Verás, eh, nos equivocamos al señalar rápidamente a los humanos como culpables cuando tenemos... a tu antepasado como culpable de la existencia de los virus en primer lugar.

Mientras Damian pronunciaba esas palabras, sentí cómo los ojos de Garian se clavaban en mi piel, en algún lugar de mi izquierda, pero cuando me atreví a mirar, vi que estaba mirando a Damian. Tenía los ojos enfurecidos, y vi la inquietud en él, como si en su cabeza se estuvieran gestando mil ideas sobre cómo brindarle a Damian una muerte lenta pero dolorosa.

—Lo habríamos hecho nosotros mismos, pero por fortuna, no somos descendientes de Rialus. Sólo un descendiente puede encontrar su tumba. Además, ¿de verdad querría alguien...?

—Basta, Damian —lo interrumpió al fin Gemma—. Escucha, Mida —empezó, clavando sus ojos en los míos—. Después de todo lo que has pasado, puede que esto te parezca inesperado. Pero, como cambiaformas, estoy segura de que no quieres que toda la raza se extinga, y puede que tú seas nuestra única oportunidad de detener lo que sea esto. Es una oportunidad para ganarte por fin el valor que mereces, una oportunidad para que te acepten al fin. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

Como si tuviera que ganarme mi valía y aceptación en primer lugar, resoplé para mis adentros, sintiéndome una idiota y emocionalmente agotada. Hastiada, miré por la única ventana de la sala, preguntándome de qué otras formas iban a convertir en polvo los fragmentos de mi corazón roto esas personas malvadas.

Una parte de mí quería meterse en la cama, taparse con las sábanas y llorar a lágrima viva.

Pero no quería seguir sufriendo.

Quería subirme a su mesa estúpidamente alta y darles a todos, sobre todo a Garian, un «idos a tomar por culo» grande como una casa. Quería romper todos sus estúpidos adornos y reliquias, quería hacerles daño. Quería que sintieran una pizca del dolor que yo sentía.

Pero éste era el mundo real. Y yo no podía más que enmascarar mi dolor con indiferencia, pero desde luego no iba a hacerles ningún favor.

—No, no voy a hacerlo —solté.

Capítulo 5

GARIAN

La gravedad de la situación se abatió sobre mí. Un peso sólido tiró de mis hombros y atravesó mi conciencia como un rayo. La única persona capaz de ayudarnos a acabar con esta enfermedad era la misma a la que yo había rechazado públicamente. El que Mida no quisiera hacerlo era culpa mía.

Miré al resto del consejo. Sus semblantes mostraban diversos grados de conmoción y miedo, distorsionados por la ira y el desdén. Mi madre, que acababa de salir en su defensa, se dirigió hacia ella como si fuera una asquerosa humana que hubiera invadido el santuario de nuestra manada. Los ojos le empezaron a relampaguear a medida que la espalda se le encorvaba hacia delante. Respiraba entrecortadamente mientras luchaba por recuperar la compostura.

Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Quería decir algo, pero se lo pensó mejor. Una señal de que no había perdido completamente los estribos.

—Lo hará. —Oí cómo salían las palabras antes de que pudiera ponerles freno.

Mi madre entrecerró los ojos y detuvo su avance. Mida me miró con los ojos muy abiertos cuando me acerqué a ella y me planté delante, con la cara lo bastante cerca como para ver las diminutas motas de oro que se escondían en sus profundidades.

—Lo harás. El que sea la sangre que corre por tus venas la que está envenenando a todos los de nuestra especie debería despertar alguna parte de ti que sintiera tanto la necesidad de corregir lo que nos has causado a todos como de ser útil para variar —le gruñí al oído y juré que dejaría que mi madre la destrozara si respondía desfavorablemente.

Esperé lo que me pareció una eternidad a que me contestara. Su insolencia no tenía límites. Mi manada sólo contaba con miembros dignos, y aquí estaba yo, defendiendo a esta criatura insignificante.

—De acuerdo —respondió Mida con una voz derrotada que me permitió soltar el aire de los pulmones. Me dije a mí mismo que era sólo cuestión de instinto el proteger al animalillo. Necesitábamos su sangre para llevar a cabo la profecía, y ahí se acababa el interés que tenía en ella.

—Irás con ella —me ordenó mi madre antes de darse la vuelta y marcharse. Cada fibra de mi renegaba de tener nada que ver con Mida ni con su malogrado linaje. Contemplé la espalda de mi madre, que se retiraba.

Tenía que haber alguien más.

—¿Por qué yo? —Traté de no dejar que la irritación se filtrara en mis palabras.

Mi madre se giró, pero no se acercó.

—Porque, igual que Mida, aún tienes mucho que demostrar. Aún no eres alfa, y ser el siguiente en la línea de sucesión no sirve de nada si eres débil. —Sentí cómo la mandíbula se me apretaba ante sus palabras. Yo era un guerrero feroz y respetado por mi manada. Se lo demostraría a mi madre y a todos los demás de una vez por todas.

—Tiene que haber algún plan alternativo. Estoy seguro de que soy de más utilidad aquí que en alguna cacería —afirmé, a pesar de saber que mi madre no estaría de acuerdo.

—No, no es así, Garian. Serás la persona más apropiada para liderar a tu manada junto con Mida. Un verdadero alfa no vacila cuando su manada lo necesita o cuando su luna le da una orden. Marcharás tan pronto como puedas y nos traerás a Rialus. ¿O prefieres sentarte a esperar a que toda nuestra especie sea aniquilada? —Se quedó ahí quieta sólo un segundo antes de volverse a marchar.

—Así se hará —respondí contra mi voluntad.

Mida me miró con una expresión que no supe leer. ¿Era miedo? ¿Culpa? No lo sabía. La forma en que me miraba tenía algo que me inquietaba. Habíamos sido amigos y ahora era como si nunca nos hubiéramos visto antes de hoy. Ya no tenía ni idea de quién era y, si las cosas hubieran sido de otra manera, ahora estaríamos casados.

—Xavier, Gilbert y Mida, conmigo. ¡Partimos dentro de una hora! —ladré antes de darme la vuelta para irme a elegir a unos cuantos más que nos acompañaran en este viaje indeseado. Si

teníamos que ir, y así era, como mínimo me rodearía de miembros de confianza de la manada.

Una vez reunida la mayor parte de mi manada, partimos en busca del antepasado maldito de Mida. El Bosque de North Star se extendía ante nosotros como un mar interminable de árboles. Fuimos entrando uno a uno, y los ruidos que provenían del exterior del bosque quedaron ahogados por la espesura de los árboles y la maleza.

Reinaba un silencio que sólo se veía interrumpido por el débil canto de los pájaros o el reptar de una araña. Había otros ruidos débiles que se colaban de vez en cuando entre los densos árboles. Todavía podía oler la corteza húmeda tras la lluvia que me había caído encima unas noches atrás.

Mida seguía rezagada; ¡esto iba a ser una lenta tortura!

—¿Puedes moverte un poco más rápido que un niño humano, por favor? —pregunté cuando tuvimos que parar y volver a por Mida por tercera vez.

—¡Hago lo que puedo! —me ladró.

—¡Hasta respondes como una cría! ¿Es que posees alguna cualidad que no te haga ser una completa inútil? Y pensaste que podrías ser mi igual como mi luna, patético —ladré, sintiéndome casi cambiar de forma con la cantidad de rabia que bombeaba por mi torrente sanguíneo.

Cuando miró, el dolor que brillaba tras sus ojos fue inconfundible. Saberlo me enfureció más que calmarme o despertar mi simpatía.

—¡Esfuérzate más! —solté y volví a avanzar con la manada. Puede que mi trabajo sea protegerla, pero no me lo estaba poniendo nada fácil.

No tenía ni idea de si todos habíamos empezado a ir más despacio o si ella había acelerado el ritmo, pero empezamos a movernos con más fluidez y nos mantuvimos juntos. No pasó mucho tiempo antes de que volviera a sacarme de quicio.

Mida no dejaba de mirar en derredor y fruncir el ceño. Al principio pensé que era miedo, porque estaba seguro de que nunca la habían dejado salir de casa. La mayoría de nosotros siempre habíamos tenido un papel en nuestra manada. Como Mida no tenía manada, no debía de haber llegado nunca tan lejos en este bosque o más allá de él.

—¿Quieres dejar de hacer eso? Eres como una niña inquieta. Contaba con que fueras un estorbo, pero estás superando mis expectativas —le espeté cuando no pude soportar ni un segundo más su

actitud inquieta.

—Oigo algo. Creo que nos están siguiendo —dijo sin dejar de mirar a su alrededor como una gacela asustada.

—Bueno, gracias por tu magistral perspicacia. Si no te importa, me fiaré más de mis habilidades superiores que de tu imaginación —respondí, rezando por poder aguantarla el resto de este viaje y no volver con su cabeza en una pica. Haría bien en recordar que sólo necesitábamos su sangre y que había muchas formas de conseguirla.

Mida se desplazó en silencio a partir de ese momento. Disfrutaba pudiendo fingir que no estaba presente, aunque no era tan sencillo como había pensado. Su presencia era fuerte para un débil cachorro que había sido rechazado por esa misma razón. No importaba por dónde anduviera, yo sabía exactamente dónde estaba en todo momento. Al menos lo hacía rápida y silenciosamente.

El silencio nos permitía oír todo lo que nos rodeaba en kilómetros a la redonda y las únicas voces que se oían eran las de nuestra cabeza conforme avanzábamos en silencio hilera tras hilera de árboles. Me detuve y la manada me siguió mientras miraba a mi alrededor. Enrosqué cada músculo de mi cuerpo al encorvarme antes de liberar la tensión al saltar en el aire, aterrizando en una rama alta.

Posado en la rama gruesa y fuerte, podía ver más allá de varios kilómetros en todas direcciones. Al norte, había una manada de ciervos; al suroeste, estaban acampando unos humanos; tendría que seguir su rastro por si se acercaban. Al este había otra manada y habría que comprobar si eran amigos o enemigos.

A veces nuestra especie se parecía más a las bestias que a los humanos. Ver a otra manada cerca de un lugar que considerabas tuyo era motivo de pelea. Todavía no había perdido ninguna, pero ahora no estaba de humor para enzarzarme en una.

—Será seguro acampar aquí por la noche —declaré mientras bajaba de un salto para incorporarme de nuevo a la manada.

Mida nos había ido siguiendo quedándose en la retaguardia y le había costado mantenernos el ritmo. Una prueba más de que era indigna como futura luna. Me quedé mirando al eslabón más débil de nuestra cadena y me hirvió la sangre. Odiaba la debilidad, e incluso que me asociaran con ella me ponía de los nervios.

Miré a Mida, que tenía peor aspecto que cuando habíamos empezado este viaje. Su piel, ya pálida de por sí, estaba casi translúcida. Su cara redonda se había afinado, haciendo que cada hueso de su rostro resultase afilado y duro. Sus ojos brillantes estaban hundidos. Mi estómago dio un violento bandazo al verla. Sin duda, se encontraba en este estado por lo que yo había hecho. Todos necesitábamos una pareja. Nos hacía más fuertes y nos mantenía unidos como manada. No era como un matrimonio humano en el que compartías meras palabras. No, éste era un vínculo espiritual y físico.

Mi rechazo hacia ella no había sido sólo como mi pareja, sino que también me había negado a prestarle mi fuerza. Debido a mi orgullo y lealtad a las órdenes de mi madre había puesto la vida de Mida en peligro. Si he de ser sincero, el rápido cambio de planes también me había sacudido a mí. Se había acordado que algún día seríamos pareja. Podía ser débil, pero se le podía haber dicho de mejor manera. Me había sido leal a mí, a nosotros, ¿y cómo se lo pagué? La humillé y ahora, como castigo, debo presenciar su muerte en primera persona.

Quería retirarlo. Quería ayudarla y curarla. En ese momento, apenas podía mirarla a la cara. Normalmente, huía de la debilidad, pero con Mida, sentía que se me desgarraba el pecho al intentar encontrar el corazón ahí enterrado. El problema era que mi habitual capacidad para sofocar cualquier emoción que no fuera rabia se había esfumado.

Me quedé ahí sintiéndome cada vez más como un animal enjaulado. Me invadió tal inquietud que supe que tenía que irme. No podía quedarme aquí. Quizá si comía bien, tendría mejor aspecto y se sentiría mejor. Una cacería era justo lo que necesitaba para despejarme.

Empecé a alejarme. Ni siquiera era una pareja digna y por algo había sido rechazada. Además, así me lo habían mandado y estaba cumpliendo órdenes. Aunque pensarlo no alivió la culpa que sentía ya al verla. No debería haberle afectado tan rápido, y sólo eso bastó para hacerme sentir incómodo.

La frustración hervía en mi interior, así que aceleré el paso en un intento de concentrarme en cualquier cosa menos en Mida. Corrí cada vez más deprisa hasta que me ardieron los músculos. Me detuve para recuperar el aliento y sentí que se me aliviaba la opresión en el pecho. Al inspeccionar a mi alrededor, pude ver un arroyo cercano; me acerqué para beber un trago y deseé que la paz que me rodeaba se hiciera una conmigo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo pasé allí sentado junto al agua. Me dediqué a observar cómo los pájaros bajaban en picado para recoger agua con el pico y vi unos cuantos peces bastante

grandes. Había venido a cazar algo más grande, pero con estos peces tendríamos comida abundante.

Me puse boca abajo y me preparé para atrapar al siguiente pez que pasara nadando. Saqué las garras y esperé a que empezara a oscurecer. Me había alejado del campamento antes del mediodía y al levantar la vista, vi cómo el sol se ocultaba tras las lejanas montañas azules.

Volvería a este sitio más tarde. Si Mida había empeorado, tendría que buscarle ayuda. Era nuestra única esperanza para acabar con la infección, si se moría, sería una sentencia de muerte para todos nosotros.

—Esa es la única razón por la que me preocupo por ella. Si fallo, nos fallaré a todos.

Cuanto más me acercaba a nuestro campamento, más notaba que el único olor que podía percibir era el de Mida.

Algo iba mal.

Corrí de vuelta por donde había venido a un paso más veloz que el de horas atrás. El corazón me atronaba en el pecho mientras hacía de tripas corazón para ir más rápido de lo que podía mi cuerpo. Cuando tuve el campamento delante, sólo pude oler sangre. Me balanceé por los árboles para llegar al claro que había elegido.

Miré hacia abajo para ver la sangre roja y pegajosa que me cubría las palmas de las manos. Mi grupo al completo yacía ante mí, asesinados como animales salvajes en lugar de los valientes hombres y mujeres junto a los que había crecido y a los que consideraba hermanos y hermanas. Miré a mi alrededor con la esperanza de encontrar algún superviviente, a alguien de mi manada que pudiera contarme lo que había ocurrido.

Quedaba una persona, la última que me hubiera gustado ver. Mida yacía hecha un ovillo como un cachorro. Podría haberle mostrado simpatía si hubiera mostrado una puta pizca de valentía, por lo menos. No podía haber hecho ella esto, ¿verdad?

No, estaba demasiado débil para siquiera seguirnos o mantenernos el ritmo. De haber sido ella, habría necesitado ayuda, pero tampoco tenía sentido que ella hubiera sobrevivido y los demás no. Pasé por delante de todos los miembros de mi manada y comprobé que ninguno había logrado sobrevivir. Le cerré los ojos a cada uno y les di las gracias por su lealtad y deber para con mi manada.

Me levanté de posición hincado en una rodilla y me volví hacia Mida.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras contemplaba el espectáculo sangriento que tenía ante mí. Mida me había advertido que nos seguían. *Si le hubiera hecho caso y no la hubiera ignorado, todos seguirían vivos,* se burló de mí mi mente—. No debí haberme ido, Mida. ¿Estás herida?

—No, quienquiera que haya sido, apareció tan rápido que parecía un borrón, y ni siquiera me puso una mano encima ni paró hasta que estuvieron... muertos. —Miró los cuerpos antes de decir la última parte.

El corazón me latía tan fuerte en el pecho que esperaba que se me desbocara en cualquier momento. Mi profunda pena sólo se vio eclipsada por mi profundo arrepentimiento que, como siempre ocurre en estos casos, llegaba demasiado tarde. Me debatía entre la rabia y la confusión mientras mi mente intentaba encontrar un motivo que explicara lo que había ocurrido y el porqué.

Nunca atacamos a los humanos, así que era poco probable que tuvieran razón alguna para venir a por nosotros. Además, Mida había dicho que el atacante poseía una velocidad inhumana, por lo que quedaban del todo descartados. Si hubiera sido un Errante, también habría atacado a Mida, ya que sus cerebros salvajes no estaban más evolucionados que los de un perro rabioso. No, no había sido un accidente. Alguien lo había planeado y se las había arreglado para mantenerse oculto. Pero entonces, ¿por qué Mida había percibido a esta persona?

Capítulo 6

MIDA

Si antes me pensaba que estaba destrozada, no tenía ni idea de qué era lo que sentía ahora. Con cada paso que daba en el bosque de North Star me parecía estar caminando sobre sirope. Sentía el cuerpo débil y los pensamientos me revoloteaban sin dirección en la cabeza, con la esperanza de encontrar un punto de apoyo.

Temí moverme al echar un vistazo al horror que me rodeaba. Algo grande y feroz había entrado a nuestro campamento y había arrasado con todas estas vidas de un modo salvaje y espantosamente rápido. Quería huir lo más rápido posible antes de que volviera. Le ordené a mis piernas que se movieran, pero se negaron a obedecer. Sentí que me temblaba todo el cuerpo a medida que el pánico me recorría las venas a la velocidad de la luz.

Garian clavó sus ojos en los míos, y podría haber confundido el que me ofreciese su ayuda para levantarme y me preguntase si estaba herida como un signo de preocupación si no le conociera mejor. El hecho de que yo fuese la única superviviente del ataque sólo le hacía sospechar más. Casi podía ver cómo los pensamientos le revoloteaban por esa cabeza testaruda suya mientras movía los ojos de un lado a otro.

—¿Cómo sabías que nos seguían? —preguntó con un gruñido grave y un tono que ya me culpaba de lo que acababa de pasar.

—M-me pareció oír movimiento detrás de nosotros. Se hizo el silencio, y entonces oí una voz, pero amortiguada. Pensé que sería buena idea decírtelo —respondí con sinceridad y me esforcé en que los pulmones me funcionaran cuando no respondió.

Me dio la espalda para mirar a sus hermanos caídos. Se llevó la mano a la cabeza mientras luchaba por controlar su pena. A pesar de la evidente aversión que sentía por mí y de que me había rechazado a la vista de todos, quise consolarle. Alargué la mano hacia su hombro, pero la dejé caer en el último momento.

Le tenía demasiado aprecio a mis miembros como para tentar a la suerte con un lobo enfadado. Sentía que prefería que lo dejara a su aire a que supiera que había visto en él cualquier otra emoción que no fuera aquellas que él no consideraba de débiles.

—Vamos a continuar con la búsqueda de tu antepasado —soltó por encima de su hombro.

Miré a las víctimas del ataque y negué con la cabeza.

—¿Cómo vamos a hacer tal cosa? No hace mucho éramos un grupo y ahora sólo estamos nosotros. Es decir, ¿de verdad crees que es una buena idea? —cuestioné, tratando de poner fin a esta locura.

—No sólo es una buena idea, sino imperiosa. Tendría que estar bajo tierra para que pudieran pararme. Hasta entonces, presentaremos nuestros respetos a mis soldados y seguiremos con el camino. —Con eso, se marchó a reavivar el fuego que se había apagado.

El shock del ataque me había arrebatado más fuerzas de las que me podía permitir en mi estado debilitado. Arrastré los pies y me senté en una roca cercana. Las llamas crecientes me calentaron la piel fría, haciéndome sentir somnolienta. Levanté la vista para ver a Garian mirándome con el ceño fruncido.

Sentía los párpados tan pesados que se me cerraron y sentí cómo mi cuerpo se relajaba a medida que encontraba el sueño. Luché contra él, pero no pude, ya que la cabeza me latía con el esfuerzo que hacía por mantenerme despierta. Garian tendría que esperar a que yo descansara para seguir adelante con aquel plan suicida que seguían sin rechistar.

Me desperté lo que me parecieron unos instantes después y sentí que la tierra se movía bajo mis pies. Intenté levantarme, pero tenía algo pesado sobre la espalda. Abrí los ojos y parpadeé como loca al mirar hacia abajo y ver los talones de un par de botas y notar que me estaba moviendo bastante rápido. Se me contrajeron los músculos del estómago cuando caí en que Garian me llevaba al hombro como un saco de patatas.

—Eh —le dije, y lo repetí cuando no me oyó.

—¿Qué? —replicó como si aquello de llevar a alguien a cuestas mientras duerme fuera de lo más normal. Detuvo su vertiginoso paso y me dejó en el suelo.

Sentía las piernas como fideos, pero no le dejé ver lo que me costaba mantenerme en pie.

—¿A dónde me llevas? —Sentía como si la cabeza se me estuviese partiendo en dos.

—Como he dicho, vamos a continuar con la búsqueda para encontrar a tu antepasado. Ahora en marcha —repitió lo que había dicho antes con un tono que me hizo saber que no se trataba de una petición. El que se esperara que le siguiera me enfureció. Vi cómo me daba la espalda y empezaba a alejarse, convencido de que la conversación había terminado.

Se detuvo a cierta distancia y se giró lentamente. La mirada de descontento con la que solía mirarme quedó sustituida por una suavidad que nunca antes había visto en él. Caminó hacia mí y el tiempo pareció detenerse. Las hojas y ramas del suelo del bosque apenas crujían bajo sus pies conforme se acercaba con unos movimientos largos y fluidos.

Sentí que la culpa me carcomía el estómago al pensar en aquellos que habían dado su vida. No quería que su sacrificio fuera en vano, pero, ¿seguir avanzando no implicaba que nosotros seríamos los siguientes?

—¿Tienes fuerzas para continuar a pie? —me preguntó Garian, con la cara tan cerca de la mía que pude ver la sombra de una barba y las pequeñas motas verdes de sus penetrantes ojos azules.

¿Estaba preocupado? me pregunté, pero descarté la idea de inmediato. De ninguna manera iba a permitirme tener la esperanza de que Garian se retractara respecto a su rechazo. Ya había sufrido suficiente como para darme cuenta de que nadie me quería y estaba condenada.

Garian me había abandonado para que me enfrentase a esto sola. Podía ver cómo me estaba afectando y aun así no había hecho nada para ayudarme. No, su única preocupación radicaba en cumplir con lo que le había ordenado la matriarca de su manada. Si alguna vez me hubieran incluido en una manada, igual habría sido así de leal.

—No creo que pueda seguir. Solo acabaré ralentizándote, además... —empecé a responder a su pregunta. Como había sucedido desde que me rechazó, apenas me dio tiempo a terminar una frase o a decir lo que pensaba.

—No hay además que valga, Mida. La profecía nunca se ha equivocado, y nuestra única esperanza de sobrevivir es encontrar la cura. Y tú eres la única que puede —explicó con tono cantarín, el mismo que usaría con un niño que se niega a escuchar.

—Mira, Garian, pareces olvidar que, dado que me rechazaste, NO formo parte de tu manada. Lo que significa que ni tengo que escucharte ni te debo nada. La única razón por la que accedí a

hacer esto fue porque si puedo ayudar, lo haré. Creía que me conocías mejor, Garian, y olvidas que yo te conozco a ti —Respiré hondo y me acerqué más a él. El dolor por el que me había hecho pasar, tanto emocional como físico, me había hecho sentir que no tenía nada que perder.

Respiré hondo y me obligué a calmarme.

—Cada vez estoy más débil, y ahora sólo estamos nosotros dos. ¿Y si vamos hasta allí sólo para caer en otra trampa? —pregunté con un tono más calmado. Necesitaba que me dijera algo más aparte de que él estaba en lo cierto y que estábamos haciendo esto por una buena razón.

—No sirve de nada parar ahora. Cargaré contigo durante todo el viaje si es necesario. —Miró hacia atrás, por donde habíamos venido, y pude ver la tormenta que se desataba en sus ojos. Había sido de grandes emociones desde que éramos niños. Ahora mismo, prefería no decir nada antes que mostrarlas, algo que tampoco había cambiado desde entonces.

Me balanceé sobre mis pies al acercarme a él. El poco orgullo que me quedaba era potente, pero pronto le pediría ayuda.

—No puedo imaginarme lo que debes sentir después de ver a tus guerreros así. Si iban a dar sus vidas, debería haber sido en el campo de batalla. No quiero restarle importancia a que dieran sus vidas en esta búsqueda, pero ¿no habrá sido una advertencia? —Se hizo el silencio de inmediato.

—Mida, tenemos que completar esta misión. Es mi deber, y esto no sólo nos concierne a nosotros dos. No tenemos derecho a tomar una decisión que afecta a toda nuestra especie. Nos mantendré a salvo y despedazaré a cualquiera que se interponga en nuestro camino. —Garian había suavizado el tono. La mención al deber, puede que fuera su forma de decirme que él tampoco creía que debiéramos ir más lejos.

—No tenemos elección, ¿verdad? Si volvemos ahora, en cuanto lleguemos a casa, lo primero que harán será juzgarnos por traición —expresé mientras me daba cuenta de que teníamos dos opciones, y en ambas arriesgábamos nuestras vidas.

—No, no la tenemos. Pero creo que podríamos conseguir algo de información si nos dirigimos a la ciudad —alcanzó a decir antes de continuar por el camino que había estado siguiendo cuando yo me había despertado.

Negué con la cabeza y lo seguí tan de cerca como pude. Dejé que mis pensamientos me rebotaran en la cabeza y, antes de darme cuenta, nos encontrábamos en las afueras de la ciudad.

Nos quedamos allí esperando a la ocasión perfecta en la que incorporarnos para pasar desapercibidos. Justo antes de dar un paso, oímos un grito desgarrador procedente de una cafetería cercana, donde se había producido un atroz ataque. Acercarnos ahora a la ciudad nos convertiría a Garian y a mí en los sospechosos número uno.

Garian movió la cabeza hacia un lado para oír mejor lo que decían los vecinos. La mayoría eran susurros de pánico e información inconexa. Entrecerró los ojos y se concentró en una conversación en particular.

—¿De verdad crees que es veneno? —susurró Garian lo que decía uno de los hombres que estaba tan lejos que yo no lo podía oír.

—Ha estado ocurriendo en toda la región, igual que esto —respondió la señora.

—Me pregunto cómo ha ocurrido —dijo el hombre con el ceño fruncido mientras se rascaba la cabeza, pensativo.

—Lo que yo quiero saber es qué piensan hacer al respecto —se quejó la mujere.

Garian se volvió hacia mí con mirada pensativa.

—Parece que, después de todo, ha merecido la pena venir a la ciudad.

—Sí, parece que fue buena idea. Al menos ahora nos hacemos una idea de lo que podría haber causado el ataque. Tenemos que encontrar de dónde viene el veneno —admití, aunque había muchas cosas que seguían molestándome.

—Esto significa que el humano al que dejaron en libertad no ha perdido el tiempo a la hora de buscar venganza —gruñó.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, aunque sabía que no me iba a gustar la respuesta.

Capítulo 7

GARIAN

Miré a Mida, que se había puesto mucho más pálida en las últimas horas. No había hecho nada malo y, aun así, yo la trataba como el enemigo.

—Deberíamos encontrar un lugar seguro en la ciudad donde pasar la noche. Si vamos por los callejones, no nos verán —le dije a Mida en voz baja. Su gesto de agradecimiento me desgarró por dentro. Me habían enseñado que a una mujer había que respetarla y tratarla con cuidado. Había un millón de maneras en que podría haberle dicho a Mida que ya no sería mi pareja.

Pero eso no habría cambiado el estado en el que se encontraba... ¿o sí? Tenía que sentirse de alguna manera por lo que yo había hecho, y las emociones jugaban un papel muy importante en lo fuertes o débiles que éramos físicamente. Si yo hubiera sido más amable, ella habría sido capaz de continuar con esta búsqueda.

—Quédate aquí y mantente escondida —le dije antes de irme lo más rápido que pude a buscar un motel o un camping seguro.

No me gustaba dejarla sola, pero llevarla conmigo atraería una atención no deseada sobre nosotros. La ciudad acababa de sufrir un ataque similar al que les había ocurrido a los míos en el bosque. No verían con buenos ojos a ningún extraño que entrara en el pueblo justo después de lo ocurrido. Era lo bastante mayor como para recordar cuando nos habían cazado por venganza o diversión.

Siempre habrá quienes prefieran una guerra en ambos bandos. Por suerte, había más gente buena que mala. A mí mismo me ha salvado algún un humano dos veces a lo largo de mi vida y he hecho todo lo posible por devolverles tal amabilidad. Tengo muchos más recuerdos buenos que malos, y por eso la idea de que se deshaga el tratado me causa un gran dolor.

Oigo un débil sonido amplificado por el viento que pasa y sonrío. El olor que me llega segundos después me resulta familiar.

—Sé que estás ahí, así que sal ya —dije en una voz lo bastante alta para donde estimo que debe estar ella.

—¿Cómo lo has sabido? —me respondió una voz suave y dulce desde delante a mi izquierda, y sentí que una sonrisa se dibujaba en mis labios.

—Si no conociera a mi propia hermana, sería un hermano de lo más lamentable, ¿no crees, Cherise? —Mi sonrisa se convirtió en una carcajada.

—Supongo. Me alegro de verte, Garian, pero me temo que este no es momento de sentarse y ponerse al día —dijo cuando la sonrisa se desvaneció y frunció el ceño. Eso nunca había sido una buena señal.

—La región ha sido envenenada, pero eso ya lo sabías, ¿no? —Se plantó delante de mí—. No ha sido un accidente. Creemos que hay un hechicero entre nosotros, alguien que está moviendo los hilos. Aún no sabemos por qué, pero está claro que se trata de un ataque contra toda nuestra especie, sin embargo... —se interrumpió.

—Sin embargo, ¿qué? —pregunté impaciente. Odiaba que me hicieran esperar.

—Sin embargo, parece que estar enfocado en nuestra familia en particular —terminó con una nota triste en la voz. La preocupación y la pena le hicieron fruncir el ceño mientras parpadeaba para alejar las lágrimas.

Me acerqué y le puse las manos sobre los hombros.

—Entonces han elegido un objetivo letal —dije con confianza y sentí alivio al ver que ella intentaba sonreír. Entonces recordé que había perdido a dos personas cercanas en el ataque del bosque. Si sabía que estábamos entre los arbustos escuchando a la gente, no le habría pasado desapercibido que el resto de la manada se había encontrado con la muerte.

Quería consolarla y decirle que lamentaba su pérdida. Sabía las palabras que quería decir, pero se me quedaron atascadas en la garganta. El peso de cuánta gente buena habíamos perdido hacía que la pena fuera de todos. Hasta el último de nosotros guardaría un buen recuerdo de al menos un guerrero que había perecido.

Oí un ruido sordo cerca y miré para ver que Cherise también lo había notado. Nos miramos un momento antes de ir a investigar su origen. El único olor que pude percibir era el de un ciervo, que nos condujo hasta un arroyo donde el animal yacía inmóvil.

Nos acercamos despacio y enseguida supimos que al animal lo habían envenenado. Tenía la cara contorsionada y podía oler el hedor del líquido mortal como si lo tuviera delante de las narices.

—¿Por qué está envenenado el animal? —Mi hermana se agachó para acariciar al ciervo. Su alma había abandonado el cuerpo, pero Cherise sentía debilidad por los animales.

—El veneno debe de estar en el agua —respondí mientras me acercaba al arroyo y el olor nauseabundo volvió a embargarme las fosas nasales.

—¡Qué acto tan imprudente! —gruñó. El desdén y la rabia hacían que la voz le saliera desigual. Yo no era tan sentimental como ella, pero aun así me hizo hervir la sangre.

—Si su plan era envenenarnos sólo a nosotros, ¿por qué arriesgarse a matar a humanos y otros animales? Quienquiera que sea, no está en su sano juicio —repliqué mientras mi mente intentaba darle sentido a todo esto.

Antes de que pudiera decir nada, mi hermana desapareció entre los árboles y estaba demasiado lejos ya para oírme gritar. Deambulé por la zona para ver si había alguna pista que despejara el misterio de por qué alguien quería borrarnos de la faz de la Tierra.

Miré atentamente para encontrar algo. Un olor, un sonido, cualquier cosa que me acercara al culpable. Acababa de decidir dar media vuelta para ir al pueblo a buscar un lugar donde descansar cuando percibí un leve olor. Me detuve y respiré profundamente. Era débil pero inconfundible. El que se había vuelto un renegado y había envenenado a tantos, el que había orquestado aquel ataque, no era otro que Sirius.

Regresé al lugar donde había dejado a Mida. Por el camino, encontré un motel casi abandonado donde podríamos comer y descansar antes de seguir adelante. Más que nunca, necesitaba pensar en nuestro próximo paso, y Mida necesitaba descansar todo lo que pudiera.

Estoy seguro de que fue aquí donde le dije a Mida que me esperara. Pensé mientras miraba a mi alrededor. Algo no iba bien. Puede que Mida ignorase mis órdenes la mayor parte del tiempo, pero había estado demasiado débil para huir. Seguí su rastro y pronto encontré huellas de zapatos. El corazón me dio un vuelco cuando vi que había más de una y que Mida no estaba sola.

Tal vez había sido Sirius quien nos había estado siguiendo. Su olor seguía presente y era la única explicación que tenía sentido. Había vuelto a ocurrir. Me había ido por lo que parecieron unos instantes y el caos había vueltos. Aceleré el paso mientras seguía las huellas lo más rápido que podía. Miré en todas direcciones y recé para que Mida sólo se estuviera comportando como una cabezota otra vez y estuviera a salvo.

Las pruebas iban en contra de esta hipótesis. ¿Sirius había seguido y matado a mis guerreros sólo para tener la oportunidad de hacerse con Mida? Tenía sentido, pero ¿por qué no capturarla cuando tuvo la oportunidad después del último ataque? Había algo que estaba pasando por alto.

Por fin localicé a Mida, que estaba, efectivamente, con Sirius. Si esto tenía algo que ver con su antepasado, ¿por qué impedirnos hacer lo mismo? Debe de haber algo de valor que él necesita o que no quiere que nadie más encuentre, y debe de necesitar a Mida para dar con ello. Si no revelase mi presencia, podría seguirlos hasta su destino, pero sería correr un gran riesgo dejarle acercarse a cualquier objetivo que tenga en mente.

Me acerqué lo más silenciosamente posible y le arrebaté a Mida de entre sus garras.

—¡Cómo te atreves a interferir! —chilló Sirius mientras yo ponía a Mida a resguardo detrás de mí.

—¿Cómo me atrevo yo? —Me incliné para acercarme a Sirius—. Se me ordenó conducir a Mida en una misión de búsqueda. ¿Te atreves tú a ir en contra de nuestra reina y hacer lo que te plazca? —Deseé que me contestara antes de tener que demostrarle el significado de la palabra dolor.

Sirius hizo la primera acción inteligente en todo el día y se dio la vuelta para huir. Sonreí cuando me encorvé para perseguirle. Pudo alejarse sólo unos metros antes de que lo derribara contra el suelo. Me llenó de satisfacción la fuerza excesiva con la que impactó. Lo agarré por el cuello y eché del puño hacia atrás para asestarle el primer puñetazo.

Cuando propulsé la mano hacia delante, algo me detuvo, y giré la cabeza para ver a Mida de pie detrás de mí y sujetándome el brazo.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Si haces lo que estás a punto de hacer, lo matarás —explicó.

—Esa es la idea —repliqué, sin estar seguro de por qué iba ella a proteger a Sirius y por qué tal idea me molestaba más de lo que debería.

—Garian, si lo haces, romperás el pacto que tenemos con los humanos. Es más que probable que ese sea su plan. —Miré a Mida y luego a Sirius. Me le quité de encima, pero no estaba nada contento de no poder darle su merecido. Al menos ya habíamos atrapado al responsable, podíamos ponerle fin y puede que incluso encontrar una cura ahora que teníamos al creador del veneno.

Miré cómo el semblante de Mida se volvía gris y su cuerpo se debilitaba. Estuvo a punto de caer al suelo, pero llegué justo a tiempo para cogerle la cabeza con la mano mientras me apresuraba a llegar hasta ella. Llevé los dedos a su muñeca y sentí que el aliento que había estado conteniendo escapaba por fin de mis pulmones. Estaba inconsciente, pero viva. Me la quedé mirando conforme me invadía el pánico. No tenía ni idea de lo que le pasaba y me alarmaba pensar que su cuerpo se hubiese apagado por completo. Fue ese momento el que Sirius aprovechó para escapar. Lo vi irse, pero no me importó. Si Mida tenía algún problema, todo estaría perdido.

La alcé con el mayor cuidado que pude y me dirigí al motel. La dejé en la cama y me acerqué al sofá para poder cerrar los ojos un ratito y así poder cuidar de ella más tarde. Esta vez no volvería a abandonarla. Cada vez que lo había hecho, la había puesto en un terrible peligro. No me iría de su lado hasta que no hubiéramos terminado con esta aventura.

Esperé ansioso durante horas cualquier señal de mejora. Mida parecía estar sufriendo incluso mientras dormía. Tenía la respiración agitada y daba vueltas en la cama del dolor que la aquejaba incluso en sueños. Casi había amanecido cuando ambos nos quedamos dormidos. Cuando me desperté sobresaltado una o dos horas más tarde, Mida seguía durmiendo.

Fui a la pequeña cocina y miré en todos los armarios. No había ni siquiera una taza o un plato y nada de nada para comer. Tenía que cuidar de Mida y ayudarla a ponerse lo más fuerte posible. Eso si alguna vez volvía a abrir los ojos. Estaba acostumbrado a estar acompañado de nadie más que de mí mismo, pero me sentía solo sin la voz de Mida. Cuando por fin llegó la comida y tuve dos platos preparados, Mida se despertó.

Abrió los ojos y los volvió a cerrar con un gemido.

—Mida, ¿estás bien? —le pregunté.

Miró a su alrededor, confundida.

—¿Dónde estamos? —preguntó, aún intentando despertarse.

—Toma, coge esto. —Le entregué una taza de café que había preparado para mí pero que me alegré de poder darle—. Nos conseguí un lugar donde descansar un poco y planear nuestro próximo paso. —Mida no dijo nada, sino que bebió su café—. Mida, lamento que te sientas así. A partir de ahora, cuidaré de ti y te protegeré mejor.

Mida se me quedó mirando. No podía culparla. Las palabras debían de sonarle tan insólitas como a mí.

Capítulo 8

MIDA

Me quedé mirando a Garian durante un buen rato, parecía hablar en serio. No tenía ni idea de por qué actuaba de este modo tan diferente. Debía de tener algo que ver con el hecho de que, si me ocurría algo, sería el fin de su preciada búsqueda.

—Bueno, ¿cuánto tiempo llevo dormida? —pregunté, sólo quería retomar el camino para encontrar a Rialus. Estar en esta pequeña habitación con él sólo me recordaba a lo que podría haber sido y nunca será.

—Primero, come. Después te contaré lo que he descubierto. —Me entregó una caja de cartón. Los fideos que había dentro olían tan bien que se me hizo la boca agua. Le di un par de bocados y miré a Garian, que ya me estaba mirando a mí—. Hay de naranja o de uva. —Me tendió dos latas de refresco.

—Prefiero la uva, gracias. ¿Qué ha pasado? ¿Qué me he perdido? —volví a preguntar.

—Como sabes, Sirius está implicado y no parará hasta vengarse —dijo Garian justo antes de abrir la lata y bebérsela de un trago.

La habitación en la que estábamos contaba con dos camas individuales. Se sentó frente a mí en la otra cama y, por primera vez en años, sentí que volvíamos a ser niños. Sentí cómo la tensión que me roía los hombros y el estómago se desvanecía.

—Siento que hayas tenido que dejar que huyera por mi culpa. —Por fin me atreví a decirlo. Lo miré a los ojos y esperé a que apareciera la ira o el desdén habituales, pero ni siquiera parpadeó. Entonces me miró con una pequeña sonrisa, que para mí fue algo muy importante.

—No creo que la culpa sea sólo tuya, Mida —dijo con un evidente pesar que le corroía por

dentro. Parecía cansado y cohibido, y no dejaba de rascarse la nuca al hablar, un hábito que había abandonado en la adolescencia. Me dio la esperanza de que el chico tierno y cariñoso con el que había crecido no hubiera desaparecido para siempre.

Le di unos cuantos bocados a los fideos que me supieron mejor que hacía unos momentos. Me asustaba que Garian influyera en todos los aspectos de mi vida. Era más débil sin él y no soportaba estar sin él. Hasta mis papilas gustativas dependían de lo bien que nos lleváramos.

—¿Hay más? —pregunté y me asusté cuando Garian se echó a reír y fue a la cocina a por dos cajas más de comida para llevar.

Me ofreció una y se sentó en la otra cama para comerse la suya.

—¿Crees que tendrás fuerzas para dar un pequeño paseo conmigo? —Me miró, esperando a mi respuesta.

—Creo que sí. —Sentía curiosidad por saber adónde íbamos y para qué me querría en este momento.

Satisfecho con mi respuesta, continuó.

—Tengo que ir a ver a alguien y no pienso volver a dejarte sola. —No tenía ni idea de por qué significaba tanto para mí escuchar esas palabras. Me había asustado mucho cada vez que se había ido. La primera vez, la del ataque, había sido, con mucho, la peor. Después, al tener a Sirius arrastrándome lejos de Garian me había dejado con temor a quedarme dormida. Ya había sido bastante malo la primera vez sin revivirlo, y mi imaginación solo lo empeoraba.

Abandonamos el motel y nos adentramos en el bosque por el mismo camino que habíamos seguido los dos últimos días. Era una forma de dejar claro a los demás lobos que ese era nuestro camino y que no se tolerarían interferencias. El ruido de los pájaros revoloteando de un árbol a otro mientras gorjeaban una alegre melodía me hizo sonreír. En los momentos previos a que Sirius intentara secuestrarme, me había sentido muy débil.

Acababa de pasar por un rechazo que casi me mata, y que seguía minando mis fuerzas. Había pensado que el rechazo de Garian era lo peor por lo que había pasado hasta aquella noche.

Sabía que nos seguían y esperaba que acabara en enfrentamiento. Me había creído a salvo, rodeada de tantos guerreros capaces. El hecho de que no fuera así y de que estuviera indefensa

me hizo desear encontrar a Sirius y detenerlo. También podía implicar que había más traidores entre nuestras filas.

La mañana ya era cálida, aunque la noche anterior había sido fría. La mayoría de las veces, si teníamos que reunirnos con otros, era por la noche. Esto se debía, en parte, a nuestra naturaleza lobuna. No era sólo una forma en la que te transformabas, no; no era tan simple como cambiar de un cuerpo humano a un lobo. Tu pensamiento y tus instintos eran más fuertes. El dolor del proceso destrozó a muchos de nosotros que nunca se recuperaron. Volver a transformarse en humano era igual de difícil. Aunque parecieras humano, el cerebro tardaba un tiempo en recuperarse. Para nosotros, la capacidad misma de hacer cosas que la mayoría daba por sentadas era lo que nos mantenía vivos.

Ambas partes de mí se alimentaban de la otra, y mi corazón de lo más humano hecho pedazos estaba debilitando esa parte de mí. El depredador que llevaba dentro había visto una debilidad que debía erradicar y había empezado a retirar su fortaleza de ella en lugar de hacerla fuerte. Me sentía mejor de lo que me había sentido en días. En un momento dado, mientras subíamos una cuesta empinada, Garian me ofreció la mano. El calor de su palma hizo que se me secara la boca mientras intentaba ignorar la violenta chispa que había entre nosotros.

Me permití disfrutar del momento ya que sabía que no duraría. Si podíamos quedarnos como estábamos, con suerte, podría recuperar a mi amigo, pero nada más. Pronto llegamos a un claro donde nos esperaban una mujer y dos hombres. Todos eran lobos; era algo que se notaba sin necesidad de usar el olfato ni la vista.

La mujer era de complexión delgada, lo que seguramente la hacía rápida y fuerte en el campo de batalla. Su cara esbozó una agradable sonrisa cuando nos vio acercarnos.

—Veo que has decidido unirte a nosotros por fin —dijo en un tono divertido y sarcástico.

—Teníamos que comer antes de venir, y ya sabes lo insoportable que me pongo con el estómago vacío, ¿verdad? —bromeó Garian, y sentí celos de su cercanía y de la facilidad con que se hacían bromas—. Cherise, ésta es Mida. Mida, me gustaría presentarte a mi hermana. —Ahora me sentía una niña inmadura.

—Creía que ya había conocido a todos tus hermanos. —Fue todo lo que pude decir.

—Ah, sí, los purasangre —dijo Cherise con un disgusto apenas disimulado.

—Cherise quiere decir que somos medio hermanos. A ella le gusta llamar a nuestros hermanos completos «purasangre».

Me limité a sonreír ante la broma privada que habían compartido conmigo. Me había sentido parte de esta familia desde niña. El día que Garian me rechazó, volví a sentirme como una extraña. Parecía que el rechazo no iba más allá del matrimonio y que yo seguía formando parte de esta familia.

—Os tenemos preparado un vehículo. Será más fácil y rápido viajar en coche, y el tío con el que vas a reunirte no puede esperar demasiado. Parece que aquí están pasando más cosas de las que pensábamos —le dijo Cherise a su hermano.

—Hemos confirmado que Sirius tiene mucho que ver en esto. Localicé su olor cerca de un frasco que tenía veneno. Cuando lo seguí, lo encontré tratando de llevarse a Mida —explicó con una expresión difícil de leer.

—¿Por qué no lo capturaste? —quiso saber ella, enfadada. La sorpresa de que Garian no hubiera actuado se hizo evidente en su mirada.

—Fue culpa mía. Encontró la forma de escapárseme de las manos. —Oí a Garian decir las palabras que yo me disponía a decir. No tenía ni idea de por qué haría algo así, sobre todo cuando parecía odiarme no hacía mucho. Me sentí agradecida de que hubiera asumido la culpa; era agradable no ser la mala por una vez.

—¿Y si vuelve a matar? ¿O da órdenes de hacerlo? Su sangre derramada pesará sobre tus hombros.

Garian intuyó que era un buen momento para irse.

—Cuanto antes nos subamos al coche, antes podremos encontrarle —habló con calma, pero pude ver el enfado que yacía bajo la superficie. Cherise sólo pudo asentir mientras nos dábamos la vuelta para marcharnos.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté mientras me abría la puerta del coche.

—Como ya he dicho antes, la culpa de que Sirius se fuera no es sólo tuya —dijo con una sonrisa que hacía años que no veía.

En aquel momento, fue otra vez el joven de mi infancia y volvimos a sentirnos cómodos el uno

junto al otro. Tal vez la reina había tenido razón al hacer que Garian cancelara el matrimonio. Todo se había complicado muchísimo cuando llegó el momento de planear nuestra unión. Si no fuera porque sentía el cuerpo como si estuviera pasando por una fuerte gripe, podría vivir con cómo estaban las cosas ahora mismo. Aunque también estaba el pequeño problemilla de estar enamorada de él, cosa que llevaba sin cambiar desde que éramos adolescentes.

—Gracias —dije—. Ha sido algo que el antiguo Garian habría hecho.

Me miró durante largo rato antes de responder.

—¿De verdad estoy tan diferente? —Parecía dolerle la idea.

—En realidad no, pero sí me ha sorprendido la rapidez con la que puede mostrarte tan frío. —Las palabras me salieron de la boca antes de que pudiera detenerlas.

—No quería que el asunto se desarrollara así. Haberte rechazado el día de nuestra boda fue cruel, pero acababan de ordenármelo. Nuestras leyes establecen que debe hacerse una declaración pública para cancelar oficialmente una unión —me explicó, y me hizo sentir un poco mejor, pero no estaba menos dolida por el hecho de que no hubiera intentado luchar por estar conmigo.

—Vale, pero eso no me quita la parte que me toca de humillación —repliqué. Garian me miró largamente antes de girar la llave; el motor empezó a ronronear. Me recosté en el cómodo asiento de cuero y cerré los ojos. Ya estaba cansada por haber dado un simple paseo y jamás había sido capaz de quedarme despierta cuando me iba en coche.

Oí el sonido de unos tambores a lo lejos y me encontré caminando por el bosque de North. Delante de mí, vi un árbol con flores de color rojo sangre que caían una a una a mis pies. Al acercarme, vi que el árbol tenía unos ojos que lloraban. Entonces, una gran bestia aulló detrás de mí y hui lo más rápido que pude. Cuanto más rápido iba, más distancia me ganaba la bestia. Justo cuando ésta me echó la mano, me desperté sobresaltada y miré a mi alrededor. Cerré los ojos y respiré hondo, aliviada de que sólo hubiese sido un sueño.

—Justo a tiempo. Ya casi hemos llegado. ¿Necesitas algo? ¿Quieres hacer una parada antes de que lleguemos? —me preguntó Garian con preocupación sincera . Me habría creído que seguía soñando si mi dolor de cabeza no hubiera empeorado. Parecía que nos estábamos haciendo amigos de verdad, y eso era un buen comienzo.

—Sería estupendo parar a estirar las piernas si tenemos tiempo.

Encontramos una gasolinera y compramos unos bocadillos para el camino, pero cuando subimos al coche para marcharnos, a Garian le sonó el móvil en el bolsillo.

—Sí. Vale, no hay problema... Nos vemos. —Garian habló con frases entrecortadas antes de colgar—. Ryan sólo puede vernos mañana. Me temo que nos toca ir al siguiente hotel o hostal más cercano. —Después de entrar al pueblo, tal y como habíamos hecho antes, encontré un hotel tranquilo. La señora de recepción fue misericordiosamente rápida y nos ayudó rápidamente a hacer la reserva.

Cuando tuvimos la habitación, me fui directamente a la cama a dormir. Necesitaba dormir más y más cuanto más tiempo pasábamos en esta misión. Recé para que no estuviera siendo todo en vano cuando los párpados me pesaron y me quedé dormida. A la mañana siguiente, me desperté más descansada de lo que había estado en mucho tiempo. También sentía más calor. La mayoría de las mañanas me despertaba con un frío que me calaba hasta los huesos. Esta mañana me sentía más fuerte y feliz.

Me costó abrir los ojos, pero se me abrieron de golpe al notar que había alguien detrás de mí. Miré hacia atrás y comprobé que estaba en los brazos de Garian. Me sorprendió que me levanté de un salto y casi me caí de la cama. Parecía más joven cuando dormía. Me pregunté qué podría tenerlo tan ansioso en todo momento como para andar por ahí tan enfadado con el mundo. Volví a tumbarme y disfruté del momento antes de que pudiera despertarse y las cosas volvieron a ponerse raras entre nosotros.

Capítulo 9

GARIAN

Me había sorprendido lo fácil que había sido estar en compañía de Mida los últimos días. Había intentado calmar mi cargo de conciencia cuidando de ella y me había descubierto disfrutando de su compañía. El problema era que creía que me había acomodado demasiado, sospecha que confirmé cuando esta mañana abrí los ojos para toparme con los de Mida.

No tenía ni idea de cómo había pasado de quedarme dormido en mi cama a despertarme en la suya, pero lo más inquietante era lo mucho que disfrutaba de la sensación. Más que eso, sentía que era lo correcto. Me levanté antes de que se despertara y me preparé.

Mida no tardó en despertarse y reunirse conmigo fuera, donde yo ya había empezado a guardar las cosas en el coche. No tenía miedo ninguno en batalla, pero ahí estaba, temeroso de lo que pudiera decir Mida de enterarse de cómo habíamos dormido. Busqué alguna señal en la expresión de su cara, pero no vi nada que me indicara que lo sabía.

—Buenos días —dije tan alegremente como pude.

—Buenos días, Garian. ¿Has dormido bien? —me preguntó, y yo no tenía forma de descifrar si era una simple pregunta de cortesía o si iba con segundas intenciones. No tenía tiempo de pararme a averiguarlo; además, llevábamos más de una hora de retraso.

A este paso, tendríamos suerte si alguna vez nos reuníamos con Ryan. Un lobo desaparecido no puede quedarse en el lugar del que lo enviaron para empezar. Estaba arriesgando mucho al hablar con nosotros y hacerle esperar no sólo podría hacerle temer demasiado como para quedarse, sino que podría acabar herido.

Conduzco lo más rápido que puedo sin dejar la seguridad de lado. Si pudiera llegar a tiempo para que me contestara una sola pregunta, valdría la pena todo el viaje. Tenía la sensación de que si

alguien sabía dónde estaba Sirius, tendría que ser su único amigo. Nos detuvimos en una granja abandonada a las afueras del pueblo más cercano.

Me habían dicho que me reuniera con él aquí y sabía que podíamos confiar en Ryan. Había trabajado con él en algunas de nuestras misiones de búsqueda y rescate. Había arriesgado su vida una y otra vez porque no podía quedarse de brazos cruzados y dejar que otra familia pasara por lo mismo que la suya.

—Eh, tío —me saludó Ryan mientras lo inspeccionaba todo a su alrededor para asegurarse de que no le habían seguido. Asentí a modo de respuesta y esperé a que me contara lo que sabía.

—¿Y bien? —dije cuando se me quedó mirando a los ojos con la expresión en blanco.

—Sirius está ahí fuera llevando a cabo su propia misión —comenzó, miró a su alrededor de nuevo, y dijo la siguiente parte en un aún más bajo que la primera—. La misión a la que te han enviado a ti ha sido ideada para tenerte distraído y le dejes el camino despejado. —Cuando terminó, parecía lo bastante nervioso como para salir corriendo hacia su coche en cualquier momento.

—¿Sabes algo más? ¿cómo sabes lo de esta misión? —le pregunté, sabiendo que no le gustaba hablar de los demás a sus espaldas.

—Sirius mencionó que vosotros dos no erais los únicos que iban en busca de algo. También dijo que, a diferencia de vosotros, la de él sería un éxito.

—Gracias —le contesté, y supo que ya podía irse. Apenas acabé de decirlo, ya se estaba dirigiendo a su coche. Sabía que había sido pedirle mucho que viniera hasta aquí para confirmarme si mis sospechas eran ciertas.

Cuando ya no podía oírnos, me giré hacia Mida.

—Deberíamos abandonar esta misión e irnos a casa de inmediato —dije de camino al coche.

—¿Desde cuándo piensas eso? Yo te dije que seguir era un error, ¡¿y ahora quieres dejarlo?! —replicó. Tenía razón, igual que la había tenido en varias ocasiones en este viaje, y yo había optado por ignorarlas todas. Ojalá hubiera reaccionado mejor a las cosas de las que ella estaba segura.

—Sé lo que dije, Mida, pero eso fue antes. Ahora que sabemos que esta búsqueda es una farsa,

¿no tiene sentido que la abandonemos? —Sabía que en algún rincón prevalecería su lado razonable si apelaba a él.

—¿Y si esto es sólo otra forma de tendernos una trampa? Además, va contra las reglas ir en contra de los hechiceros y su profecía. Ni siquiera tú puedes cambiar algunas de las leyes y debes vivir acorde a ellas —replicó Mida, y pude sentir cómo me hervía la sangre a pesar de estar cada vez más calmado.

—No importa la ley que haya. Te estoy diciendo que esto ya no es seguro y que debemos volver, fin de la historia.

Había querido exponer de forma razonada los puntos a favor y no ponerme como un rey malcriado, pero Mida tenía la capacidad de hacerme perder los estribos y experimentar unos sentimientos con los que no me sentía del todo cómodo. Era una anomalía que no comprendía.

—Ya está aquí otra vez el mandón de Garian. Jamás puedes aceptar las opiniones de los demás y considerar ni por un segundo que se les haya podido ocurrir una buena idea. Igual que en el bosque. Si me hubieras hecho caso y hubieras buscado quién nos seguía...

No podía creer que estuviera sacando ese tema. Llevaba culpándome a mí mismo desde el momento en que regresé tras el ataque y no había logrado olvidarme de la pena que sentía ni un instante. Todo lo contrario, ésta había echado raíces como una semilla y había crecido más y más fuerte.

—¿Cómo te atreves a sacar el tema de mis guerreros? Sabes muy bien que me culpo por sus muertes. Estoy intentando protegerte. —Intenté explicarle mientras sentía cómo el sudor me perlaba la mi frente. No me gustaba discutir, preferiría estar en el campo de batalla o vengándome de aquellos que nos habían arrebatado a tantos y que pretendían aniquilarnos. Seguía sin tener ni idea de por qué sus palabras tenían un efecto tan abrumador sobre mí.

Respiré entrecortadamente en un intento de calmar mi ira. Cuando miré a Mida, su belleza me dejó sin aliento. Aunque no estuviera al cien por cien, seguía siendo la mujer más deslumbrante que había conocido jamás. Necesitaba que me entendiera, y sólo había una forma de decirle lo que realmente sentía.

Me propulsé hacia delante y reclamé su boca con la mía. Al principio, sentí su vacilación por un breve instante, antes de que me rodeara el cuello con los brazos. Había querido demostrarle que me importaba y la deseaba, aunque no estuviéramos casados. Había sido un gran descuido de mi

parte pensar que no me afectaría.

En cuanto ella me devolvió la muestra de afecto, me sentí como un cachorrito perdido. La mente me dejó de funcionar para nada que no fuera pensar en ella. El cuerpo me traicionó al estrechar su cuerpo contra el mío. Sus suaves curvas encajaban con mi cuerpo como una cerradura y una llave. Intenté en vano luchar por hacerme con el control de la situación y de Mida.

Por algún milagro, encontré las fuerzas para separarme. Tanto mi mente como mi cuerpo gritaron de dolor cuando me retiré de su abrazo. Jamás había experimentado una sensación tan rápida y abrumadora en toda mi vida. Supe entonces que era muy mala idea volver a hacerlo, pero, al mismo tiempo, ya la ansiaba otra vez. Me sentí complacido al ver que a ella también le había afectado tanto mi tacto que se había quedado ahí boqueando.

Quería decirle que lo sentía, pero me limité a mirar a cualquier parte menos a Mida. Habíamos empezado a llevarnos bien de nuevo, y me las había apañado para volver a enrarecer el ambiente yo solito. No volvería a ocurrir, de eso estaba seguro. Me alegré de que me sonase el móvil en ese mismo momento porque no tenía ni idea de qué decir o hacer cerca de Mida.

—¿Sí? ¿Seguro? Vale, muchas gracias —Era uno de los miembros de la manada que me llamaba desde casa.

Estaba confirmado, Sirius se había ido a cumplir con su propia misión y no había rastro de él en su región. Todos lo habíamos tratado como parte de la familia y habíamos pensado que era recíproco. Irse habría sido una mejor opción para Sirius. ¿Por qué tenía que buscar nuestra ruina?

—Me han confirmado que Sirius se fue para completar su propia misión, Mida. Tengo a varios lobos ahí afuera que lo han estado rastreando. Por eso he dicho que debíamos dar media vuelta y volver a casa, porque sé lo que trama y no dejaré que ni tú ni yo caigamos en ninguna otra de sus trampas —hablé con una calma que hubiera deseado tener hace unos momentos. Cunado Mida asintió, me sentí como un bárbaro.

—¿Sabes? Cuando éramos adolescentes estaba loquita por ti —dijo ella. No tenía ni idea de por qué sacaba este tema.

—Es algo normal en adolescentes —respondí.

—Y parece que para algunos esos sentimientos nunca desaparecen —dijo con un tono uniforme.

—Sigues sintiendo algo por mí. Lo siento si crees que lo que acaba de pasar ha significado algo, pero...

—Ah, sé que sí. —Esbozó una sonrisa socarrona.

—No es así, Mida —me defendí, pero sabía que no la estaba convenciendo a ella ni a mí mismo en absoluto.

No era ningún delito encontrar atractiva a una mujer preciosa. El problema era que Mida se pensara que había sentimientos de por medio. Hubiera misión o no, esta iba a ser una aventura muy larga y tediosa a partir de ahora. Sentía que algo dentro de mí ya la deseaba. Estaba claro que no íbamos a poder ser amigos, pero si Mida se pensaba que sí lo éramos, me facilitaría mucho las cosas.

Anoche había acabado en su cama por algún motivo, y ahora la había besado. No podía culparla si estaba confundida. Yo mismo estaba confundido por mis propias acciones y tenía que encontrar una manera de controlarme.

Capítulo 10

MIDA

Cuando Garian terminó el beso, perdí toda capacidad de hablar o moverme. La conmoción no se debía sólo por lo que había hecho, ni siquiera por la sorpresa que me había llevado, sino por la reacción que tuvo todo mi cuerpo en cuanto nuestros labios se tocaron. El dolor y la debilidad parecían empeorar cuanto más tiempo pasaba desde el rechazo.

¿A qué estaba jugando? No solo había dejado muy claro que me consideraba una pareja inadecuada, sino que lo había hecho delante de todas las personas que conocíamos. ¿Y ahora qué? ¡¿Sólo era lo bastante buena cuando no había nadie más cerca?!

—Si sientes que debes proseguir con esta búsqueda, aunque sea falsa, continuaremos —dijo Garian con suavidad.

Su cara estaba a escasos centímetros de la mía. No parecía que el beso le hubiera afectado lo más mínimo, mientras que yo apenas podía respirar con normalidad o conseguir que mis pensamientos no se desviraran. Asentí sin decir palabra y lo seguí.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunté cuando sentí que por fin podía confiar en que no me delatara la voz.

—Preferiría que empezáramos a trabajar juntos y que al menos pudiéramos mostrarnos cordiales el uno con el otro —respondió con su habitual tono despreocupado; envidié su capacidad para mantener la calma pasara lo que pasara.

—Bueno, a mí me ha parecido que nos llevábamos bastante bien hace un momento. —Señalé hacia atrás, de donde acabábamos de partir.

Garian suspiró y supe que estaba a punto de explicarme que había malinterpretado la situación.

¿Cómo debía tomarse una persona que la besaran?

—Mira, Mida, no quiero que te hagas una idea equivocada de lo que acaba de ocurrir. —Le miré y resistí el impulso de poner los ojos en blanco. No me gustaba que me dijeran cómo sentirme.

—Vale, si a esto quieres jugar, por mí, bien, pero no tengo la costumbre de dejar que me manoseen sin razón. Así que, a menos que vaya a significar algo, no vuelvas a ponerme una mano encima. —No había querido sonar enfadada, pero la verdad es que estaba furiosa. No iba a quedarme sentada a esperar a que Garian decidiera si estábamos juntos o no.

—Mida, te besé para calmar tu dolor. No soporto verte sufrir, y estoy intentando hacer todo lo posible para ayudarte en todo lo que pueda —explicó de un modo que supe que esperaba que me calmara.

—¿Ayudarme? Pero si tú eres la razón de que me sienta así, Garian. ¡Esto es por tu culpa! Me rechazas delante de toda tu familia, y aun así te me echas encima cuando estamos solos. —Mantuve el contacto visual durante lo que me parecieron horas. Acababa de confesar lo que más me repateaba y tendría que atenerme a las consecuencias. Era mejor hacerlo ahora que me sentía más fuerte y no más tarde, cuando seguramente volvería a sentirme peor.

Garian se limitó a negar con la cabeza y siguió caminando. No sabía si me ofendía que no empezara una pelea o si me aliviaba. Sabía que éste debería haber sido un buen viaje en el que unos viejos amigos pudieran encontrar una solución juntos. En cambio, había reinado la tensión y la confusión desde el principio. Que Garian cambiara de parecer cada dos por tres tampoco ayudaba.

Caminé a un ritmo más rápido hasta que pronto lo adelanté. Seguí acelerando motivada por la furia incluso cuando Garian me pidió que redujera la velocidad. Lo único que quería era alejarme de él todo lo que pudiera. Aunque no tenía ni idea de adónde iba, sabía que Garian sí, y que me atraparía si me alejaba demasiado. Miré hacia delante, donde el camino se estrechaba y teníamos que cambiar de dirección.

Allí, a lo lejos se veía una casa pequeña. No recordaba que hubiera estado allí antes. Esta era la carretera principal y llevábamos semanas viajado por ella. Si alguien la hubiera visto, habría informado de ello. Cualquier nueva aparición de personas, edificios y animales se tomaba muy en serio. Sabía que teníamos que comprobarla, pero aminoré la marcha y entré con cuidado por si acaso no eran personas amigas.

Parecía más grande de cerca que desde el camino. Estaba construida con piedras apiladas unas sobre otras. Algunas de las más pequeñas se habían desprendido y reparado con otras. Donde no se podía reparar, estaba parcheado con tablas de madera. El tejado se había hundido y también lo habían remendado. Habían colocado y moldeado con cuidado la paja que, con los años, había adoptado la forma del resto del tejado.

Aquí y allá, la luz del interior brillaba a través de los huecos entre las paredes y la puerta. Llamé con suavidad y esperé. Extendí la mano para girar el pomo, pero justo en ese momento apareció una mujer. Parecía de mediana edad, pero sana y joven. Su ropa parecía nueva y cara, y estaba claro que se preocupaba más por su aspecto que por el de su casa. Iba vestida con unos colores brillantes que iban del naranja al rojo.

—Hola, queridos, pasad, por favor. Me encantaría tener algo de compañía —dijo con una cálida sonrisa—. Ah, perdonadme, ¿dónde quedan mis modales? Soy Birdie; me llaman así porque soy como un pajarito que de todo se entera —terminó de hablar con una pequeña risita antes de dar un paso atrás para dejarnos entrar. Me cayó bien al instante. Era agradable ver a alguien que te trataba bien, para variar.

—Yo soy Mida, y este es Garian —nos presenté mientras entrábamos. Birdie nos invitó a sentarnos y puso la tetera.

—Encantada de conoceros a los dos. Sois una pareja de lo más encantadora —exclamó. Sonreí, sin querer ser descortés, y pensé que, ya que Garian pensaría lo mismo, tal vez podría divertirme un poco a su costa para variar.

—Ah, sí, este hombre lo es todo para mí. —Le rodeé la cintura con el brazo y le sonreí.

Su incomodidad no podía ser más evidente, pero no se merecía menos. Llevaba toda la vida sintiendo que no encajaba, y ahora que él me había repudiado, me sentía más sola que nunca. Me salió el tiro por la culata cuando su olor me colmó las fosas nasales y el recuerdo de nuestro beso regresó a mi mente.

—Aquí tenéis. —Birdie dejó nuestras tazas té y algo de picar sobre una mesa cercana—. Por favor, servíos. Me encantaría leer vuestros posos cuando terminéis, si no os importa. Es divertido y quizá pueda decirte cuántos hijos vais a tener.

—¿Cómo sabes que no lo sabemos ya? —preguntó Garian.

—Porque algunas cosas puedo verlas sin más. Con otras, necesito echar mano los posos de té o el cristal —explicó, pero Garian no parecía hacerle tanta gracia como a mí, así que se dirigió a la puerta y se marchó. Me sentí decepcionada de que hubiera sido tan maleducado y de que no quisiera participar en nada conmigo.

Miré a la mujer con timidez.

—Lo siento mucho. Estoy segura de que no era su intención ser tan grosero. —Terminé con una sonrisa de disculpa.

—Ah, no te preocupes por eso, cariño —dijo con una sonrisa—. A algunas personas no les gusta conocer su futuro, o no creen que yo pueda verlo.

Me sentí culpable. Esta mujer tan amable debía de sentirse sola aquí. Nos había invitado a pasar, nos había preparado el té y dado algo de comer; no me cabía en la cabeza cómo Garian podía mostrarse tan negativo ante algo tan insignificante.

—Me encantaría que me leyeras el futuro. —Sabía que no era más que una forma inofensiva de divertirse y no quería herir aún más los sentimientos de nuestra anfitriona rechazando su oferta. ¿Quién sabe? A lo mejor hasta sabía algo que nos ayudara a completar esta misión.

Ella sonrió y me cogió la taza una vez me hube bebido todo el té. Era una infusión de lo más calmante, sentía como mis músculos doloridos se fueran desenredando de todos los nudos y me estaba entrando el sueño. Birdie frunció el ceño al mirar las hojas que yacían en el fondo. Giró la taza en todos los ángulos posibles antes de volver a mirarme por fin.

—Veo que lo has pasado muy mal —dijo con aire solemne—. Has tenido que sufrir muchas pérdidas y rechazos, pero las cosas pintan mejor de cara al futuro. Tú y ese hombre lleváis mucho tiempo juntos, pero os está costando llegar a una fase en la que haya la confianza y el nivel de intimidad que deseas.

Birdie me miró y pensé en lo que su don decía de mí. Podría saltar a la vista que estaba sufriendo los efectos del rechazo, y el «futuro» que había predicho era uno lo bastante vago como para adaptarse a cualquier persona que entrara por la puerta. Me había parecido que algunas partes solo podían ser para mí, y agradecí que me hiciera una lectura, aunque sólo fuera para mantenerme entretenida.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Sabía que algo iba mal, pero no estaba segura de qué

exactamente. Me pregunté por qué Garian estaba tardando tanto en volver. No creía que esto le ofendiera tanto como para quedarse enfurruñado fuera esperando a que yo saliera. La sensación de relajación que había experimentado antes estaba provocando que sintiese la cabeza como flotando y los párpados me pesasen.

—Vamos, querida. Parece que te vendría bien descansar un poco. —Birdie me cogió de la mano y me llevó a otra habitación. Intenté pensar en una razón por la que no conseguía mantenerme despierta y volví a achacarlo al rechazo.

En ese momento, oí un alboroto, me giré y vi madera volando por todas partes.

Oí que la puerta se abría con más fuerza de la necesaria y vi a Garian allí de pie, furioso. Mi mente trató de darle sentido a lo que estaba pasando, pero todo era un caos confuso.

—Venga, vamos. —Sentí que me levantaba en brazos. No tenía ni idea de por qué últimamente sentía la necesidad de protegerme tanto. Me costaba creer que Birdie fuera una amenaza, pero él sí y había sentido la necesidad de rescatarme de esta casa.

—¿Os vais tan pronto? —preguntó Birdie.

—Sí, deberíamos irnos ya. Le prometí a Mida una velada romántica en las cascadas —respondió él de un tono tranquilo y relajado que no le había oído en años.

—Ah, pero déjame leerte los posos primero, por favor. —La mujer intentó convencernos de que nos quedáramos.

—Me encantaría, pero se no está calentando el vino. Podemos pasar por aquí otra vez a la vuelta.

Birdie parecía decepcionada, pero lo dejó pasar. No pude evitar tener la sensación de que se me escapaba algo.

—Podría haber salido de esa casa por mi propio pie, ¿sabes? —rechisté, y él sonrió. Era una sonrisa que hacía tanto tiempo que no veía que me hizo sonreír a mí también.

—Mida, ¿no podemos hacer una tregua, por favor? Si nos dedicamos a discutir todo el tiempo, esta búsqueda se nos hará eterna. —Por una vez, me estaba pidiendo algo en vez de ordenármelo. No estaba segura de si duraría tal tregua, pero por lo menos podía intentarlo.

—De acuerdo, Garian. Haremos una tregua. —Me relajé contra su cuerpo tonificado. Podía sentir cómo se movía cada músculo de su pecho mientras caminaba conmigo en brazos con facilidad.

Un rato después se detuvo, y abrí los ojos para ver que, efectivamente, habíamos llegado a una cascada. No la había oído a través de la espesa maleza de camino aquí.

Garian me dejó con cuidado sobre una roca cercana al agua que gozaba de la sombra de un árbol cercano. Se quitó los vaqueros y la camiseta y se metió en el agua, que era tan cristalina que se podía ver hasta el fondo. Parecía el paraíso. Me deshice de casi toda la ropa y sólo me dejé encima lo imprescindible.

El agua me envolvió nada más zambullirle. Tenía la temperatura perfecta. Nadé hasta donde se encontraba Garian, que observó en silencio como me acercaba hasta que estuve lo bastante cerca como para salpicarme agua. Me reí e intenté vengarme, pero era demasiado rápido.

—¿Sabes, Garian? La única razón por la que quise sumarme a esta búsqueda fue para encajar en tu manada —le confesé, porque necesitaba que me entendiera.

—Entonces continuaremos la búsqueda —me respondió con una suave sonrisa.

Capítulo 11

GARIAN

Nunca me habían gustado los videntes. Su trabajo consistía en utilizar los miedos de uno y manipular a la gente para que creyera en ellos y en el futuro. He visto cómo puede llegar a obsesionar a la gente despilfarrar todo su dinero con la esperanza de estar más preparados para lo que les avecina la vida. Observé a Mida, que por primera vez parecía despreocupada. Era arrebatadora cuando no tenía ese ceño fruncido constantemente que llevaba en la cara desde que habíamos empezado esta misión. Su infelicidad era culpa mía. No había querido hacerle daño, simplemente me había limitado a pensar en el bien de la manada.

Cuando mi madre me dio la orden, me sentí destrozado. Me importaba Mida y me sentí agitado cuando dejó de ser mi pareja. Sin embargo, no lo había cuestionado, porque sabía que mi madre nunca sería cruel. Si ella pedía que se hiciera algo, era por una buena razón. Cuando me di cuenta de que mi acción el depararía un destino terrible, ya era demasiado tarde.

Cuando Mida me explicó por qué había querido completar nuestra búsqueda, yo había respondido con el corazón y no con la cabeza. La única felicidad que sentía últimamente dependía de que Mida estuviera feliz. Ese pensamiento me confundió. Si no hacíamos buena pareja, ¿por qué de repente mi mundo entero empezaba y terminaba con ella?

—¿Por qué? Sé que es lo último que quieres hacer —preguntó Mida con suspicacia en la mirada.

—Por el bien de lograr la paz. Además, quizá sea mejor que Sirius se piense que aún le creemos. Tenemos que seguir adelante y encontrarlo. Esta epidemia es real, y ha sido creada o utilizada para poner un plan en marcha —respondí con honestidad.

—Entonces, ¿en realidad vamos tras Sirius y vamos a usar nuestra misión para atraerlo hacia nosotros? —expresó con lentitud a media que juntaba las piezas de cuál era el plan. Me

impresionó lo rápido que podía pensar y reaccionar.

—Exacto. —Salí del agua.

—Bueno, ¿llego pronto o tarde? —dijo una voz detrás de nosotros. Me giré para ver a qué amenaza nos enfrentábamos cuando vi una enorme sonrisa en la cara de Ryan.

No quería que supiera que no lo había percibido y que había logrado acercarse a nosotros sin ser detectado. A estas alturas no me fiaba de nadie.

—Ninguna de las dos; has llegado justo a tiempo. Pensé que debía salir a saludarte. —Ladeé la cabeza. Como alfa, estas conversaciones siempre debían desarrollarse así. Si un lobo de menor rango se unía a un alfa en una misión, al principio harían una demostración de valentía y fuerza.

Ryan, que era un beta, demostraría que podía permanecer en ese rango en mi manada. Si se mantenía firme, incluso podría ascenderlo a mi segundo al mando. Le tendí la mano para estrechársela; era una tradición humana de paz y amistad que también habíamos adoptado. Significaba lo mismo, así como que formaba parte de mi grupo hasta que pudiera marcharse una vez acabada la misión o ganarse su puesto como parte de la manada.

—Te traigo noticias. La intención era que fuesen una advertencia, pero no pude localizaros a tiempo. Hemos descubierto a dos cómplices de Sirius tras capturar a uno de ellos. —Ryan se adelantó para estrecharme la mano.

—Continúa —respondí.

—A la vidente le pagaron para seguiros y atraer vuestra atención sobre su casa. Su misión era separarte de Mida y llevarla con Sirius.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no eres otro de sus secuaces? —Esperaba que tuviera una buena respuesta que ofrecerme. Me vendrían de perlas contar más ojos que estuvieran realmente de nuestro lado. Mida debía de ser la respuesta a algo, y esta búsqueda nuestra debía de esconder su parte de verdad.

—He quebrantado la ley para venir en tu busca. He ido en contra de nuestro pacto con los hechiceros y no puedo más que quedarme a tu lado —afirmó mirándome con firmeza a los ojos. Sus ojos no vacilaron ni un segundo. Ni el mejor de los mentirosos podría sostenerme la mirada ni la mitad de tiempo. Nade mejor que yo para saberlo, ya que se me había concedido el ver la

verdad entre las mentiras.

—De acuerdo, pero pronto sabré si tus intenciones juegan a mi favor o en mi contra y, créeme, no te gustará lo que ocurrirá de ser esto último. Este sería el mejor momento para confesar, y tal vez te deje de una pieza —prácticamente le gruñí a Ryan. No me había dado ninguna razón para desconfiar de él, pero puede que mi enfado aumentara cuando su mirada voló hacia Mida, que estaba saliendo de la charca.

Esperé a que se vistiera para continuar. A partir de ahora, tendríamos que volver a viajar a pie. El coche delataba nuestra llegada, y no podía más que rezar para que Mida pudiera con ello. Casi dos horas después prácticamente habíamos llegado a las montañas. El aire se volvía más delgado a medida que alcanzábamos mayor altitud.

Le eché un vistazo a Mida, a la que costaba recuperar el aliento. La última vez que había estado tan débil, casi no había vuelto a despertarse. Aunque parecía estar demasiado débil mientas hablaba Ryan en casi todo momento. Cuando íbamos los dos solos, reinaba un silencio general. Nos conocíamos desde hacía años, pero seguíamos sintiéndonos incómodos el uno con el otro. No me gustaba su cercanía instantánea y me preguntaba cuál si Ryan tendría un motivo oculto.

El móvil para besar a Mida había sido intentar ayudarla. Tener su cuerpo tan cerca del mío había despertado una llama que pasó de una chispa a infierno sofocante en cuestión de segundos. No tenía control sobre este fuego, y eso me asustaba. También sentí cómo la culpa me carcomía por cómo mis acciones debían de haber confundido a Mida.

Me adelanté y les dejé seguir con su conversación. A lo mejor Mida estaba intentando sonsacarle algo de información. La había juzgado con demasiada dureza en el pasado y no volvería a cometer dicho error. Mientras caminaba unos metros por delante, intenté mantenerme al margen de la conversación. Tenía que concentrarme en dónde ir a continuación, pero mis pensamientos se interrumpían cada vez que escuchaba su voz. Cuando no respondió a una de las preguntas de Ryan, miré hacia atrás para ver que se había desmayado.

—Mida, ¿puedes oírme? —le pregunté mientras Ryan y yo evitábamos que cayera desplomada al suelo.

Esto era algo que ya sospechaba que ocurriría, y sabía que sería lo bastante fuerte como para recuperarse de nuevo. Cuando Mida permaneció en silencio, el corazón se me estrujó en el pecho. Ryan intentó ayudar, pero en vez de estarle agradecido, quise darle un puñetazo bien

fuerte en la cara.

Lo que más me molestaba era que había sido Ryan quien había estado a su lado y quien ahora se ocupaba de ella. Me quedé plantado de pie viéndome en una de las pocas ocasiones en las que no sabía qué hacer a continuación. Otra secuela del beso era que veía a Mida bajo otra luz. La miraba de otra manera y supe que la deseaba. Más que eso, sentía la necesidad de protegerla y hacerla feliz.

Era a mí a quien le correspondía cuidar de ella, no a él, y así se lo demostraría. Miré a Ryan, que estaba sentado a su lado. Encendería un fuego y buscaría comida. No serviría de nada quedarme de brazos cruzados cuando había cosas mejores y más útiles que podía hacer. Caminé un trecho hasta una zona con árboles para conseguir leña y descargué mis frustraciones contra el viejo roble. Arranqué las ramas y las rompí con mis propias manos.

Para cuando hube recogido lo suficiente para pasar la noche, estaba sudoroso y sucio, pero me sentía menos predispuesto a rajarle la garganta a Ryan. Mida se había despertado y le sonreía a Ryan mientras hablaba. Yo no había estado presente cuando abrió los ojos esta vez. Había estado a salvo y cuidada. ¿Por qué importaba que no hubiera sido obra mía?

Una parte de mí quería mandarle bien lejos y decirle que no volviera. Podría resultarme satisfactorio, pero no ayudaría en absoluto a la misión. Encendí el fuego con la leña que había recogido y mandé a Ryan a por la comida.

—Ryan, yo me encargado del fuego; tú tráenos comida. Puedes cazarla o comprarla, pero ni se te ocurra quitarle nada a otro. —Ryan asintió y se fue de inmediato. Yo no iba a servirle, él me serviría a mí como su alfa. Mida era otra historia; las cosas que hacía por ella eran para cuidarla. Era diferente.

Había pensado que estar solos podría darnos la oportunidad de hablar y ponernos al día sobre qué hacer a continuación con nuestro plan. No me fiaba de Ryan y no hablaría de asuntos privados con él cerca.

—No te gusta ni un poco, ¿eh? —preguntó Mida. No podía creerme que, a pesar de que Ryan no estaba, seguía fastidiándome.

—No confío en él. Todas las personas con las que nos hemos topado a lo largo de esta misión han ido a por nosotros. De hecho, me sorprende la facilidad con la que lo has aceptado sin rechistar —respondí mientras luchaba por mantener mi mal humor bajo raya.

—Sólo estás celoso —dijo ella con una sonrisa de satisfacción. Me sorprendió que supiera cómo me sentía y, al mismo tiempo, no quería que lo supiera.

—No estoy celoso —negué.

Prefería que le diera cualquier otro nombre menos como realmente me sentía. Incluso a mis propios oídos, sabía que estaba portándome como un crío. Más allá de mi ira, sentí un impulso abrumador de provocarla otra vez. Parecía que todas las emociones desembocaban en desearla. Tenía que encontrar una solución a este problema, ya que no era algo a lo que estuviera acostumbrado. Ninguna mujer me había hecho recordarlas ni volver a pensar en ellas. Mida me había hechizado de una forma que desafiaba a mi naturaleza misma.

—Ryan ha venido con nosotros para ayudarnos, Garian. ¿Por qué no puedes admitir cuando necesitas ayuda o aceptarla cuando te la ofrecen? —dijo en un tono de disgusto que no me sentó nada bien. ¿Cómo podía un lobo desterrado como Ryan ganarse su respeto con la misma rapidez con la que yo me ganaba su desprecio?

—Aún está por verse si a Ryan lo enviaron tras nosotros o si ha venido para ayudarnos. —Quise añadir algo más, pero oí que Ryan regresaba a nuestro campamento.

Se acercó con algunas cosas que había comprado por aquí cerca. Pensé que no tenía fuerzas para cazar o que simplemente le daba pereza.

Me pregunté cómo había encontrado comida tan rápido. Debería haber tardado al menos una hora en encontrar un lugar donde comprar comida. ¿Se había traído comida suficiente con él para nosotros o contaba con ayuda? Y si tenía ayuda, ¿era Sirius?

Capítulo 12

MIDA

El resto de la velada transcurrió en un ambiente profundamente tenso. Intenté entablar conversación con Ryan y Garian. Ryan parecía haberse percatado del cambio de humor y trató de ayudar en lo que pudo sin estorbar a Garian. Observé a éste último y supe por experiencia que se estaba gestando una idea en su cabeza.

Esperaba que no fuera una que provocara otra discusión. Apenas habíamos acordado establecer una tregua y la habíamos roto en el mismo día. Me acerqué a él para intentar hablarle.

—¿En qué estás pensando con tanta intensidad? —le pregunté, intentando bromear con él. Me resultaba mucho más fácil hablar con Ryan, probablemente porque su opinión sobre mí no me importaba ni la mitad que la de Garian.

—Esta misión termina ahora mismo —respondió sin rastro de humor en su voz.

—¡Otra vez con éstas, no! Vamos a terminar con esta misión porque debemos hacerlo. Sabes lo que significa para mí, y tú no paras de repetir de tenemos que volver hasta que te lo piensas mejor. Vamos a seguir adelante y a completar esta misión. No pienso a volver.

—Sí que vas a volver y te llevaré de vuelta a rastras si hace falta. No puedo seguir poniéndote en peligro, Mida. Es mejor que estés con todos los demás y a salvo que aquí fuera, donde podrías convertirte en carnaza en cualquier momento.

Su tono me dejó claro que se creía que aquí se terminaba la discusión. No habíamos podido evitar pelearnos, con tregua o sin ella. No iba a ceder en esto, completaría la misión pasara lo que pasara.

—Mida, no te lo estaba pidiendo. Esto no es un juego. Tu vida está en peligro, lleva estándolo

desde el principio. ¿Qué pasará cuando uno de los que trabajan para Sirius consiga hacerse contigo? Hasta ahora, hemos tenido suerte de que no te hayan atrapado ni te hayan hecho daño, pero ¿cómo puedes estar segura de que tu buen amigo Ryan no quiere hacerte daño? —explicó en un tono tan calmado que incordiaba.

—Pues yo tampoco te estoy pidiendo que me concedas libre albedrío. Ya lo tengo y voy a hacer esto tanto si vienes conmigo como si no —declaré con simpleza.

—De eso, nada. Puede que tengas libre albedrío, pero estás bajo mi cuidado y no cuentas con una manada que te cubra las espaldas.

—No hace falta que me lo recuerdes. Hace solo un par de semanas me echaste de la tuya. —Prácticamente grité cuando el dolor volvió a inundarme con tal intensidad que se me revolvió el estómago.

—Yo no te eché. Para empezar, lo habrías sabido si lo hubiera hecho y, segundo, no eres lo suficientemente responsable como para ser la luna. Si lo fueras, me escucharías y pensarías en qué es lo mejor para todos y no sólo en lo que tú quieres —dijo en tono de advertencia. Me daba igual. Ya estaba harta de esta montaña rusa: primero íbamos a continuar con la búsqueda, pero luego ya no. Y así una y otra vez.

Puede que me doliera no formar parte de su manada, pero el aspecto positivo era que no tenía que recibir órdenes de él.

—No tienes forma de saber qué clase de luna habría sido ya que no me diste la oportunidad de demostrarlo. Empiezo a pensar que, a pesar de todos estos años, nunca llegaste a conocerme. —Prefería que él estuviera al tanto de todo lo que sentía a sufrirlo sola y en silencio.

—Mi decisión está tomada, Mida. Esta noche descansaremos en este campamento, por la mañana te llevaré de vuelta a la región y continuaré con esta farsa por mi cuenta. —Suspiró y se levantó de donde nos habíamos sentado alrededor de la fogata. El frío que le corría por las venas ni siquiera se le derretía cuando se sentaba cerca del fuego. ¿Cómo iba a apañármelas yo para atravesar sus muros? Iba a ver las cosas a mi manera o sería yo la que seguiría con esta búsqueda por su cuenta.

Tenía mi comida delante de mí y olía que alimentaba. En cuanto Ryan me la trajo, el olor a beicon y queso me inundó la nariz e hizo que me rugiera el estómago del hambre. Después de otra discusión con Garian, me temía que íbamos a seguir caminos separados, independientemente

del plan que siguiéramos. Garian estaba empeñado en llevarme de vuelta y a continuar solo, y yo estaba empeñada a seguir sola sin él.

Cogí mi plato lleno con esa comida que olía de maravilla. La comida cocinada con el fuego de las brasas tenía un algo que le daba un sabor único. Sabía mejor de lo que me pensaba debido a mi falta de apetito, y me lo acabé en un santiamén. Hacía un tiempo que no era capaz de disfrutar comiendo. Mi cuerpo debía de estar curándose y superando el rechazo. También debía de tener algo que ver el que hubiera tomado una decisión y no me fuese a dejarme convencer de lo contrario.

—Escuchad, ¿puedo hablar con vosotros dos? —Garian y yo miramos a un lado y vimos a Ryan allí de pie.

Habíamos estado tan absortos en nuestra conversación que no nos habíamos dado cuenta de que estaba aquí. Sé que habíamos estado distraídos, pero esto era toda una novedad para nosotros. Si alguna criatura se movía un solo centímetro, lo detectábamos al vuelo. Ryan había sido capaz de pillado desprevenidos más de una vez. Me llevó a preguntarme cuántas veces habría escuchado una conversación privada.

—Sí, ¿qué pasa? —Estaba claro que Garian no tenía tiempo para lo que Ryan tuviera que decir. El pobre hombre tenía que compensar lo que habían hecho aquellos enviados para descarrilar nuestra búsqueda. Sirius me perseguía a mí y a nadie más. No tenía sentido que me quedase y pusiese en peligro a los que me rodeaban. Cuando la búsqueda acababa de empezar, todos los que nos acompañaban fueron sido asesinados porque estaban a mi lado.

Puede que Garian sintiese desprecio por mí, y puede que se debiese a que me habían declarado inadecuada o porque le había hecho perder a muchos de sus seres queridos y familiares. No podíamos llegar hasta aquí para dar vuelta.

—Sé que mi presencia ha causado problemas, pero lo único que quería era ayudar. Os ayudaré a retomar el rumbo, luego debo irme —explicó Ryan en voz baja, y me sentí muy mal por él. Garian podía ser de lo más cortante en el peor momento.

—No es necesario —respondió Garian, bajando primero la mirada antes de clavar los ojos en Ryan—. Preferiría poder tenerlo vigilado que dejar que te vayas solo para que hagas lo que te plazca. —No rompió el contacto visual en ningún momento, ni siquiera parpadeó. Ryan seguía sin darle buena espina, pero planeaba quedarse a solas con él para continuar con esta misión.

Ryan apartó la mirada y se marchó para meterse en la tienda de campaña que llevaba en su mochila. Me sentía culpable por haberle hecho sentir incómodo. Sí había sido un poco raro que pudiera encontrar comida tan rápido cuando Garian lo mandó a por ella. No era lo bastante grave como para condenarlo en el acto y, aunque gran parte de la dinámica de una manada era cosa de animales, Garian había olvidado que antes confiábamos en nuestros instintos humanos y que aún debíamos guiarnos por ellos. Yo recordaba quién era yo y sabía que debíamos tratarnos con respeto.

Garian me fulminó con la mirada simplemente por observar cómo Ryan se iba a la cama. Seguramente le estallaría la cabeza si fuera a hablar con él, que era justo lo que pretendía hacer. Ya había cortado los lazos que me unían a Garian en mi cabeza y pronto seguiría sola con este encargo. Era algo que tenía que hacer, ya que yo era la única pariente viva del lobo que los demás conocían como «el mancillado». Era un legado que me había alejado de un destino con Garian para el que me había estado preparando toda mi vida.

A partir de ahora, me enorgullecería de mi identidad y encontraría la fuerza en mí misma. Le demostraría a la manada de Garian y a cualquier otra que era más que digna. Casi había llegado a la tienda de Ryan cuando una mano fuerte me sujetó del brazo.

—Tenemos que hablar. —La voz de Garian sonaba más grave de lo normal.

—No, no tenemos que hablar de nada, Garian. Cada vez que lo intentamos, la cosa acaba siempre en discusión, y estoy harta. Tú dices que yo no pienso en los demás, pero es a ti a quien tal concepto le es ajeno. Te concedes a ti mismo todo el mérito y no le das ni una migaja a nadie más. Ha sido placer hablar contigo, Garian. Hasta mañana. —Me zafé de su brazo y giré sobre mis talones.

—Mida, por favor, espera. —Oí que me pedía con voz más suave. Estaba medio decidida a seguir caminando, pero su voz poseía un algo que me lo impidió. Me volví hacia él antes de tener tiempo de pensármelo dos veces.

—¿Y bien? —Todavía estaba enfadada con él por comportarse como un bárbaro. Dio un paso atrás e hizo un gesto hacia donde habíamos estado sentados cerca del fuego.

—Mida, sé que me comporto como un imbécil, y lo siento. No sólo tienes la esperanza de extinguir este veneno, sino que... me importas. No estaría contento de que te pasara algo, cosa que, hasta ahora, te ha pasado casi todos los días. No hace mucho que te desmayaste de nuevo, y

ese podría ser el momento en que Sirius ataque de nuevo. Por favor, procura que no te pase nada —dijo con suavidad. Su mirada me decía que lo que acababa de decir iba en serio. Estaba segura de que sus intenciones eran buenas, y se lo agradecía, pero eso no me impediría terminar lo que había empezado.

—Garian, no pongo duda que quieras que esté a salvo. Estoy enfadada porque tú decides lo que puedo y no puedo hacer, y ni siquiera soy parte de tu manada. —Sentía que esto se había convertido en una causa perdida.

—Para mí siempre serás parte de mi manada y siempre te protegeré como si lo fueras.

—Y también me mandas como si lo fuera y estoy harta. —Seguía negándome a ponerme sentimental en este momento.

—¿Estás harta de que te proteja? —preguntó con las cejas fruncidas.

—Nunca me escuchas, Garian. Acabo de decirte que estoy harta de que mandes sobre mí y no de que me protejas. —Sentía que me hervía ya la sangre.

—Pero así es como te protejo, Mida. No sé por qué te cuesta tanto verlo.

Ambos nos quedamos mirando al otro. Ambos intentamos mantener la calma mientras tratábamos de describirle nuestros sentimientos al otro hasta que llegamos a un punto en el que ya no sabíamos qué más hacer. El silencio incómodo fue la gota que colmó el vaso para mí. Me puse en pie para irme a la cama, y Garian me imitó, pero en vez de estar de camino a la cama, me vi atraída hacia él.

Por más que me pusiera de los nervios, sentir mi cuerpo contra el suyo era como volver a casa. Toda preocupación desapareció de mi mente cuando sus labios se encontraron con los míos. La sensación de verme aliviada de sentir dolor fue abrumadora y me encontré devolviéndole el beso. Le rodeé el cuello con los brazos y me perdí en él. Por un instante, no tenía problemas ni sufría. Sólo quería vivir ese momento todo el tiempo que pudiera.

No tenía ni idea de cuánto tiempo estuve abrazada a él; la verdad es que ni siquiera me importaba. Lo que necesitaba decirse lo habíamos dicho más con nuestros cuerpos que con palabras. A mi mente nublada le quedaba la energía justa para poder tenderme a dormir. Vi cómo Garian se dirigía a donde dormiría y supe que esta sería la última vez que estaríamos juntos de esta manera.

Aquella noche no pude dormir. Me quedé despierta, esperando la primera luz de la mañana para ponerme en marcha. Recogí mis bártulos y los metí en una bolsa. Cogí algunas cosas necesarias que no pensé que ninguno de los dos hombres echaría de menos y me preparé para salir. Comprobé que seguían durmiendo antes de irme. No se escuchaba ni un ruido proveniente de la tienda de Ryan, así que fui a comprobar cómo estaba Garian. Tenía un aspecto peligroso incluso cuando dormía, parecía que ni siquiera el sueño le dejaba relajarse.

El recuerdo del beso de la noche anterior volvió a mi mente. Me había aliviado el dolor, y de eso mismo se trataba, ¿no? Mientras que yo le había besado movida por el afecto, él me había besado por lástima. Iba a echarle de menos y me iba a costar hacerlo sola. Me alejé todo lo que pude de nuestro campamento. Ya no había vuelta atrás.

Capítulo 13

GARIAN

En cuanto abrí los ojos, percibí que algo iba mal. Me levanté escopetado de donde había estado durmiendo y miré a mi alrededor. Ryan estaba dormido, pero no había rastro de Mida. Me acerqué hasta Ryan y lo sacudí para que se despertara.

—¿Dónde está? No tengo tiempo para juegos, Ryan. Si hieren a Mida, será el fin de los nuestros. Dime dónde está. —Casi le escupí de lo cerca que estaba mi cara de la suya.

Mis instintos casi se apoderaron de mí y tuve que resistirme a la idea de hacerlo pedazos.

—No sé dónde está. ¡Estaba durmiendo igual que tú, Garian! —contestó Ryan con el suficiente miedo como para dejarme claro saber que, si había tenido algo que ver con su desaparición, había sido en contra de su voluntad.

—Bueno, pues levántate para que podamos encontrarla —gruñí antes de dejar que se levantara.

Me marché en cuanto supe adónde se dirigía para encontrar la forma de rastrearla antes de que su olor fuera demasiado débil para poder seguirla. Mida me llevaba a sentir una ira y frustración a unos niveles que nunca había experimentado antes, pero despertarme para encontrar que estaba desaparecida me causó un dolor insoportable en el pecho.

Apenas acababa de notar su ausencia y ya me dolía hasta el alma. No tenía ni idea de dónde estaba , de si se había marchado por su propio pie o si nos la habían arrebatado. En cualquier caso, estaba sola y en peligro y no quería ni pensar en la posibilidad de que no la encontráramos a tiempo.

Tenía que haberse ido a buscar a su antepasado maldito ella sola. Pensé mientras captaba su olor donde en el bosque. Me hizo sentir aliviado de haber encontrado una manera de rastrearla.

Respetaba a mi madre y al consejo, pero no entendía por qué habían decidido que Mida y yo no hacíamos buena pareja. Al principio, me pareció que tenía sentido. Mida era una loba que cargaba con un estigma. Si yo hubiera sido cualquier otro lobo de la manada, podría haber estado bien elegir a mi propia pareja.

Ser el siguiente de la línea de sucesión parecía que era un papel repleto de honor y ventajas, pero nada más lejos de la realidad. Cargaba con el futuro de nuestra especie sobre mis hombros. Cada paso que daba estaba planeado de antemano y tenía que hacerse teniendo en cuenta cómo afectaría a los que estaban a mi cargo. Cuando era un niño, todos me temían y tenía que pasarme los días solo.

Mida no me había tenido ningún miedo desde el mismo día en que me conoció. Incluso había conseguido que los demás niños jugaran también conmigo. Pensándolo bien, lo único que Mida había hecho era intentar estar a mi lado. Cuando volviera a reunirme con el consejo, les diría esto mismo. Si ella era nuestra única esperanza, ¿por qué no hacerla más fuerte en vez de más débil?

Cerré los ojos cuando su olor se hizo más débil. Si pudiera encontrar una manera de estar seguro de la dirección en la que había ido, sabía que podría encontrarla. Por lo general, podía dar con un animal pequeño incluso si estaba lloviendo. Con Mida tan débil como estaba, era difícil seguirle el rastro durante largo rato. Me preocupé aún más al pensar en quién estaría allí para ayudarla si se sentía mal o se desmayaba otra vez. Tenía que encontrarla y rápido, antes de que estuviera en peligro y, si ya lo estaba, no tendría piedad con quien se la hubiera llevado. Seguí el olor hasta que no quedó nada que perdurara en el aire. Intenté pensar adónde podría haber ido desde ese punto.

Podría haber seguido por la carretera principal y adentrarse en la región para continuar con la misión, aunque no me cabía duda de que la llevaría a caer en una trampa. Necesitaba ayuda, por más me molestara admitirlo. Si no encontraba ninguna prueba de que hubiera pasado por aquí, me reuniría con los demás y formaría un equipo con el que regresar.

—Creo que puede haber ido a por Sirius —gritó Ryan desde cerca.

—Eso ya lo sé, idiota. ¿Por qué no gritas más fuerte por si acaso aún no nos han descubierto? —Corrí hacia Ryan y le di un puñetazo en la mandíbula. Los ojos se le desorbitaron al caer al suelo con un fuerte golpe.

—Lo siento, sólo quería ayudar —dijo en voz baja mientras se llevaba la palma a la mandíbula.

—Pues empieza por usar la cabeza. —Le ayudé a levantarse. Ni de broma iba a recibir una disculpa por mi parte. El no matarle tendría que bastar como ofrenda de paz.

No me gustaba enfadarme ni mostrarme agresivo. Era algo con lo que tenía que hacer tripas corazón como alfa. Había sido una decepción para mi padre que fuera un niño débil. Quería que fuera fuerte e intrépido y me comparaba constantemente con mis hermanos y primos. Ser el hijo de mi padre había hecho que otros me tuvieran envidia y estuvieran ansiosos por demostrar lo mejor cualificados que yo que estaban para el papel.

Al mismo tiempo, esto me había hecho distanciarme cada vez más de él. Me había hecho mayor odiando la debilidad y había jurado que sería el más fuerte de todos. Había estado mejor solo y no había vuelto a confiar en nadie. *Si no podía confiar en mi propia familia, ¿en quién podía confiar?*

Me quedé quieto, mirando a nuestro alrededor para adivinar adónde ir a continuación. Tenía que admitir que habíamos llegado a un callejón sin salida y que necesitábamos ayuda para encontrarla. Ahora tendría que volver a casa para hablar con el consejo y al hacerlo me alejaría aún más de Mida. Fue una decisión difícil que no me gustó nada.

Todos mis instintos me decían que fuera a buscarla y que volver atrás era una mala idea. Era una idea que tenía más sentido que la respuesta emocional que me produjo la desaparición de Mida. Fuimos tan rápido como pudimos para reunirnos con los demás y poder volver a buscarla enseguida.

Mi madre fue la primera en vernos llegar. Una expresión de preocupación le nubló la cara cuando me acerqué a saludarla.

—¿Dónde está Mida? —Parecía preocupada.

—Nos despertamos esta mañana y descubrimos que había desaparecido. Seguí su olor, pero se desvaneció demasiado rápido como para poder seguirla —le expliqué, siendo consciente de que iba a culparme de la desaparición de Mida.

—Reunámonos con el consejo sin más demora. —Se dio la vuelta para encabezar la marcha. Ryan y yo la seguimos hasta llegar a la entrada de la sala de reuniones.

—Ryan, quédate aquí hasta que te llame —le dije antes de que nos siguiera al interior. Las discusiones que se producían ahí dentro eran para rangos superiores, no para un mequetrefe del

que sospechaba que trabajaba para el otro bando.

Me preguntaba cómo interpretaría el Consejo la situación y cómo la abordaría. No confiaba en su última decisión y tampoco estaba seguro de que fuera a gustarme su consejo esta vez. Nada más doblar la esquina, vi que tres miembros del consejo nos esperaban sentados.

—¿Cuál es el propósito de vernos hoy, en especial después de haberte mandado en una empresa que aún no has completado? —habló un anciano que parecía más viejo que el mismo sol. Parecía que apenas podía tenerse en pie y, sin embargo, debíamos temerle y respetarle a él y a todos los demás miembros decrépitos del consejo.

—No había rastro de Mida para cuando despertamos esta mañana. Me temo que siguió con la misión por su cuenta. Necesito que me acompañen más de los nuestros a buscarla, ya que creo que puede tratarse de una trampa —expliqué y empecé a planear mentalmente a quién le pediría que me acompañara.

—No —se negó en rotundo el concejal.

—¿Cómo dice? —Estaba seguro de haberle entendido mal.

—Ha dicho que no, y debo decir que coincido con él. —Otro miembro tomó la palabra.

Sentí los puños apretados a los costados mientras luchaba por controlar mi temperamento. El consejo estaba en contra de mi decisión y eso quería decir que no solo que no tendría ayuda, sino que tampoco se me permitía ir a buscar a Mida por mi cuenta.

—Eso no tiene ningún sentido —repliqué, intentando mostrar el menor enfado posible.

—Cuida tus palabras, Garian —me advirtió mi madre.

—Lo siento, pero no pienso hacerlo —le dije en voz baja. Parecía preocupada, pero me dejó terminar.

—El consejo ha hablado —dijo el hombre con una sonrisa desdeñosa.

—Yo soy el alfa aquí, y no dejaré que se me diga a quién de mi manada puedo o no salvar. La encontraré con o sin vuestra ayuda. Ahora he hablado yo —respondí. No iba a dejar que Mida saliera más lastimada por ninguna otra decisión del consejo.

—Muy bien, ve a buscar a tu amigo amiga la maldita, pero cuando vuelvas, ya no serás un alfa —el concejal habló con un tono de advertencia, pero no me importó.

—No tienen derecho a decidir eso. Cuando vuelva con Mida y la cura, no habrá consejo. Ya habéis tomado demasiadas decisiones sobre mi vida. —Le habían causado todo este dolor a Mida y ahora querían abandonarla. No eran un organismo fiable y me aseguraría de acabar con ellos.

—Garian, piénsate bien lo que dices. No es propio de ti precipitarte al tomar decisiones, hijo mío —intentó argumentar mi madre.

—Lo siento. —Hice una pausa para darle tiempo a asimilarlo.

Nunca había pedido perdón por nada en toda mi vida. Era algo que me había enseñado mi padre y que jamás me había gustado. Vi como una rara sonrisa se dibujaba en la comisura de sus labios, y eso me dio todo el valor que necesitaba para tomar una decisión de una vez.

Una vocecita tiró de mis pensamientos dentro de mi cabeza. *¿De verdad vas a renunciar a todo por ella? ¿Y qué hay de su maldición, qué les dirás a tus hijos cuando un día sepan que tiraste su legado por la borda?*

Sabía lo que quería hacer y lo que años de adiestramiento para cumplir con mi papel en la vida me habían proporcionado. Debía aceptar la decisión del Consejo y quedarme aquí. Algún día encontraría una pareja más adecuada y yo sería el nuevo rey. Pero, por otra parte, ¿tendría sentido ningún título o vida sin Mida a mi lado?

Capítulo 14

MIDA

Empecé a echar de menos a Garian desde el mismo instante en que me fui para continuar con la misión por mi cuenta. No era el estar sola lo que me molestaba tanto, sino lo débil que me sentía. Estar cerca de Garian me había ayudado a calmar el dolor más de lo que era sido consciente. Su remedio para ayudarme a sobrellevar el dolor me había confundido y enfadado, pero ahora deseaba que me encontrara y me envolviera entre sus brazos.

Pero eso era una fantasía; de aparecer, me haría pedazos antes que ayudarme después de la forma en que hui. Ignoraba qué había pasado para que aquel joven encantador y cariñoso se convirtiese en el hombre malogrado que era Garian hoy en día. A lo mejor aún quedaba un poquito de su antiguo yo escondido en alguna parte.

Conseguí estabilizarme justo a tiempo tras tropezar con una roca que sobresalía del suelo. Tenía que concentrarme. Si me caía o me hacía daño, estaría sola y sin nadie para ayudarme.

Cabía la posibilidad de que no debiese haber hecho esto y de que sólo me hubiese dejado llevar por el orgullo y la ira. Seguía habiendo un asesino campando a sus anchas por ahí, y mientras éste no se rindiese, yo tampoco. Tenía la oportunidad de demostrarles a todos que no era débil y que podía dar con la forma de enmendar lo que habían hecho aquellos que me precedieron.

Tenía que seguir adelante para evitar que Sirius o Garian me atraparan. Avancé lo que me se me antojaron horas, pero cuando miré atrás, no parecía que hubiese llegado muy lejos.

Decidí sentarme a la sombra de un árbol cercano un ratito. Sólo necesitaba darle a mis piernas y ojos cansados la oportunidad de descansar antes de volver a retomar el viaje. Abrí los ojos sólo unos instantes después, creo. Cuando mi mente cansada empezó a tomar nota de lo que me rodeaba, me di cuenta de que la luz había cambiado y de que debía de haber descansado más rato

de lo previsto.

Levanté mi pesado cuerpo del suelo y, una vez de pie, seguí adelante. Percibí un leve aroma que arrastraba el viento a medida que avanzaba por el sendero. Al principio, olí a otros lobos y se me ocurrió que podría haber ayuda cerca, pero su olor se desvaneció por un hedor nauseabundo que me hizo sentir cada vez peor a medida que me acercaba.

Cuando vi los cuerpos allí tendidos, el recuerdo del otro ataque inundó mi mente. ¿Había corrido esta pobre manada la misma suerte que la de Garian? Seguía sin podía entender por qué nadie haría algo así. Matar sin razón ya era malo, pero matar a los de tu propia especie carecía aún más sentido. La escena no me resultó menos triste por no conocer a esta gente, y me dejó claro que la situación era cada vez más grave.

Sentí que la pena se apoderaba de mí con la misma frescura que si acabara de ocurrir. Los cuerpos yacían exactamente igual y habían sido asesinados con la venganza en mente. No había otra forma de que mi cerebro aceptara lo que estaban viendo mis ojos.

Eché mano de lo que había cerca para cubrir los cuerpos; me tendría que apañar con las hojas amplias y los grandes trozos de corteza que había por ahí. Recé por todos ellos y recité la última cacería como había hecho Garian con su manada. La última cacería versaba sobre cuando ésta aún era nueva y aún se estaban aprendido las palabras. En el presente, nos las sabíamos de memoria:

Audaz y valiente

En tu último día de caza

Tu nombre cantaremos a aquellos que defiendes

Como tal, tu legado nunca tendrá fin

Dos almas en paz, el guerrero y la bestia

Hasta que nos volvamos a ver.

Sentí que me invadía la paz y esperé que eso significara que había podido hacer algo por la manada. No quise quedarme más tiempo del necesario y observé la zona con cuidado para comprobar que el atacante no siguiera al acecho. *A lo mejor no puedo ganar la pelea, pero tampoco seré un blanco fácil*, pensé mientras una rama se desprendía de un árbol cercano y

aterrizaba en el suelo sin hacer ruido.

Probablemente así fue como el atacante pudo moverse sin que lo detectara. Si algo tan grande no hacía ruido alguno, escabullirse resultaría bastante fácil. ¡Ahí estaba! Oí pasos, no sonaban muy fuertes, pero estaban ahí, seguro.

Me giré para mirar a mi oponente, a pesar de que sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Todos los músculos se me tensaron y enroscaron al prepararse para reaccionar con la rapidez que necesitaba.

—Hola, Mida —dijo Ryan. Sentí tal alivio de que no fuera el asesino que corrí hacia él. Me sentía estupendamente por ya no estar sola y, la verdad sea dicha, no tenía fuerzas para luchar en ese momento.

—Hola, Ryan. Me alegro de volver a verte. ¿Dónde está Garian? —pregunté mientras el corazón se me disparaba. Lo echaba muchísimo de menos y no veía la hora de volver a verlo.

—No está conmigo. Volvió con su manada —explicó en voz baja, y sentí tal opresión en el pecho que me dolió. ¿De verdad a Garian le había resultado tan fácil dejarme atrás y volver a casa? No hacía falta echarle mucha imaginación. Para empezar, ni me quería a mí ni quería sumarse a esta aventura. Una pequeña parte de mí esperaba que no fuera así y que le importara, aunque sólo fuera un poco.

—¿Has visto los cadáveres? —le pregunté a Ryan. Estaba cansada de ver la lástima reflejada en sus ojos y necesitaba cambiar de tema.

—Los he visto, sí. Siento que hayas tenido que ver eso —respondió con una simpatía sincera.

—Tampoco es que sea la primera vez. —Me esforcé por parecer menos afectada de lo que estaba por ser testigo de tal muerte y violencia.

—Igual lo mejor sería ir a buscar a Garian. No es seguro estar aquí fuera, Mida —dijo con una sonrisa.

—No puedo. Mi sangre es la respuesta para acabar con todas estas muertes. Tengo que encontrar a Sirius y hallar la forma de acabar con esto antes de que nos maten a todos. —Sabía que era más probable que Ryan me ayudara o, al menos, me entendiera. Igual hasta era mucho mejor hacer esto sin Garian. Al menos Ryan no me obstaculizaría el terminar con lo que había empezado.

—Si de verdad quieres seguir adelante, creo que conozco un buen sitio donde empezar —ofreció él.

—¿Y ese sitio sería? —pregunté cuando no añadió más.

—La antigua biblioteca. —Fue todo lo que dijo antes de empezar a andar y mirar hacia atrás para ver si le seguía.

La diferencia entre Garian y Ryan era asombrosa. Estar con Ryan me resultaba más natural. Por otra parte, apenas lo conocía mientras que Garian y yo nos conocíamos desde niños. No me entraba en la cabeza por qué echaba de menos a Garian cuando no podía ser más evidente que él no sentía lo mismo.

Íbamos en la misma dirección que yo habría seguido para ir en busca de Sirius. Tanto si la biblioteca tenía información útil como si no, nos encaminábamos a encontrar la forma de ponerle freno a todos los asesinatos. Quería que la manada que me acababa de encontrar fuera la última que me topaba así. Y si podía llegar a tiempo para encontrar al asesino, lo sería. Observé a Ryan y reparé en que conocía esta zona de la región mucho mejor que la mayoría. Me hizo preguntarme por qué, ya que esta era una zona de nuestras fronteras de la que nuestros padres nos mantenían alejados y contra la que nos advertían.

La luz de la tarde empezó a desvanecerse para dar paso a la noche. La luz brillante se había convertido en uno tonos rosas y anaranjados que surcaban el cielo, hasta que el firmamento negro se tragó los últimos retazos de color con las estrellas que brillaban orgullosas. Justo cuando me estaba a acostumbrando a ver de noche, Ryan nos guio hacia la derecha del sendero.

Si no me estuviera guiando él, creo que no habría encontrado el lugar. Los árboles cubrían la mayor parte del edificio con sus enormes raíces, que habían medrado cerca de los ladrillos y luchaban por hacerse con el terreno. La puerta del interior estaba hecha de sólidos pilares de piedra que aún parecían blancos como perlas en algunas partes. La puerta de madera y aspecto pesado era tan enorme que un gigante podría atravesarla sin dificultad .

—Aquí estamos —anunció Ryan innecesariamente, pero su sentido del humor me ayudó a alejar mis pensamientos sobre lo débil que me sentía y el miedo tan grande que me invadía a pesar de tener a Ryan cerca.

Nos acercamos a las grandes puertas antes de detenernos frente a ellas. Ryan golpeó la madera cinco veces creando una melodía, y la puerta gimió al abrirse lentamente. Una vez dentro,

busqué a quien me había abierto la puerta para darle las gracias, pero la biblioteca estaba vacía.

Se escuchó el eco de nuestros pasos al entrar en la gran sala. Inspeccioné las paredes increíblemente altas en las que se apretujaban los libros y que debían de tener todos los libros existentes. Ryan se adelantó un poco y nos condujo a una parte muy antigua de la biblioteca.

Las estanterías parecían aguantar a duras penas el peso de los libros. Eran más grandes y antiguos que la mayoría de los demás volúmenes. Recorrí los estantes de arriba abajo hasta que vi unos símbolos que reconocí en los lomos. La marca que tenían era la misma que el escudo de mi familia, y había otra debajo que no recordaba.

Retiré con cuidado el viejo libro de la estantería y lo puse sobre una mesa cercana que debía de estar allí para poder leerlos. El que acababa de coger parecía pesar una tonelada. Abrí las primeras páginas para toparme con nada más que dibujos y símbolos. Unas páginas más adelante, había algo escrito.

—¿Sabes leer papiro antiguo? —dijo Ryan en apenas un susurro, pero el eco en la sala era tal que se le escuchó a un volumen casi ensordecedor.

—La verdad es que no, pero distingo algunas de las palabras. —Leí lo que pude y descifré casi todo. Era una historia de orígenes, pero no era la que me habían contado sobre mi familia, así que debía de ser sobre otros parientes. La información era demasiado vaga como para entenderlo todo.

—Déjame que te aclare esto un poco. Quienquiera que sea esta familia, si está debajo de tu símbolo, es que tu familia los engendró. Si esto fuera una manada, entonces tu sangre sería de alfa y la de ellos beta. —Ryan se esforzó por explicármelo.

—Igual podrían ayudarnos a encontrar a Rialus —dije en el momento en que me di cuenta de que podríamos encontrar a esta manada y hacernos con aliados.

—Lo dudo —dijo él, con el rostro repentinamente ceniciento y la mandíbula tensa.

—¿Por qué? —No entendía por qué no irían a ayudarme.

—Nadie quiere ser un hombre lobo, Mida. La forma de convertirse en uno es brutal y normalmente sólo es el resultado de no matar a los humanos que cazaban. —No me miró al hablar. Debía de tener aún algún trauma de su experiencia al convertirse o incluso de las historias

contadas a lo largo de las generaciones de su familia.

—¿Cómo se formó tu familia? —le pregunté, esperando que si hablaba de ello se sintiera mejor. Parecía perturbado desde que se había puesto a mirar el libro conmigo.

—De una forma muy parecida a ésta. Yo era el único que quedaba de mi familia y tuve que enfrentarme solo a esto. Es un destino que no le deseo ni a mi peor enemigo, y nunca se lo haría a nadie, jamás. —Se dio la vuelta para marcharse.

Me había traído aquí para ayudarme, y yo sólo le había causado dolor. Si había algo más que pudiera aprender aquí, tenía que darme prisa para poder marcharnos. En el fondo de mi mente, había un sentimiento que no podía nombrar. A lo mejor no era la mejor de las ideas estar en una vieja biblioteca tan tarde cuando había un asesino al acecho.

Capítulo 15

GARIAN

Me quedé mirando a mi madre y al consejo. Toda mi vida había estado guiada por las decisiones y creencias de aquellos designados para estar aquí presentes. Ellos habían elegido mi nombre y mi manada y habían sido quienes me impartían clases. Lo había aprendido todo de ellos y, sin embargo, ahora todo parecía carecer de sentido.

A Mida la habían declarado no apta, y el trato que le habían dado no había sido más que pura crueldad y odio. La sonrisa de suficiencia del concejal había empezado a desvanecerse, y tenía que admitirme que me gustaba sacarle de quicio. Me sentí culpable al mirar a mi madre. Ella tendría que atenerse a las consecuencias si yo iba en contra del consejo y partía en busca de Mida.

Me estaba mirando con una sonrisa afectuosa mientras esperaba mi decisión final. Desde muy joven aprendí que no se podía jugar con ella. El presente era un momento excepcional en el que supe que me apoyaría.

—Tengo que ir a buscarla, mamá —dije sólo para que ella pudiera oírme. Se acercó para abrazarme, me miró a los ojos cuando se apartó y asintió.

—¡Asegúrate de que merezca la pena, chico! —me gritó el concejal al salir.

—Kyle, te agradecería que te dirigieras a tu príncipe como se debe y que recordaras gracias a quien estás aquí en primer lugar. Como tu reina, ¿no crees que yo...? —Dejé de oír lo que decía mi madre a medida que me alejaba.

Estaba perdido desde que había vuelto sin Mida. Se había hecho evidente para todos, pero en especial para mi madre. Me había llevado a parte antes de reunirnos con el consejo.

—Garian, creo que tenemos que hablar. —Me había dicho para apartarme del resto—. Escúchame, sé que el consejo está en contra de que estés con Mida, pero yo siempre he opinado que hacéis muy buena pareja. No me gusta nada la forma en que el consejo ha empezado a darle la espalda a aquellos que necesitan ayuda. —Mi madre jamás se había pronunciado en contra del consejo; tenía que haber pasado algo grave para que me estuviera diciendo esto.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté con sinceridad.

—Tomamos nuestras propias decisiones; eso es lo que hacemos. —Entonces supe que ella apoyaría mi decisión, aunque no me hizo nada feliz saber que esto causaría una pelea o una revuelta.

Me dirigí hacia donde había estado buscando a Mida la última vez. Debería haberla seguido en vez de esperar que el consejo me ayudara. Puede que al volver a casa me encontrase con que habían elegido a otro para ocupar mi lugar como alfa, pero ya no me importaba tanto como antes. Mientras encontrara a Mida a tiempo, todo valdría la pena.

Esta vez rodeé el bosque y supe que, si me movía lo bastante rápido, podría alcanzar a Mida, completar nuestra tarea y devolver la paz a nuestra especie. Me había pasado todo este tiempo escuchando a las personas equivocadas y sin hacer lo que creía mejor. Si de verdad Mida era tan inadecuada para gobernar a mi lado, ¿por qué me hacía un mejor alfa con solo estar a mi lado? Mi manada podría seguir con vida de haberla escuchado entonces.

Decidí que crearía mi propio consejo y que, si no me querían en mi antigua manada, formaría una nueva con Mida. Mientras caminaba por el mismo sendero que Mida y yo habíamos recorrido para tratar de encontrar a Sirius, me pregunté dónde estaría y si estaría bien. La otra pregunta acuciante era, ¿a dónde había ido Ryan? No estaba seguro de querer que encuentre a Mida antes que yo. Puede que hubiese cuidado de ella, pero eso no quería decir que fuese a protegerla siempre. No me fiaba ni un pelo de él, y acabaría con él como me enterase de que le había hecho daño.

Había hecho un gran avance ya que me movía rápido en solitario. En poco tiempo, pasé por donde habíamos acampado por última vez antes de que Mida se fuera. Seguí el camino que salía del bosque y se adentraba en una parte cuestionable de la región. La última vez que había estado aquí, era adolescente. Me había peleado con uno de mis hermanos y había venido aquí para tranquilizarme. Estaba tan alterado que no me había fijado en si estaba solo. Cuando levanté la vista, vi que estaba rodeado por casi diez Errantes. Había luchado con garra, pero eran

demasiados y demasiado fuertes para mí. Me habían tirado al suelo cuando el resto de mi manada apareció para salvarme. Al verme aquí de nuevo, casi deseé que se produjera otra pelea. La frustración que sentía parecía ahogarme, dificultándome respirar.

Miré hacia la antigua biblioteca que se encontraba a cierta distancia delante de mí y reparé en que la puerta estaba abierta. Aceleré el paso pensando que Mida podría estar en la biblioteca. Había muy poca gente que conociera su existencia, y contenía información que podría ayudarnos con la misión. Era un lugar al que quería llevarla para mostrarle la historia de su familia y la mía.

Atravesé las grandes puertas y miré a mi alrededor para ver si seguía aquí. Cuando percibí su olor, no me cupo duda de que había estado aquí y me sentí aliviado de que siguiera viva. Miré hacia el lugar donde el olor se concentraba más. Había estado ocupada con un libro sobre su familia y la que habían convertido. No tenía ni idea de lo que podía significar ni si tenía algo que ver con la búsqueda, pero lo averiguaría.

Estaba a punto de marcharme cuando me llamó la atención un libro similar al que estaba abierto sobre el escritorio. Tenía el mismo símbolo en la parte inferior, pero el escudo de mi familia se encontraba en la parte superior. Era imposible que nuestras dos familias se hubieran convertido en una sola. La cosa no funcionaba así. Una vez que se formaba una nueva familia, el pacto era que sólo pertenecía a una familia.

Revisé lo que había en ambos libros y eran casi idénticos. Esto tenía que significar algo, la pregunta era el qué. Tendría que resolverlo por el camino y ya volvería si era necesario. Por ahora, la única persona en la que podía pensar y a la que quería encontrar era Mida. Su olor se volvía cada vez más fuerte y estaba convencido de que por fin la encontraría. Cuando la encontrara, le diría que lo sentía y que el Consejo ya no controlaba nuestras vidas.

El resto de la región estaba más tranquila de lo que recordaba. Los pájaros que normalmente piaban sus canciones guardaban silencio, y el viento cercano no alcanzaba a los árboles. Había algo raro. No estaba seguro de qué era, pero sí sabía que debía mantener los ojos abiertos hasta que hubiera salido de esta parte del bosque.

—¿Vas a alguna parte, lobito? —habló cerca de mí una voz. Me giré y vi a un hechicero, pero no se parecía en nada a los que teníamos en casa.

—Y además tú solito —dijo otra voz.

Me giré para ver que sólo me quedaba un pequeño hueco para escapar antes de que me atraparan.

Jamás me había echado atrás en una pelea y no iba a empezar ahora. Uno a uno, intentaron atacarme hasta que empezaron a venir contra mí en tandas de dos o tres.

—¡Vamos! —grité cuando retrocedieron, sólo para que los doce o más se me echaran encima al mismo tiempo.

Me enfrenté a ellos de uno en uno y, cuando vinieron a por mí en grupo, los desgarré con mis propias manos. Eran fuertes para ser humanos, aunque notaba que tenían algo fuera de lugar. Eran más grandes y resistentes que cualquier humano que me hubiera encontrado, tenían que estar echando mano de magia, o no seguirían en pie ni de coña. No tuve más remedio que cambiar a mi forma de lobo.

Salté a un árbol cercano para darme los segundos necesarios para transformarme. En cuanto adopté mi forma de lobo, salté abajo y fui a por ellos antes de que pudieran venir a por mí. En cuestión de segundos, estuvieron todos tirados en el suelo, derrotados. Ya ninguno podía levantarse. Quería acabar con ellos, ya que me habrían matado si hubieran tenido la oportunidad, pero me acogí a las viejas leyes y me alejé antes de poder cambiar de parecer.

Sin previo aviso, sentí un dolor agudo en la espalda. Fue tan intenso que caí de rodillas. Me puse en pie a pesar de que el esfuerzo y el dolor me hacían sentir más cansado de lo necesario. Miré hacia atrás y vi que todos tenían las manos extendidas hacia mí. Me miré el hombro y vi que tenía una flecha clavada en la piel. La saqué, pero fue un error. La flecha era una víbora, que estaba diseñada para liberar una toxina cuando se sacaba. Olfateé la flecha y sentí náuseas. Era una fuerte poción de acónito.

Lo primero que hizo la toxina fue volverme humano. Aguanté todo lo que pude, pero sentí que mi cuerpo se volvía pesado como el plomo.

La adrenalina me ayudó a luchar mucho después de haberme quedado sin fuerzas. En lo único que podía pensar mientras arrastraban mi cuerpo y mis ojos se negaban a mantenerse abiertos era que había defraudado a Mida. Intenté liberarme con mis últimas fuerzas, pero siendo tantos y con el añadido de que usaban su magia oscura, no pude ganar.

Para cuando desperté, me encontraba en una habitación oscura. Mis ojos se adaptaron rápidamente y pude ver que estaba en una especie de celda. Las paredes y el suelo eran de cemento frío, lo que hacía que la temperatura fuera casi glacial. El cuerpo me empezó a temblar mientras trataba de aflojar las cuerdas de las muñecas.

Acababa de conseguir que empezaran a aflojarse cuando la puerta se abrió de golpe y se coló una luz cegadora. Entrecerré los ojos y dejé que me llevaran a donde querían. Si supiera quién estaba detrás de esto, podría detenerlos. Me llevaron ante una gran multitud. En la arena se encontraban las mismas personas que me habían capturado.

Eché un vistazo alrededor lo mejor que pude, y caí en la cuenta de que quizá no lograría salir de ahí tan fácilmente. Aquella gente seguían los preceptos de los antiguos paganos, y pretendían sacrificarme ante sus dioses. Había pensado que estas prácticas habían cesado hacía mucho tiempo, pero el que aún se llevaran a cabo y de que los libros condujeran a una única familia me hizo preguntarme qué estaba pasando aquí realmente. Quienquiera que supervisara todo esto llevaba mucho tiempo planeándolo.

Sonaron unos tambores a lo lejos y supe que me quedaba poco tiempo. Posiblemente estaba a punto de perder la vida y, aun así, en lo único en lo que podía pensar era en que no podría volver a ver a Mida y decirle lo que sentía. No, tenía que luchar y volver con ella. No podía acabar así, y no iba a dejar que me utilizaran para hacer daño a alguien a quien quería.

Capítulo 16

MIDA

Ryan y yo habíamos viajado desde la antigua biblioteca hasta un pueblo cercano que no acogía a los de nuestra especie. El acuerdo que se había alcanzado años atrás pretendía que hombres lobo y humanos convivieran en armonía y fueran libres de moverse a gusto.

Por desgracia, la vida no era tan sencilla. A algunos de nuestra especie no les gustaba estar cerca de los humanos, y éstos últimos habían dejado claro que no éramos bienvenidos en sus establecimientos. Me detuve al levantar la vista y ver que estábamos a pocos metros de entrar en el pueblo de Lagos.

La mayoría de los cazadores humanos habían nacido y se habían criado aquí. Puede que no pudieran cazarnos públicamente, pero eso no quería decir que confiara en ellos. El asesino podría incluso estar esperándonos aquí con sus aliados.

Respiré hondo para calmar la ansiedad que me rondaba por la cabeza. Sabíamos que teníamos que atravesar este pueblo para completar la misión. Si nos manteníamos al margen, podríamos pasar sin ser detectados.

—¿Estás bien? —me preguntó Ryan. Me di cuenta de que estaba tan preocupado como yo por pasar por el pueblo.

—Sólo quiero llegar a la otra punta lo más rápido posible. No nos interesa en absoluto buscarnos problemas y, además, ¿somos sólo nosotros dos contra cuántos humanos? —respondí con sinceridad y esperé que él supiera de una forma mejor de rodear el pueblo.

—Lo entiendo perfectamente, pero si queremos conseguir información, deberíamos socializar un poco con los lugareños. —No me gustaba la idea, pero no se equivocaba.

—Bien, hablamos con unos cuantos y nos largamos. —Eché a andar hacia el pueblo sin esperar su respuesta.

El pueblo pequeño tenía una calle principal donde vivían menos de mil personas. Contaba con unas pocas tiendas que bordeaban la calle y que estaban todas cerradas. El único sitio que estaba abierto era el bar local. Miré a Ryan, que me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

Nada más entrar, todos nos miraron. No sabía si era porque éramos nuevos o porque sabían que éramos hombres lobo. En cualquier caso, me sentía demasiado incómoda como para quedarme mucho tiempo y necesitaba algo de valor líquido.

—¿Qué va a ser? —Una camarera me sobresaltó cuando apareció de sopetón en nuestra mesa para tomarnos el pedido. Parecía tener unos veinte años y probablemente trabajaba aquí para ahorrar para la universidad. A menudo me preguntaba cómo habría sido mi vida si hubiera sido humana. Podría haber tenido una vida normal, con amigos y oportunidades.

Las cosas que los humanos dan por sentadas son las que nosotros nunca podremos hacer. Ni siquiera se nos permitía elegir a quién amar o con quién casarnos. Una amargura se apoderó de mí al pensar en Garian y su rechazo. El libro de la biblioteca tenía algo de particular que me arañó el cerebro. Yo ya había estado destinada a ser una mujer loba nada más nacer. Por eso contaba con mi buena dosis de resentimientos por no gozar de una vida normal como la que tenían mis amigos del instituto.

La familia que fue convertida debió de haber sentido un resentimiento aún más fuerte al respecto.

—Espera, esos dos tíos de ahí tienen pinta de saber algo que podría sernos útil —dijo Ryan, y yo lo miré sin entender de qué hablaba durante un breve instante antes de caer.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté, sin comprender por qué iban unos humanos locales a tener información sobre alguno de nosotros.

—No capturan a ningún humano en el bosque. Y justo estaban hablando de que vieron que se llevaban a alguien. Vamos a presentarnos. —Se levantó para acercarse a la mesa de los dos hombres.

—Hola —se presentó Ryan, que extendió una mano hacia los dos hombres—. Soy Ryan, y ella es mi mujer, Mida. No he podido evitar oír que han atrapado a uno de esos chuchos. —Esto último lo dijo con una mueca. Era un término despectivo utilizado por los humanos a nuestras

espaldas, y Ryan lo estaba utilizando para hacerles creer que éramos una pareja humana.

—Yo soy Jerry, encantado de conoceros. Este es mi hermano, Michael —dijo Jerry mientras estrechaba la mano de Ryan, seguido por Michael—. Así es, justo el otro día, algunos se hicieron con uno de esos asquerosos animales —siguió explicando el hombre. Miré a Ryan, que se estaba agarrando con fuerza a la mesa.

Posé una mano sobre la suya para tranquilizarlo, a pesar de las ganas que tenía de destrozarlos sólo porque nos odiaban sin ni siquiera conocernos. Nosotros no les insultábamos ni alardeábamos de capturarlos. Me hervía la sangre.

—Nunca he visto uno de cerca. ¿A dónde se llevaron a la bestia? Quiero verla —interrumpí antes de que Ryan pudiera decir algo que nos delatara.

—Bueno, según tengo entendido, se lo llevaron a una zona del bosque a la que llaman «las viejas tierras». No vuelven a incordiar a nadie después de que se los lleven allí, así que yo me daría prisa si quieres ver al lobo vivo —me respondió Michael con una sonrisa de satisfacción que hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—¿Sabéis qué? —Estaba a punto de decirles que yo era una mujer loba y a mucha honra, y que nunca sentiría placer al saber que habían capturado a un ser humano cuando la camarera habló.

—Pareces olvidar que le debes la vida a un hombre lobo. Ni a un perro ni a una criatura, sino a un humano que se convierte en lobo y nos protege. En mi familia hay hombres lobo, así que yo me pensaría dos veces lo que vayas a decir a continuación —me dijo la chica, y no pude evitar quedármela mirando. La ironía de que estuviera defendiendo a los de mi propia especie ante mí era un soplo de aire fresco.

—Lo mismo digo —dijo otro cliente. Entonces, uno a uno, todos se levantaron y esperaron a ver si los dos hermanos se disculpaban o simplemente se largaban. Pusieron los ojos en blanco y se fueron.

Se nos quedaron mirando a Ryan y a mí, y yo les sonreí.

—Gracias. Soy Mida de la manada de North Star. Hablaba con estos hombres para encontrar a mi amigo. —Transformé sólo los ojos para demostrar que no mentía. Los clientes asintieron y volvieron a concentrarse en sus comidas. La camarera se acercó a nuestra mesa y se inclinó para hablar conmigo.

—Las viejas tierras no están en tu territorio, pero estoy seguro de que mi padre te recibirá. Si él negocia con su rey en tu nombre, no tendrías que invadirlas —me explicó en voz baja.

—¿Por qué nos ayudas? —No podía evitar desconfiar cuando algo parecía demasiado bueno para ser verdad.

Comimos algo mientras hablábamos con Larry, que nos escuchó mientras le explicábamos todo lo que había pasado para decidir si podía ayudarnos o no. Después se fue y volvió casi dos horas más tarde.

—Dicen que podéis entrar a sus tierras sólo para recuperar a vuestro amigo. No podéis exigirle justicia a quien lo capturó. Ese derecho le corresponde a la manada de Southern —nos informó Larry con una sonrisa. Le dimos las gracias y nos fuimos para ir a rescatar a Garian. Habíamos perdido un tiempo valioso, pero ahora no tendríamos que preocuparnos por estar en tierras ajenas.

—Sólo una última cosa —Larry vino tras nosotros cuando empezábamos a adentrarnos en territorio Southern—. Tened en cuenta que algunas partes pertenecen a los hechiceros, y lo que ocurra en sus tierras les compete a ellos.

—Muchas gracias por toda tu ayuda, Larry —respondí con una sonrisa. En cualquiera de los casos, tendríamos que adentrarnos en territorio enemigo, pero al menos con la manada de Southern no tendríamos ningún problema. Nunca era buena idea causar división entre los clanes de hombres lobo. Muchos de nosotros alcanzábamos edades muy avanzadas, por lo que una guerra podría alargarse durante siglos.

Ryan y yo estuvimos andando durante un rato, ciñéndonos a un sendero que se había formado por el pasar de otras personas que viajaban por aquí a menudo. Nos encontramos con algún animal aquí y allá, pero no vimos a nadie hasta que llegamos a un muro de madera. Lo rodeamos para toparnos con una puerta vigilada. Nos acercamos a los guardias y les preguntamos si podíamos buscar a Garian. Al principio, parecieron enfadados por nuestra petición, pero nos dejaron entrar tras sus muros para buscar hasta la puesta de sol.

Apenas llevábamos una hora dentro cuando varios guardias nos asaltaron por todos los flancos. No hubo tiempo de transformarse, pero no por ello no nos defendimos. Ryan consiguió derribar a tres o cuatro guardias antes de que lo vencieran y se lo llevaran a rastras. Por mi parte, yo solté puñetazos y patadas a diestro y siniestro, pero estaba demasiado débil como para causar ningún

daño. Intenté correr, pero tropecé con una piedra suelta y me caí de costado.

Agaché la cabeza mientras me llevaban a la prisión, donde me metieron dentro de un empujón antes de cerrar la pesada puerta de acero delante de mis narices. Oí que alguien se aclaraba la garganta y me di la vuelta esperando ver a Ryan.

—¡Garian! —exclamé y corrí hacia él. No me importaba lo que pensara, me alegraba demasiado de volver a verlo.

—Mida. —Cerró los ojos con alivio—. Me dejaste muy preocupado cuando te fuiste de esa forma. ¿Estás herida? —Sus ojos fieros y azules estaban llenos de preocupación.

—Estoy bien. Lo único que me han hecho es echarme aquí dentro. ¿Adónde se han llevado a Ryan? —pregunté, pensando que había enviado a Ryan tras de mí y que querría que estuviera a salvo.

—Ni sé ni me importa dónde está ese mequetrefe —soltó Garian con enfado.

No tenía ni idea de por qué estaba tan enfadado ni de cómo podía cambiar de humor con tal rapidez.

—Mida, yo... Perdona, es que no confío en él. Pero olvídate de Ryan. Me alegro de que estés bien —dijo al cabo de un rato.

—Y yo me alegro de que tú también lo estés. Te estaba buscando; ojalá hubiera sabido que lo único que tenía que hacer era dejarme capturar. —Me sorprendió que se echara a reír. Su carcajada profunda y alegre me arrancó una sonrisa y me hizo soltar una carcajada propia. Era agradable no sentir tensión entre nosotros como de costumbre.

—Hay una forma de salir, y creo que ahora que somos dos, podría funcionar —dijo antes de pasar a explicarme el plan que había elaborado y a qué horas los guardias cambiarían de turno o traerían comida. Lo escuché atentamente e incluso hice un par de bromas más—. Siento todas las veces que te he hecho daño, Mida. He ido en contra del consejo y pienso deshacerme de ellos cuando vuelva a casa contigo.

No tenía palabras. Le escuché decir todas las cosas que yo quería que dijera, pero no podía hacerme a la idea de lo que estuviera ocurriendo de verdad. De lo que sí estaba segura era de que los sentimientos hacia él de los que me había autoconvencido de que habían desaparecido solo se

habían vuelto más fuertes.

El destino de este hombre siempre sería ser mío. Aunque me rechazara, el universo se había asegurado de que siguiéramos juntos. El tilín que me había hecho de niña siempre había sido mucho más que eso. Le quería. A pesar de cómo se comportaba o de que no me quería como su pareja, yo todavía lo quería y probablemente lo querría siempre.

Capítulo 17

GARIAN

No podía creer que Mida estuviera a mi lado después de haberla buscado durante días. Me preocupaba que se perdiera o se hiciera daño, pero era mucho más fuerte de lo que pensaba. Me alegraba de haberle pedido disculpas por cómo me había comportado y esperaba poder empezar a enmendar con esto todo lo que había hecho para herirla.

—Tenemos que salir de aquí, Garian. No tengo ni idea de lo que han planeado para nosotros, pero no creo que vayan a invitarnos a una fiesta —dijo, estaba claro que no sabía cómo reaccionar ante mi disculpa repentina. Me había acostumbrado a la forma en que interactuábamos ahora y encontraba esta actitud amable entrañable y desconcertante al mismo tiempo.

—Estoy de acuerdo. Ya lo he intentado varias veces, por eso te aseguro que necesitamos algo mejor que echar mano de la fuerza bruta o la velocidad. —Me sentí avergonzado y noté como se me calentaba la cara.

—Déjame adivinar. ¿Intentaste luchar para salir de aquí y, cuando eso no funcionó, echaste a correr? —adivinó, y tuve que concederle el mérito de conocerme tan bien.

—No. Primero corrí y después intenté abrirme paso luchando. Has fallado —dije con humor. Había pasado mucho tiempo desde que nos hacíamos bromas de jóvenes. Podría pillarle el gustillo a eso y olvidarme de la tensión y las discusiones que había dejado que se apoderasen de mí desde que se decidió que nos casaríamos. Esa tensión que nos había rodeado y que debería haber desaparecido cuando se canceló la boda, pero que no había hecho más que empeorar.

Me la quedé mirando durante un largo rato antes de volver a hablar. La conocía de toda la vida y estaba acostumbrado a su presencia. En este corto tiempo separados, había estado perdido sin

ella. No había pasado un solo momento en el que no pensara en ella. Me preocupaba su seguridad y si volvería a verla. La idea de no poder verla nunca más había sido tan dolorosa que me era imposible negar que sentía algo por ella.

—Lo mejor que podemos hacer, creo yo, sería aprovechar la primera oportunidad que se nos presente. Han de tener algún tipo de plan. Lo único que tenemos que hacer nosotros es esperar a que nos saquen de aquí. Cuando eso pase, podremos escapar en cuanto cometan un error —expliqué, confiando en no sonar tan inseguro como me sentía realmente.

—¿Es ese el plan maestro? ¿Y si deciden deshacerse de nosotros sin más o separarnos? ¿Cómo haremos para trazar ningún plan entonces? —Sentí que el viento abandonaba mis velas.

—Es el único plan que tenemos por ahora. Si nos separan y se te presenta la oportunidad de huir, debes hacerlo —le dije muy en serio—. Mida, si puedes liberarte o si lo consigue cualquiera de nosotros, entonces podremos ayudar al otro. Que los dos estemos capturados no ayuda.

Mida parecía a punto de expresar desacuerdo, pero cambió de opinión en el último segundo y se limitó a asentir. Puede que estuviera acostumbrado a su compañía, pero su belleza era algo que seguía dejándome sin aliento. En cuanto estuvo dentro de la celda, quise estrecharla entre mis brazos y demostrarle cuánto la había echado de menos.

Era un sentimiento contra el que aún tenía que resistirme al mirar sus ojos risueños. Tenía que ser la persona más preciosa que había conocido. La belleza de su interior no se le quedaba atrás y era lo que la hacía verdaderamente extraordinaria. Ella no se hacía una idea de lo especial que era. A pesar de haber sido huérfana la mayor parte de su vida, entendía lo que significaba ser una familia más que la mayoría de las personas que conocía.

Oí un ruido de pasos que interrumpieron mis pensamientos. Estaban muy lejos, pero poco a poco se iban haciendo más fuertes. Los guardias se acercaban y podríamos tener la oportunidad de escapar antes de lo que habíamos pensado.

—Mida, alguien se acerca. Recuerda, si tienes la oportunidad de escapar, debes hacerlo. Prométeme que lo harás. —Se lo pedí en lugar de ordenárselo, con la esperanza de que comprendiera lo mucho que me importaba su seguridad. El hecho de que ya no estuviéramos destinados a estar juntos no hacía que desaparecieran por arte de magia todos mis sentimientos.

—Te lo prometo. —Sonreí por la felicidad que me causó su respuesta. Cuando Mida prometía algo, hacía todo lo que estaba en su mano por cumplir con su palabra.

Los pasos parecieron callarse, y pude oír que alguien abría un gran portón cercano. El acero envejecido crujió y se quejó al abrirse. Tres hombres y una mujer se acercaron para abrir nuestra celda.

—¿Quién eres tú? —La mujer se dirigió a Mida, que se presentó, y después pasaron a preguntarme a mí.

La mujer fue la primera en entrar en la celda y puso una mano a cada lado de la cara de Mida. Me quedé quieto mirando y procurando no atacar a la mujer por tocar a Mida. No tenía ni idea de lo que iba a hacer a continuación.

—No puede ser —dijo la mujer, que soltó a Mida. Parecía que lo que quiera que hubiera descubierto, la había sacudido hasta los cimientos.

—¿Qué pasa? —le preguntó uno de los hombres con la preocupación grabada en la cara.

Ella se acercó a los hombres y empezaron a hablar en voz baja. Pronto regresó y nos miró a los dos con la desconfianza grabada en los ojos.

—¿De quién descendéis? —Aunque nos estaba preguntando a los dos, estaba más interesada en Mida. No quería que saliera perjudicada por culpa de Rialus otra vez.

—Desciendo del gran lobo gris y soy el siguiente en la línea de sucesión a rey —me adelanté yo, con la esperanza de distraerlos en caso de que estuviéramos metidos en un lío bien gordo.

—No me importa de quién provengas, príncipe mimado. ¿Eres o no sangre de la sangre de Rialus? —El corazón me retumbó en el pecho cuando hizo la pregunta que más temía.

—Sí, lo soy —respondió Mida, y yo me preparé para la pelea que seguramente estallaría en cuanto supieran quién era.

—Tenemos una gran deuda contigo —dijo la mujer, y todos inclinaron la cabeza. Mida me miró a mí antes de girarse a mirar a los guardias.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mientras ambos los mirábamos igual de confundidos. Sólo habíamos conocido ese nombre como sinónimo de maldición, no como algo positivo. Su reacción era la última que nos esperábamos.

—El lobo maldito pasó por nuestros campamentos hace muchos años. Cuando vio que

necesitábamos ayuda, no lo dudó. Nos estaban robando nuestros rebaños y envenenando nuestras cosechas. Rialus fue quien nos mantuvo a salvo y bien alimentados hasta que pudo atrapar a los ladrones. Todos habríamos perecido de no ser por él —explicó la guardia con la primera sonrisa que le habíamos visto en todo este tiempo.

Los hombres se acercaron para quitarnos las cadenas. Sentaba bien que te tratasen con amabilidad y que la gente que acababa de capturarnos nos mostrara cortesía. Era un honor ayudar a la descendencia de alguien que te había ayudado en el pasado. Sentí que se me fruncía el ceño, pues el sentimiento que estaba creciendo dentro de mí era tan extraño que me hacía sentir desequilibrado.

—Gracias —dije y casi me eché a reír. Nunca pensé que le diría tal cosa a un humano. No eran para nado malos, salvo alguna excepción aquí y allá. Simplemente que casi nunca teníamos la oportunidad de hablar con muchos.

—Por favor, permitidnos entregaros algo de comer antes de salir —dijo la mujer cuando salimos a la luz del día. Habíamos estado en una celda oscura desde que había oscurecido y habíamos pasado la mayor parte del día dentro. Tuve que entrecerrar los ojos para que mis ojos tuvieran tiempo de adaptarse.

Miré a Mida, que ya se había acostumbrado a la luz y caminaba delante de mí. Algo había cambiado de cómo éramos antes a cómo estábamos ahora. El rechazo no incordiaba mucho a Mida, y saltaba a la vista que cada día estaba más fuerte. Parecía que el dolor del rechazo se había convertido ahora en mi carga. La echaba de menos cuando estaba lejos de mí, y la deseaba.

La quería a mi lado y como mi pareja. Nunca podría ser nada menos para mí, pasara lo que pasara o se dijera lo que se dijera. Cada vez me era más difícil estar a su lado sin querer acercarme a ella.

—Bueno, ¿por qué mandaste a Ryan a buscarme? —preguntó Mida, y la mera mención de su nombre me puso furioso. Aquí estaba yo, pensando en ella, y a ella lo único que le preocupaba era dónde estaba Ryan.

—No le pedí nada. ¿Por qué iba a hacerlo? No confío en él —Contuve a duras penas el enfado bajo la superficie.

—¿Qué ha hecho para que desconfíes tanto de él? —replicó ella. No me entraba en la cabeza cómo podía estar tan cegada hacia él.

—Nos encontró y se sumó a nosotros por una razón que aún desconozco. Después se presentó con la comida ya preparada y, de sopetón, tú desapareces.

—Me fui yo sola porque quise. No me iba a ir a ninguna parte hasta que hubiera completado esta misión.

—Me da igual, no es de fiar —volví a decir, sintiendo que la cabeza me iba a estallar.

—Sólo estás celoso. —Mida dejó de caminar y se detuvo para mirarme a los ojos. Nuestros anfitriones habían intuido que se avecinaba una discusión y se habían metido en una tienda cercana para darnos espacio.

—Mida, no es el momento ni el lugar para esto —intenté razonar con ella, pero no iba a dar su brazo a torcer. Los ojos le brillaban de determinación cuando me clavó la mirada encima. Era una demostración de fuerza, tanto en términos humanos como lobunos.

—No lo dejaré estar hasta que lo admitas. —Se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Mida, te lo advierto —le dije con la esperanza de que lo dejara estar. El corazón se me aceleraba mientras luchaba por meterme aire en los pulmones. La ira hacía que mis pensamientos sobre ella, ya de por sí turbios, lo fueran aún más. Lo único en que podía pensar era que ella era mía y no de Ryan. Mi cerebro me atormentaba recordándome las buenas migas que habían hecho de camino hasta aquí.

Di un paso hacia Mida.

—Bien, si quieres que lo diga, eso haré. Estoy celoso de cómo os lleváis. No me gusta que ese mequetrefe ande cerca de mi pareja. —Sólo había querido acercarme para dejar claro mi punto de vista. No había planeado o esperado besarla. Esta vez no me hice con lo que quería, sino que lo pedí. Mis labios apenas rozaron los suyos y retrocedí para darle la oportunidad de alejarse si quería.

El corazón se me aceleró cuando Mida se acercó para besarme con más pasión de la que creía poder soportar. Su cuerpo se recostó con delicadeza contra el mío. La sensación de tenerla por fin entre mis brazos hacía que mi mente dejara de pensar en todo menos en ella.

Capítulo 18

MIDA

Fui al encuentro de su beso y me sentí en casa y perdida al mismo tiempo. Aquello era todo lo que siempre había deseado o soñado con Garian. La última vez él había llevado las riendas y había cogido lo que había querido; ahora, con este beso más suave que pedía permiso, nos había liberado a los dos.

En ese momento, éramos un solo ser. Compartíamos un vínculo que no debería funcionar tan bien como lo hacía, que ni siquiera debería funcionar. Si al cabo de cierto tiempo no se producía un emparejamiento, sería como si no nos conociéramos de nada, pero nos sentíamos más atraídos el uno por el otro que nunca. El rechazo no había dejado de surtir sus efectos, pero había aprendido a vivir con ello.

Estar entre sus brazos hizo que todo volviera a ser mejor. Los dolores que desgarraban todo mi cuerpo se vieron sustituidos por oleadas de placer a medida que su lengua danzaba con la mía. Todo pensamiento de ira y resentimiento se esfumó de mi mente, y Garian pasó a ser en lo único que podía pensar. Sus caricias y su aroma me embargaron los sentidos e hicieron que mi cabeza no pudiera pensar en otra cosa que no fuera lo mucho que este hombre significaba para mí.

A pesar de todo lo que había pasado, seguiría siendo suya por siempre y para siempre.

Cuando Garian se separó, no pude mirarle a los ojos. Estaba tan segura de que vería lástima o arrepentimiento brillando tras sus orbes que no podía enfrentarme a ello en ese momento.

—Mida, mírame, por favor —me pidió él con suavidad. Lentamente fui abriendo los ojos para toparme cara a cara con los suyos y me sorprendió verlo feliz y sonriente.

—No me importa lo que el consejo tenga que decir. Quiero estar contigo, y lo único que se interpone en nuestro camino es que tú opines lo contrario, ¿es así? —Pude ver que se aferraba a

la sonrisa como si fuera un salvavidas y que estaba nervioso mientras aguardaba mi respuesta. Por un momento, quise hacerle esperar para compensar todo el tiempo que yo había tenido que esperar por él.

—¿Cómo se te ocurre preguntarme semejante cosa? —Volví a besarle. La intención era que fuese un beso corto para demostrarle mi afecto, pero pronto se volvió tan apasionado como hacía unos instantes. Podría quedarme así y olvidarme del mundo, pero el mundo no podría olvidarme a mí.

Oímos a gente cerca y paramos para ver de quién se trataba. Uno de los hechiceros había salido para ver si habíamos dejado de pelearnos y empezó a reírse al ver que no solo nos habíamos reconciliado sino que estábamos de todo menos enfadados el uno con el otro. Sentí que el rubor me subía por el cuello hasta asentarse en mi cara. Saber que Garian me había elegido a mí a pesar de que lo perdería todo significaba más de lo que podía expresar con palabras.

En todo el tiempo en que lo había conocido, una cosa había sido constante, y era que no hacía nada que no quisiera. Estaba demasiado feliz como para comer, pero no quería hacerles un feo a nuestros anfitriones. Cosa que probablemente no debería importarme puesto que habían querido matarnos no hacía mucho. Nos trajeron un guiso que olía de maravilla. Habíamos estado comiendo cualquier cosa a la que pudiéramos echar mano, o sea, sobre todo carne a la brasa o comida para llevar.

Lo que teníamos delante era un plato de comida casera de la que cualquiera de nuestras madres estaría orgullosa. La carne estaba en su punto y las verduras se veían frescas. La pericia con que había sido condimentada y preparada era un hallazgo de lo más inusual. Intenté saborear la comida, pero tenía demasiada hambre.

—¿La comida es de vuestro agrado? —Nos preguntó la mujer mientras devorábamos nuestro plato con deleite. Lo único que pudimos hacer en ese momento fue asentir y seguir masticando.

Cuando terminamos con la comida y el postre, les preguntamos si sabían dónde estaba enterrado Railus. Si alguien podía saberlo, tenía que ser este grupo.

—Lamentablemente, no lo sabemos con exactitud, pero sí sabemos que está cerca de la vieja cascada cercana a las ruinas —nos dijo uno de los hombres que se había presentado como Gary.

—Muchas gracias. Con eso podemos reducir la zona de búsqueda, al menos. Es imperioso que lo encontremos. Su sangre es la respuesta al veneno creado para borrar a nuestra especie del mapa.

—Esperaba que, si estaban guardándose alguna información, se confesaran al saber lo grave que era realmente la situación.

Nos despedimos y partimos en busca de la tumba. Era algo completamente distinto estar con Garian sin el dolor del rechazo y la tensión constante que acostumbraban a acompañarnos.

La cascada no quedaba lejos del campamento que acabábamos de abandonar, y la comunidad allí asentada nos dio la bienvenida. Garian habló con el lobo anciano que se había convertido en el líder y que había conocido a Rialus cuando estaba vivo.

—Lo siento, lobo del norte, pero no se nos permitió saber dónde se encuentra su lugar de descanso. Nos quedamos cerca, y nuestro último líder debía pasarme la ubicación, pero, por desgracia, pereció en batalla antes de poder hacerlo. La mayor aproximación que puedo darte es que te adentres en el bosque negro.

El hombre le había explicado a Garian el funcionamiento interno de cada una de sus manadas y cómo habían sobrevivido. Era agradable ver a Garian hacer amigos en vez de dedicarse a hacer cabrear a la gente. Nos quedamos un rato más para aprender todo lo que pudiéramos antes de intentar encontrar la tumba.

Apenas habíamos terminado de hablar con la gente de allí cuando Garian vio lo que parecía ser una persona tratando de dar con lo mismo que nosotros. ¡Tenía que ser el asesino! ¿Qué otro humano se atrevería siquiera a poner un pie en esta zona?

—¿Ves lo que yo veo? —le pregunté a Garian, quien, por toda respuesta, se transformó y corrió hacia la figura. Yo hice lo mismo y le seguí de cerca.

Sentaba estupendamente tener la fuerza suficiente para poder transformarme de nuevo. Sentía mi cuerpo más fuerte de lo que lo había sentido en, bueno, para ser sincera, nunca me había sentido tan bien al adoptar mi forma de loba. Tenía una velocidad y agilidad que no se comparaban con la fracción que sentía antes.

Podía ver en la negrura de la noche como si fuera de día, e incluso sin la vista, podía oler a cada flor y animal del bosque mientras pasaba corriendo junto a ellos. Garian iba justo por delante de mí. Apreté un poco más para ponerme a su altura. En unos instantes habíamos alcanzado al humano.

—Sirius, debería haber sabido que no podía ser nadie más que tú el que merodeaba por aquí —le

gruñó Garian.

—Vaya, pero si no son otros que el príncipe mimado y la canija de la camada —le espetó él.

—¿Cómo te atreves a hablar así de mi pareja, asqueroso traidor? Tal vez debería reducirte a pedazos a modo de advertencia para el resto de tus secuaces —dijo Garian acercando su cara a la de Sirius.

—Adelante, pero te aseguro que no soy más importante que los demás —empezó a decir con calma—. El que mueve los hilos no soy yo, sino uno de los tuyos. Crees en serio que sólo a los humanos les caes mal y buscan venganza, pero si pudieras recordar a todos los humanos cuyas vidas has arruinado, te lo pensarías dos veces.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté.

Me estaba cansando de este juego estúpido, pero antes de que pudiéramos sacarle más información, oímos un aullido de nuestra manada. Era demasiado débil y lejano como para saber qué había pasado, pero no cabía duda de que era una llamada de socorro. En cuanto miramos en la dirección de la que venía, Sirius aprovechó para escapar. Me planteé ir tras él, pero tal vez fuese cierto lo que acababa de decir. Tal vez había mayores amenazas de las que preocuparnos en este momento.

Corrimos a buscar la fuente de la señal. Cuando hubimos localizado la llamada de auxilio, nos encontramos a una loba solitaria cerca de los cadáveres de los miembros de su manada. La sangre aún goteaba de los árboles cercanos, por lo que estaba claro que era imposible que Sirius fuera el responsable.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a la loba angustiada tan cuidadosamente como pude. Recordaba perfectamente cómo me había sentido yo después de un ataque similar. Lo que ocurrió a continuación me sacudió hasta lo más profundo de mi ser.

—Fuiste tú. ¡¿Has venido a disfrutar de la pena que has causado?! Pues ya puedes ir olvidándote, no te daré esa satisfacción —escupió con tanto odio que tuve que dar un paso atrás.

—¿De qué demonios estás hablando? —le preguntó Garian cuando yo me vi incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Deja de proteger a la asesina antes de que toda nuestra especie quede aniquilada —dijo la loba

antes de salir corriendo. Garian quiso ir tras ella, pero decidí detenerlo.

—¿Por qué me detienes? —exigió saber.

—Algo va mal. No creo que sea buena idea ir por caminos separados en este momento. Hemos pensado que Sirius era el asesino en todo momento, y ahora al menos una persona piensa que soy yo. Tenemos que descubrir quién es el verdadero asesino antes de que sea demasiado tarde —dije mientras sentía como el corazón se me hundía.

Ya era bastante malo ser siempre a la que culpaban de todo. Ahora, en vez de tener que buscar la tumba de una persona, teníamos todo un misterio entre manos. Pero lo que era peor aún era que probablemente todo el mundo fuese a intentar darme caza a partir de ahora.

—Puede que tengas razón. Me pregunto cuántos piensan que tú y yo somos los responsables de las muertes. —Se rascó la cabeza, pensativo.

—No pensamos que seáis los dos, Garian. Es por Mida tras quien vinimos —habló una voz desde justo detrás de nosotros.

La manada que solía pertenecer a Garian se encontraba ahora bajo un nuevo liderazgo, y este alfa se enorgullecía de ser la marioneta del consejo, al parecer.

—Eso no va a pasar. —Garian adoptó una postura de listo para el ataque.

—Me temo que no tienes ni voz ni voto en esto. El consejo ya no te reconoce como líder, y se te ordena que nos entregues a Mida y regreses a casa para enfrentarte a tu destino —anunció el líder.

—Me importa una mierda lo que quiera el consejo, y tú tienes tanto de alfa como un cachorro recién nacido. Hazte a un lado antes de que te muestre de lo que es capaz un verdadero alfa. —A Garian le relampagueaban los ojos con un brillo peligroso. El otro lobo empezó a ponerse nervioso, pero se mantuvo firme. Su muestra de valentía solo aumentó cuando más de sus amigos se plantaron a su lado—. No podéis luchar vuestras propias batallas, ¿verdad, niños? Pues muy bien. ¡Venga!, demuéstrame el alfa tan machote que crees que eres —se burló del otro lobo.

Se quedaron un largo rato midiéndose con las miradas hasta que, de repente y sin previo aviso, echaron a correr al encuentro del otro a toda velocidad. Algunos de sus amigos salieron

corriendo tras él, así que me preparé para ayudar en cuanto se desequilibrase la balanza. Sabía que Garian era más que capaz de derribarlos a todos, pero yo quería defenderme y de paso divertirme un poco.

Lucharíamos codo con codo y saldríamos de esta juntos.

Capítulo 19

GARIAN

De ninguna manera iba a dejar que me la arrebataran. El Consejo había sido en el pasado una institución orgullosa que se limitaba a velar por nuestros intereses. Recordé todas las veces que había asistido a sus reuniones y había quedado asombrado por cómo delegaban y manejaban las situaciones más delicadas con una facilidad y una habilidad que rozaban la genialidad.

En el presente, esos mismos hombres me habían dicho no sólo que dejara sola a una mujer, sino que lo hiciera después de haberle causado estar más débil que nunca. Todos habíamos estado tan ocupados luchando contra una enfermedad que nos estaba matando que habíamos pasado por alto una plaga mucho mayor que nos ha estado infectando a todos. Temí que toda nuestra existencia hubiera sido enviciada y que esta empresa que nos habían encomendado fuera solo el golpe de gracia que nos mataría.

El tiempo pareció ralentizarse cuando el arrogante nuevo alfa cargó hacia mí. Era joven y descarado. Su dependencia de la fuerza bruta me descubrió su debilidad. La pelea acababa de empezar y yo ya tenía las de ganar. La desventaja con la que yo contaba era que él podía sacar fuerzas de su manada; una manada había sido mía y que, por lo tanto, me conocían lo suficiente como para saber qué me derrotaría. Como su nuevo líder, no tenían opción de decidir brindarle la información o no.

Tenía que acabar con esto lo antes posible. Me abalancé sobre él y le agarré la cabeza con ambas manos. De un solo movimiento, lo derribé al suelo con la fuerza suficiente para abollar la tierra bajo nuestros pies. La tierra se levantó a nuestro alrededor mientras intercambiábamos golpes.

Un segundo, yo llevaba ventaja y al siguiente me encontré en el otro extremo de sus puños. No era el momento de contenerse, y me di cuenta con tristeza de que podría tener que hacerle daño o incluso matarle para ganar esta pelea. Cuando vi la oportunidad, le agarré por el cuello y apreté.

Agitó los brazos con frenesí y casi consiguió soltarse. Aguanté y sentí que su resistencia se debilitaba.

—¡Para de una vez! ¡He dicho que pares, Garian! —Miré a mi alrededor, tratando de comprobar si la mente me estaba jugando una mala pasada o si de verdad había oído la voz de mi madre. Solté al alfa y me giré para ver a mi madre cerca y con los brazos cruzados—. ¿Qué crees que estás haciendo? —dijo acercándose.

—¿De qué hablas, madre? Me estaba defendiendo en batalla. —La rabia me invadió al darme cuenta de que se había puesto de inmediato de su parte y me echaba la culpa a mí.

—Se suponía que debías acompañar a tu antigua manada y no destruirla, Garian.

—Quieren llevarse a Mida, y no pienso permitir que nadie me la quite. No hemos hecho nada malo y, sin embargo, llevan persiguiéndonos desde el mismo instante en que nos enviaron a completar esta misión. —No tenía ni idea de cómo se tomaría lo que acababa de decir.

—Garian, soy consciente de que los rumores son sólo eso, rumores, y por eso sería mejor que volvieras a casa. Así podremos descubrir quién es nuestro enemigo, pero si huis, dará la impresión de que admites que es culpable. Déjame continuar esta misión por ti, y todos podremos ganar. —No me la colaba. Mi madre decía que estaba de nuestra parte, pero podía ver en sus ojos que pensaba que Mida era culpable.

—Lo siento, pero no vamos a volver, madre —repliqué con la cabeza alta en señal de desafío. Pude ver un destello de asombro tras sus ojos justo antes de que consiguiera ocultarlo de nuevo.

—Garian, no te lo estoy pidiendo; te estoy diciendo que vuelvas a casa y te persones ante el consejo —dijo con calma. Me di cuenta de que a duras penas se estaba conteniendo, pero yo ya había tomado una decisión.

—Ya no hay Consejo, madre. Se han vuelto corruptos y nos han enviado a una misión absurda condenada al fracaso y a ser el fin de todos. ¿Por qué no puedes ver que te están engañando delante de tus narices?

Mi madre se quedó quieta mientras asimilaba lo que acababa de decirle. Había acatado sin rechistar todas las órdenes que me había dado durante toda mi vida. No buscaba desafiarla. Esperaba que me conociera lo suficiente como para ver que había una buena razón detrás de mis acciones.

—Garian, el Consejo ha formado parte de nosotros desde que existimos. Nos han servido bien y no les podemos ignorar ahora —replicó.

—Eso pudo ser verdad en el pasado, pero ahora algunos de sus miembros cooperan con nuestros enemigos y ya no son de fiar.

—Si de verdad está pasando tal cosa, lo mejor sería actuar como si no pasara nada, Garian —dijo con un tono que ya le había oído otras tantas veces; había tomado una decisión y no iba a hacerla cambiar de parecer.

—He dicho que no —respondí escuetamente y observé cómo le cambiaba el semblante.

—Escúchame con atención, Garian. Te he permitido ir a esta misión incluso cuando descubrí que estabas haciendo lo que querías y no lo que te enviaron a hacer. No tienes derecho a decidir por toda la manada ni por los de nuestra especie —me soltó en un tono uniforme que sabía que pendía de un hilo muy fino. Si continuaba desafiándola, perdería el control y esto se pondría feo.

—Por favor, no quiero que mi mera presencia cause más problemas. Sólo le pido que por favor considere los hechos. No quiero faltarle a nadie al respeto, pero el Consejo ya no es lo que era —habló Mida a mi lado. Mi madre la miró con ojos entrecerrados. Se produjo una larga pausa en la que se limitó a mirar a Mida.

—No puedo apostar todo nuestro futuro a tus sospechas. Mida, escucha, esto no pinta buen para ti, ¿y qué imagen daré yo si te dejo marchar? —Empezó a acercarse a Mida—. No puedo haber encontrado a una persona que está en búsqueda y captura y dejarla ir para continuar con una misión estúpida. Lo siento —pronunció esto último casi en un susurro.

—Sí, soy consciente de que mi sangre es la razón de que haya circulado un veneno por ahí —respondió Mida.

—No, niña, no me refería a eso. Lo que se comenta es que eres tú quien lo administra. —Observó atentamente a Mida para ver su reacción. Mida negó con la cabeza y paseó la mirada de mi madre a mí.

Tenía los ojos muy abiertos y llenos de dolor. Sabía que no podía ser ella. No sólo la conocía muy bien, sino que había estado con ella en todo momento. Era imposible que hubiera tenido la oportunidad de estar en otro sitio que no fuera a mi lado.

—No es verdad, se lo aseguro. Al menos deme la oportunidad de encontrar a quien está causando esto de verdad.

Mi madre parecía que acababa de ocurrírsele una idea que le había gustado. Miró a Mida y luego a mí, como si lo que se lo que se le hubiera ocurrido aún estuviera gestándose en su cabeza.

—Me uniré a vuestra empresa. Cuando esté satisfecha, volveré a casa. Por otra parte, que conste que, si te considero culpable, yo misma te llevaré ante la manada —declaró mi madre antes de irse para prepararse para venir con nosotros. La tensión podía cortarse con un cuchillo mientras recogíamos nuestras cosas. A Mida le pareció buena idea salir de nuestra zona de acampada para ir a ver a mi madre. No es que Mida no le cayera bien, sino que no le gustaba que la perturbaran demasiado.

—Déjame al menos ir contigo —le supliqué. La idea de que Mida fuera sola me ponía más que nervioso.

—Estaré bien, Garian. Creo que sería mejor que fuera a verla y hablemos de mujer a mujer. —Sabía que una vez que tomaba una decisión, no había forma de hacerla cambiar de opinión. Acababa de decidir dejarla ir cuando oímos un alboroto que venía de cerca de donde mi madre y las dos manadas estaban montando el campamento.

Nos acercamos y vimos que estaban luchando contra un grupo grande de Errantes. Podría tratarse de un grupo que había captado nuestro olor y nos había encontrado, o podrían haberlos mandado aquí para atacarnos. De ser nuestro enemigo, yo aprovecharía cualquier oportunidad para deshacerse de nosotros.

La justicia era algo extraño en nuestra especie. Teníamos que seguir las reglas de la sociedad «civilizada», pero cuando los nuestros infringían la ley o resultaban heridos, siempre era el Consejo el que decidía. No pude más que preguntarme si esa había sido o no la idea desde el principio. La mejor forma de derrotar a tu enemigo era destrozarlo desde dentro.

Casi admiraría a nuestros enemigos si no estuvieran intentando destruir hasta el último rastro de nuestra especie. No perdí el tiempo y me transformé de camino a ayudarles. Mida venía a mi lado y me gustó mucho volver a correr juntos hacia la batalla.

Los Errantes eran fuertes y decididos, pero nadie amenazaba a mi familia y viviría para contarlo. Mida iba a tope de adrenalina y se catapultó hasta tres de ellos para luego derribarlos uno a uno con habilidad y facilidad. Me sorprendió e impresionó lo bien que podía luchar a pesar de estar

debilitada.

Me concentré en proteger a quien pude mientras echaba vistazos por la zona para ver dónde estaba mi madre. Se encontraba a un lado, rodeada por unas siete criaturas salvajes. Una llegó por delante y me atacó de frente mientras Mida se adelantaba para ayudar a mi madre.

Mida llegó justo a tiempo para impedir que uno de ellos le clavara las garras en la espalda a mi madre. Si aquella bestia vil hubiera asestado el golpe, habría quedado malherida y se habría convertido sido un blanco fácil. Miró a Mida con gratitud en los ojos. Había más avanzando hacia los que la rodeaban.

Lentos, pero seguros, estábamos ganando la batalla. Teníamos que averiguar quién estaba detrás de esto, si no era Sirius, antes de que el siguiente ataque fuera la gota que colmaba el vaso. El cobarde responsable de todo esto ni siquiera se había molestado en dar la cara y se había mantenido oculto en las sombras. Sería yo quien lo arrastraría de vuelta a la luz y acabaría con esto de una vez por todas.

Capítulo 20

MIDA

—Gracias por venir con nosotros, Gemma —le dije cuando salimos temprano a la mañana siguiente.

Había corrido un gran riesgo al ayudarnos. El Consejo no sólo sospechaba que habíamos asesinado a alguien, sino que, si Gemma se volvía en su contra, la cosa se pondría aún más fea. No me cabía duda de que tendría tantos problemas como nosotros ahora mismo.

—Al final es lo mejor —comenzó a decir—. Los dos habéis hecho una muy buena observación sobre el consejo. Al principio había pensado que lo único que éste necesitaba eran unas cuantas caras nuevas porque igual era solo que se estaban haciendo viejos. Si tenemos en cuenta lo fácil que les resultó repudiar a Garian después de todo lo que había hecho, y que os hayan confiado esta empresa que no tiene ningún propósito, es mi deber averiguar lo que está pasando realmente aquí antes de que sea demasiado tarde —declaró con una voz tranquila y racional.

Debía de llevar mucho reflexionando sobre ello antes de decidirse a actuar.

—Todo esto es culpa mía. —Dicha culpa me carcomía. De no haber estado yo aquí, no podrían haber utilizado mi sangre y no tendríamos este problema.

—Puede que sea cierto que la misma sangre que corre por tus venas se utilizó para crear un veneno, uno muy fuerte, debo añadir, pero esto no es una simple matanza. —Gemma tenía una expresión de gravedad en los ojos.

—¿Qué quieres decir? —intervino su hijo antes de que tuviera la oportunidad de hacerle la misma pregunta.

—Esto tiene que tratarse de una venganza, de una cuenta pendiente mucho antes de que naciéramos nosotros. Sirius tiene algo que ver con el veneno, pero responde ante alguien. Es uno de los últimos de su familia, y ha sido casi imposible conseguir información sobre él.

—Si no es Sirius, ¿entonces quién? Es un hechicero fuerte, por lo que tendríamos que estar hablando de alguien más fuerte que él —pregunté más que dije con la esperanza de estar equivocada.

—Tendría que serlo, sí. O que esa persona tuviera algún poder sobre Sirius, como que lo estuviera chantajeando —respondió Garian, a lo que su madre asintió con la cabeza.

—No tenemos ni idea de quién puede estar detrás de esto, pero eso es justo lo que pretendo averiguar. Esperad. —Gemma se quedó quieta. Nosotros hicimos lo mismo y tratamos de oír lo que ella había captado. Justo cuando el crujir de una ramita al partirse me llegó al oído, una manada que nunca antes habíamos visto saltó hacia nosotros.

Una de ellos se adelantó y me miró directamente a mí.

—Entregadnos a la maldita y puede que os perdonemos la vida —dijo en un tono con el que parecía que normalmente conseguía lo que quería.

—Lamento oír eso —dijo Gemma de una manera juguetona que daba fe de su fuerza y confianza en su agilidad. Parecía que más bien disfrutaba ante la oportunidad de desahogar sus frustraciones.

—Como queráis —volvió la líder de la otra manada a hablar. O bien era la líder o venía en su representación.

—¿Para quién trabajas? —pregunté yo. Estaba cansada de tantas conjeturas y quería respuestas. La frustración de vivir en la ignorancia me concedió el valor que no sabía que tenía.

—¿A ti qué te importa? —ladró la loba.

—¡Si no me lo quieres decir te lo sacaré a golpes! —le solté yo. Garian me miró con una sonrisa de aprobación, que fue más de lo que necesitaba para sentirme con fuerzas.

Saltamos a la acción justo antes de que pudieran adelantársenos los desconocidos que teníamos delante y nos lanzamos a por ellos a toda velocidad. Gemma fue a por la líder y Garian le cubrió las espaldas. Eché el puño hacia atrás cuando uno de los de la manada se abalanzó sobre mí, pero antes de que pudiera asestárselo, sentí que me agarraban de los hombros y me arrastraban hacia atrás.

Sentí que me tocaban la garganta, y que esta me hormigueaba y ardía. Cuanto más intentaba

llamar por Garian y Gemma, más me dolía al hacerlo. Observé impotente cómo me alejaban cada vez más de ellos. Intenté dar manotazos a la persona que me estaba arrastrando, pero, en el mejor de los casos, sólo conseguí rozarla con la yema de los dedos.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué todos querían alejarme de Garian cada vez que podían?

Justo entonces, se giró para buscarme y el alivio que me invadió no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Corrió tan rápido como pudo. Los demás miembros de la manada trataron de detenerlo, pero atravesó a uno de un puñetazo que lo derribó. El siguiente atacó por detrás, pero Garian era demasiado fuerte para ellos, y enseguida estuvo haciéndole compañía al otro miembro de la manada en el suelo. Estaba a punto de alcanzarme cuando el hombre que me había agarrado me arrojó a un camión que se alejó a toda velocidad.

Garian corrió detrás del camión durante un buen rato antes de tener que admitir su derrota y detenerse. Cerré los ojos y recé porque no fuera la última vez que le veía. Un día podría agotárseme la suerte, y sería la última vez. El Consejo quería que me enfrentara a las consecuencias de unas acciones que ni siquiera había hecho. Ya me habían declarado culpable y ahora sólo buscaban a un chivo expiatorio. Si me encerraban ahora y no encontraba la forma de escapar, sería mi fin.

Que me acusasen de ser la responsable de todas las muertes que se han producido en las últimas semanas acabaría en un castigo muy severo. No tenía ni idea de qué hacer ni de si se podía hacer algo siquiera. Había pensado que tendría tiempo suficiente para demostrar mi inocencia y encontrar una cura para el veneno hecho con parte de mi ADN. Ahora tendría que enfrentarme a estar sin Garian justo después de que por fin hubiéramos empezado a arreglar nuestras diferencias.

El camión siguió avanzando durante un buen trecho. Si tuviera que adivinar, diría que me habían llevado a casi dos o tres horas de casa. Podía ver el exterior cuando miraba a través de un hueco en la lona que cubría con firmeza la parte trasera. El camino había sido de asfalto durante un rato, y luego me pareció que pasaba a ser de tierra. Vi algunos árboles y pájaros, pero no estaba segura de que hubiera nada que pudiera ayudarme a salir de ahí. El camión rebotaba y traqueteaba y, cuando por fin nos detuvimos, aún podía sentir el fantasma de esos golpes. Sentía el cuerpo pesado y dolorido cuando me condujeron a una habitación oscura.

Pensé que lo mejor era mantener la calma y esperar a la mejor oportunidad de salir de allí. Entrar

luchando desde el principio sólo haría que mis posibilidades de escapar fueran mucho menores. Había una cama hecha con unas cuantas mantas puestas unas encima de otras, y un único ventanuco que dejaba entrar un poco de los últimos rayos del sol. Lo sentí como una señal de que este podría ser mi último día en esta tierra, de que había llegado mi último día con vida.

La sensación solo se acrecentó aún más cuando una de ellos bajó a verme. Parecía la misma que nos había tendido la emboscada y me había capturado. Tenía un algo que me hizo desconfiar profundamente y sentir lástima por ella al mismo tiempo. No parecía que quisiera estar haciendo esto, lo que me llevó a preguntarme si no habría alguna posibilidad de sacarle algo de información.

—¿Vienes a regodearte? —le pregunté cuando llegó a mi celda.

—¿Por qué iba a regodearme? —Sonaba bastante aburrida.

—Tu intención era atraparme y aquí estoy —Esperaba tener la oportunidad de poder hablar con ella como dos lobas y no como enemigas.

—Estoy loca de felicidad. —Apenas me miro.

—Soy Mida —intenté decir en broma para que se presentara.

—Sé quién eres. Fui yo quien condujo a la manada hasta ti. Supongo que es justo que sepas quién fue la que finalmente te ha traído ante la justicia. Soy Gabrielle. —Entrecerró los ojos. Seguía sin confiar en mí todavía.

—Encantada de conocerte. —le respondí, ignorando la cantidad de veces que ponía los ojos en blanco a cada frase que decía o escuchaba.

—Mira, está genial que tengas modales, pero no estarás aquí mucho tiempo. El juicio tendrá lugar lo más rápido posible ahora que te hemos atrapado —dijo con una emoción que no lograba identificar. Parecía tanto orgullosa como infeliz de haberme atrapado.

—¿Cuánto tiempo me queda? —pregunté antes de tener tiempo de pararme a pensar en si realmente quería oír la respuesta.

—Tres días como máximo, me supongo.

Ya tenía la boca demasiado seca como para poder tragar, pero ahora sentía que no podía respirar.

Después de eso, intenté dormir, pero me despertaban las pesadillas. Los tres días siguientes se convirtieron en un largo y aterrador día. Cuando empezó el juicio, no tenía ni idea de lo que debía decir. En la sala donde se celebraba casi no había público. No duró mucho y ni siquiera se dirigieron a mí hasta que me ordenaron que me fuera.

El auténtico juicio podía celebrarse en cualquier momento. Deseé que Garian estuviera aquí, a pesar de que no había venido a visitarme ni una sola vez desde que me atraparon. Esperaba todos los días, con la esperanza de que me rescataran. Cuando esa esperanza murió, esperé que al menos alguien viniera a visitarme. No formaba parte de ninguna manada y nadie me guardaba lealtad alguna, pero hubiera sido agradable ver que tal vez Garian se preocupaba por mí en serio. Aparece la primera señal de problemas y él desaparece de la faz de la Tierra. La noche llegó y concluyó mucho más rápido de lo que pensaba.

La sala de juicios estaba hasta los topes. Inspeccioné a toda la gente que llenaba los asientos y que me miraba como si no fuera más que un entretenimiento. Entonces, justo cuando estaba a punto de volver a girarme hacia el frente, vi a Garian. Se me aceleró el corazón y sentí que me invadía el alivio. Al instante siguiente, vi con horror cómo se inclinaba para besar a una chica sentada a su derecha. Fue apenas un rápido roce de labios, pero bastó para arrancarme el corazón del pecho.

El hombre con el que siempre había pensado que acabaría y al que quería me había dejado sola en una celda para que encontrara mi final. Y para echar aún más sal a la herida de la traición, acudía a mi juicio con mi sustituta. Supongo que no confiaba en que saliese de esta. Ojalá hubiera esperado al menos un minuto antes de pasar página. Siempre habían encontrado tan arrebatadores sus profundos ojos azules que me era difícil mantener el contacto visual durante mucho tiempo.

Esta vez, cuando su mirada se cruzó con la mía, no sólo clavé mis ojos en los suyos, sino que no aparté la mirada. Por una vez, parecía incómodo. Por una vez, yo tenía la sartén por el mango. Lo que hizo que la victoria no tuviera sentido fue que se estremeció cuando me miró. Era un signo inequívoco de culpabilidad. Miré al frente mientras el consejo entraba y tomaba asiento. Cuando miré a cada uno de ellos, no sentí nada. Sólo podía pensar en Garian y en la mujer con la que estaba. Todo el juicio pasó en un borrón mientras mi cerebro luchaba por estar presente. Después de casi dos horas, no tenía ni idea de lo que se había decidido sobre mi destino. Lo único que sabía era que el próximo juicio se celebraría la semana que viene. Eso quería decir que tendría que quedarme en la celda hasta entonces, pero, ¿acaso tenía un hogar al que volver?

Me condujeron fuera de la sala de juicios y estaba de vuelta a mi celda cuando vi a Garian y a aquella mujer. Sabía que debería haberle dejado marchar, pero algo dentro de mí me impedía hacerlo. Tenía que encontrar la paz, y para ello necesitaba una razón para esta traición. Me quedé inmóvil y sentí que me salía el humo por las orejas cuando vinieron hacia mí y casi pasaron por mi lado sin siquiera saludarme.

—¿Así de rápido te olvidas de la mujer con la que estás? —le espeté a Garian antes de volverme hacia la mujer—. Ten cuidado, cielo, te dejará tirada ante el menor problema —dije, sin importarme lo que pensaran ninguno de los dos o de quién más pudiera oírme. Estos podrían ser mis últimos días, y no los pasaría dorándole la píldora a un infiel y cobarde.

Garian me miró entonces a los ojos, y el miedo y el arrepentimiento fueron lo último que esperaba ver en sus ojos. Me pilló completamente por sorpresa.

—Escucha, Mida, confía en que las cosas no son lo que parecen. Todo lo que hago es para para conseguir liberarte —dijo con una voz suave que casi me hizo creerle.

—¿Y apareciendo en mi juicio con mi sustituta es como me piensas ayudarme? No estoy segura de querer tu ayuda en ese caso —declaré en voz baja antes de alejarme. De repente sentí que me abandonaba la mayor parte de mi arrojo. Sólo quería volver a estar sola. Al menos así, estaba con la única persona en la que confiaba.

Volví a mirar a Garian justo antes de marcharme para no volver a verlos. Estaba segura de que esta visita había sido una despedida y que mi próximo juicio no sería más que una formalidad.

Capítulo 21

GARIAN

Odiaba tener que alejarme de Mida. Había odiado el plan al completo cuando mi madre había hecho un trato con los viejos locos. En cuanto nos arrebataron a Mida, empezamos a trazar un plan para recuperarla. Habíamos pensado en ello largo y tendido y visitado a todos los contactos que teníamos por la región. Lamentablemente, lo mejor que podíamos hacer era intentar vender una mentira.

Sarah, la mujer que estaba conmigo, era una amiga y alguien ya emparejada. Para salvarle la vida a Mida, tenía que parecer que la habíamos abandonado. Ojalá Mida hubiera estado al tanto de estos planes para que el precio a pagar no fuera su corazón roto. Para poder estar siquiera en el juicio, se les había ocurrido que fuese con otra mujer. Tenía la suerte de que teníamos tantos familiares de los que no sabían nada que pude aprovechar la oportunidad para recabar más información y no dar pie a sus juegos enfermizos. Sarah tenía una habilidad única.

Había habido una época gloriosa en la manada, donde existía un equilibrio perfecto entre magia y hombres lobo. La manada había prosperado durante aquella época, y nuestra temible reputación había nacido entonces. Justo antes de entrar en el juzgado, Sarah había hecho una copia de sí misma que era con la que yo había entrado a la sala. Así, su verdadero yo se había visto libre para vagar por los terrenos para llegar a los prisioneros.

Sabíamos que era poco probable que hubieran estado tratando bien a Mida, y lo mismo podía decirse de los demás. Sarah se había asegurado de que todos comieran bien antes de que los guardias se percataran, y de que quedara algo escondido para cuando Mida regresara.

El Consejo nos había dado un escarmiento. Nuestros padres, que se habían apiadado de los suyos y los habían protegido, ahora nos condenaban. Una época legendaria que nos convirtió en un imperio se reducía ahora a una mezquina muestra de poder. Podíamos ir contra ellos, pero toda

nuestra civilización se asentaba en base a nuestra fuerza y sus leyes. Una idea que ahora temía que hubiera sido el plan de algunos para llegar a donde estábamos ahora.

Volví después del juicio e informé de lo que había ocurrido. Algunos de los detalles que podía utilizar me los guardé para mí. Se pensaba que Sarah estaba del lado del Consejo y confiaban en su palabra. No podían controlarnos a todos, y encontraríamos la forma de liberarnos.

Nos fuimos directos al consejo cuando regresamos como una muestra de lealtad vacía. Habíamos puesto en marcha un plan que haría que el asesino se revelase y hacer caer al consejo de ser necesario. Ahora les concedería una última oportunidad de redimirse antes de seguir adelante.

Usaría a los suyos en su contra y utilizaría la misma magia que Sarah en el juzgado.

Miré al engreído grupo de humanos que ahora tenía poder sobre nosotros. ¿Habían sido los únicos humanos que nos habían perseguido y enfrentado en una guerra tras otra? Podían haber destruido a cualquiera de los dos bandos, o incluso a ambos, pero ¿por qué?

—Solicito que el Consejo decida liberar a Mida. No es una amenaza para ninguno de nosotros, sino que, de hecho, es quien podría salvarnos a todos —supliqué como un último intento de alcanzar la paz.

—Lo siento, Garian, pero no podemos intervenir en otra parte de las decisiones del Consejo. Lo que le ocurra a la maldita quedar ahora en sus más que capaces manos —habló un anciano con calma, pero pude ver que disfrutaba de mi evidente consternación ante su respuesta.

—Se llama Mida, ¿y no pueden o no quieren? —La sangre me hervía al evitar que la rabia se apoderara de mi voz.

—Ambos, ahora márchate —dijo otro que estaba cerca.

No dejaba de pensar que debía atacarlos aquí mismo y acabar con esto de una vez por todas, pero el asesinato seguía siendo asesinato. Asentí y me marché para organizar la huida y ayudar a Mida. Incluso podría ser que estuviese más segura donde estaba hasta que no encontrara al verdadero culpable. Tenía que asegurarme de que estaba bien antes de dar el siguiente paso. En el juicio no parecía que lo estuviese, y no sabía si era estrés o una enfermedad.

Había hecho la maleta lo más ligera posible y me aseguré de salir solo cuando los de mi bando estuvieran de servicio. Al llegar al portón, los dos hombres que había enviado a comprobar cómo

estaba Mida me detuvieron. Nos habíamos asegurado de que tuviera comida por si acaso no le la estuvieran alimentando como es debido, pero las noticias eran peores de lo que me esperaba.

—Señor, tenemos noticias de Mida —dijo uno.

—¿Qué pasa, Raiden? —le pregunté cuando pareció vacilar.

—Señor, es un sitio horrible. Mida se encuentra débil y apenas se mueve del pequeño catre de su celda. No les dan comida, sólo agua, y no pueden salir al exterior —me informó en un susurro bajo para asegurarse de que sólo yo lo oía.

—Gracias. —Conseguí decir con voz ahogada. Nadie debería sufrir tales condiciones. Que la mujer a la que quería estuviese padeciendo de esta forma acababa de desgarrarme por dentro.

En ese momento, supe que la salvaría yo mismo. Había intentado atenerme a las normas, pero iban a dejarla morir sin más.

Iría con Raiden, puesto que él ya sabía cómo entrar en las instalaciones. Él podría cuidar de Mida mientras yo iba en busca del verdadero asesino. Mi madre actuaría como informante y me pasaría la información que necesitase. De esta forma, el consejo no haría nada sin que yo estuviera al tanto, y tendrían aún menos posibilidades de tenderme una emboscada.

En aquella biblioteca había algo que Ryan no quería que viera. Si él estaba involucrado de alguna manera, eso me guiaría en la dirección correcta. Tenía que haber una razón para la hostilidad que había reinado en los últimos años, y había empezado mucho antes que eso. Mi madre había comentado que se trataba de un acto de venganza, y yo empezaba a estar de acuerdo con ella.

Fui tan rápido como pude hasta allí y envié a Raiden a por Mida tan rápido como pudo. Cuanto más tiempo pasara, más podría peligrar la vida de todos y cada uno de nosotros. La biblioteca apareció ante mí después de casi dos horas viajando por el bosque. Me detuve justo antes de entrar y observé cómo entraba una figura encapuchada.

Corrí al interior para enfrentarme a la figura, pero una vez dentro, no vi a nadie por ninguna parte. Puede que supiera que lo vería y me hubieran tendido una trampa. Respiré hondo e inspeccioné primero lo que me rodeaba. De nada le serviría a Mida que me atraparan aquí antes de poder demostrar su inocencia.

Miré en todos los rincones y lugares oscuros, pero no conseguí encontrar a la figura. Cuando volví a la sala principal, había una mujer sentada junto a un escritorio con tres libros delante. Me acerqué, pensando que podría ser la figura encapuchada.

—La persona que buscas no te dejará verle, Garian. En cualquier caso, no posee las respuestas que buscas —dijo con un acento que no reconocía.

—¿Quién las tiene, entonces? —Me acerqué para verle la cara.

—Hiciste bien en no confiar en el desterrado. Él traza los planes de tu caída —dijo, sin inmutarse por mi presencia.

—Sabía que estaba involucrado de algún modo, pero ¿cómo? —pregunté con cuidado. Temía que me ocultara información si insistía demasiado.

—Eso no te lo puedo decir. Lo que sí puedo decirte es que no te desvíes de tu camino y sigas el rastro de todo lo que has aprendido antes de que el veneno comenzara con la alianza con los Mágicos. —Con eso, se levantó y salió de la biblioteca. Había sido un encuentro extraño. Uno que demostraba que todos estábamos cansados de cómo estaban las cosas. Si todos permanecíamos unidos, tendríamos una oportunidad de vencer.

Había dejado sobre la mesa los libros que había estado hojeando. Fui a ver qué eran y fruncí el ceño al fijarme en los títulos. Eran registros de nuestras familias, la de Mida y la mía, además de otra. No eran las bitácoras habituales que había visto antes, sino que estaban escritas a mano. Daban fe de una historia diferente respecto a cómo los hombres lobo y los humanos se habían unido.

¿Era ésta la verdadera historia? ¿O se escribió para poner a generación tras generación en nuestra contra? De ser al revés, yo habría querido buscar la destrucción del enemigo con toda seguridad. Ahora tenía otra cosa que probar, y era si todo esto era verdad. De serlo, tendría una forma de ponerle freno a todo este odio antes de que pudiera causar nuestro próximo problema. De no ser cierto, me llevaría a quien se había propuesto ensuciar nuestro nombre. Solo esperaba que Raiden llegara pronto hasta Mida y que ella estuviera bien hasta que yo resolviera todo esto. Cuando la recuperara esta vez, me aseguraría de que no volviera a separarse de mí. Eso si no me despedazaba por acudir a su juicio con Sarah. Prefería tenerla a mi lado y enfadada conmigo que lejos y sin saber cómo estaba.

Cuando encontrara a los responsables de todo esto, no tendría piedad con ellos. Les haría pasar

por el mismo infierno que yo y más por hacerle daño a mi familia. Eché mano de la rabia que llevaba dentro para seguir adelante cuando me sentí exhausto. No descansaría hasta haber arreglado todo lo que habían hecho nuestros enemigos.

Capítulo 22

MIDA

Raiden tendría que haber venido hacía horas. Había venido a visitarme varias veces por semana para traerme comida y noticias sobre Garian. El que hubiera trazado un plan para asegurarse de que yo comiera debía de significar que aún había esperanza para nosotros. El que viniera a mi juicio con otra mujer seguía siendo imperdonable, pero quizá hubiera una buena explicación.

Cuando me había rechazado, había sido delante de todos, y sus sentimientos habían sido muy claros. No tendría sentido que ahora se dedicara a jugar con mi mente y anduviera a escondidas con una mujer a la que ni siquiera había visto antes. Iba en contra no sólo de la naturaleza de Garian, sino de las reglas de la manada. Todo lobo tenía que elegir a alguien de dentro de su manada, una regla muy importante, sobre todo para un alfa.

No, creería en Garian hasta que tuviera tiempo de preguntarle yo misma qué estaba pasando. Ahora mismo, me preocupaba que Raiden me trajera malas noticias o que lo hubieran pillado. Lo peor de estar en prisión era que el tiempo se detenía. No había forma de saber la hora, más que mirando al sol e intentando adivinarlo. No entraba mucha luz en las celdas, pero yo me dedicaba a observar cuando entraban los guardias y se abría la puerta de salida.

Esta vez, cuando abrieron la puerta, fue para dejar entrar a una cara conocida. El pasadizo que conducía a las celdas estaba oscuro, y sólo pude ver de quién se trataba cuando estuvo delante de mi celda.

—¿Cómo te han estado tratando? —preguntó Ryan, y lo primero que pensé fue, ¿cómo ha entrado aquí si estaba desterrado?

—Es tan grande como un hotel. —No pude evitar responder en un tono de lo más cortante.

—Bueno, no te preocupes, te tengo buenas noticias. Han encontrado al asesino. Mida, eres libre

de irte —dijo mientras el guardia se acercaba a mi celda para abrirla. Debí de parecer un animal salvaje cuando me acerqué con precaución, esperando que me cerraran la puerta en las narices y me dijeran que se trataba de una broma. La cabeza me daba vueltas y las piernas me temblaban cuando salí. La fuerza para moverme surgió de un lugar que no sabía que existía dentro de mí.

El sol me cegó cuando salimos al exterior por primera vez en semanas. Nunca antes me había fijado en lo verde que estaba la hierba ni en lo blancas que eran las nubes. El aire desprendía un aroma dulce que creo que nunca olvidaré. Me quedé allí quieta un momento, disfrutando de las vistas y los sonidos que me rodeaban, antes de seguir a Ryan, que dijo que me llevaría a casa sana y salva.

No estaba segura de poder dar otros diez pasos, por no hablar de los más de quince kilómetros que teníamos que recorrer a pie. Lo único que me ayudaba a poner un pie de plomo delante del otro era que pronto vería a Garian, y podríamos enfrentarnos juntos a todo esto. El Consejo había ido demasiado lejos esta vez, y no se detendrían hasta que todos fuéramos aniquilados o encarcelados.

—Bueno, ¿quién es el asesino? —quise saber, preguntándome quién nos había traicionado y había ayudado al consejo a pasar de piedra angular a un clan sediento de sangre.

—No lo tengo muy claro. Lo único que sé es que ya no tenemos que preocuparnos por él —respondió con una sonrisa de felicidad que hizo que se me revolviera el estómago. No tenía ni idea de por qué toda la confianza que le tenía se había convertido ahora en una profunda sospecha. Podría ser porque Garian no había confiado en él, pero yo había estado tan pagada de mí mismo que había pensado que eran celos—. Sé que lo capturaron cerca de la biblioteca y que la gente de por allí tiene más información. Si quieres, podemos ir a echar un vistazo, aunque supongo que preferirás volver a casa.

—Iría, pero sólo porque está en camino. La verdad es que me vendría bien un descanso —dije, sintiendo como si cada paso que daba fuera a ser el último del que fuera capaz.

—Pues claro, incluso podríamos parar en mi casa. Está cerca de la biblioteca, ya que no se me permitió quedarme cerca del territorio del norte —habló con una sonrisa que era más un gruñido o una mueca. Caí en la cuenta de que lo que le había ocurrido debía de haberle causado algún tipo de resentimiento, y no pude evitar poner a prueba mi teoría.

—Por mí, genial. Me encantaría ver dónde vives. —Le miré antes de continuar—. Debe de haber

sido muy duro estar solo y tener que empezar de cero...

Pude ver a Ryan luchando contra sus propias emociones. Tenía la mandíbula apretada y las manos cerradas en puños. Los ojos se le habían oscurecido, y resultaba evidente que no estaba admirando los árboles del sendero porque tenía la mirada perdida a lo lejos.

—No fue una situación ideal, pero me las arreglé. —Esbozó una débil sonrisa. Se había recuperado pronto, pero ya me había demostrado que ocultaba más de lo que decía. Seguiría con precaución a Ryan para ver a dónde me llevaba realmente.

Quizá cometiera un error y nombraba a la persona para la que trabajaba. O, si la persona para la que trabajaba había sido el asesino, ¿cuál era su plan para vengarse o salvar a su amo? En cualquiera de los casos, estaba a punto de descubrir la verdad, habían atrapado al asesino y podía volver a vivir mi vida. Aunque seguía habiendo ese veneno ahí fuera y la misión que nunca llegué a completar. Puede que el Consejo nos enviara a una misión inútil, pero quería encontrar a Rialus y acabar con todo esto de una vez por todas.

Los muros blancos de la biblioteca empezaron a asomar entre los arbustos. Mis músculos empezaron a quejarse y le supliqué a mi cuerpo que siguiera adelante. Si conseguíamos llegar a la biblioteca, podría descansar por fin. Cuando habíamos acampado con Garian, había sido muy diferente. Entonces confiaba en él y pensaba que cuidaría de mí. Aunque el dolor de moverme era tan fuerte que sentía que vomitaría en cualquier momento, ni de coña dejaría que Ryan lo supiera.

Entramos en el viejo edificio, y las mullidas alfombras del interior provocaron que mis piernas quisieran rendirse. Me apresuré hacia la silla más cercana, donde por fin pude descansar.

—¿Sabes, Mida? No podía dejar que te quedaras en esas sucias celdas. Aunque se ha encontrado al asesino, aún no lo han capturado. No quise preguntártelo antes por si decías que no, pero esperaba que quisieras llevarlo tú misma ante la justicia. —Dejé que su petición se asentara en mi cansada mente; me gustaba la idea de ser yo quien atrapara al asesino. El problema era que, aunque quisiera, ahora mismo estaba débil.

—Me encantaría ser yo quien lo atrape, sólo que antes tengo que comer —dije con la esperanza de conseguir algo de comida pronto. Hacía casi tres días que no comía y el camino de vuelta a casa me estaba quitando hasta la última pizca de energía que me quedaba.

—¿Por qué crees que hizo el asesino lo que hizo? —Ryan tomó asiento cerca.

—Ni idea —respondí, aunque creía que todo tenía mucho que ver con alguna venganza. Era lo había que dicho Gemma, y Ryan llevaba dentro la rabia suficiente como para alimentar casi cualquier locura de plan para vengarse. Algo dentro de mí me decía que no le confiara esta información a Ryan.

—Viendo lo mortal que es este veneno, igual solo quiere librar al mundo de nosotros —dijo con una extraña luz en los ojos. Me di cuenta de que ahora lo había dicho dos veces. Sabía más de lo que decía, y dos podían jugar a ese juego. Por ahora, dejaría que pensara que yo estaba de su lado hasta saber de qué lado estaba él en realidad.

—Bueno, en cuanto atrapemos al asesino, tendremos tiempo más que suficiente para preguntarle por qué y cómo puso en marcha todo esta maquinación tan infantil. —Tanteé el terreno, viendo cómo se tomaba un insulto. Cuanto más se enfadaba, más se implicaba con meter al asesino entre rejas. Era irónico que me hubiera sacado a mí sólo para quizá meterle a él en chirona.

Se levantó sin responder y eso lo dijo todo. No estaba de nuestro lado, eso estaba claro. Sólo esperaba que esto no desembocara en un enfrentamiento físico, ya que, si no tenía fuerzas para caminar, mucho menos para luchar. Recordé cuando era niña y me costaba sudores todo aquello en lo que los demás niños sobresalían. Mi abuela me había llamado a su habitación y me había dicho unas palabras que nunca olvidaría.

—Mida, todos tenemos fuerza. —Había dicho con aquella rara sonrisa que reservaba sólo para mí—. Si no puedes ser fuerte en cuerpo, usa el cerebro.

Había regido mi vida a rajatabla con esas palabras; desde entonces había encontrado formas más inteligentes de hacer las cosas. Tal habilidad me había ayudado a salir de muchas malas situaciones, y tenía la ligera sospecha de que ahora me encontraba en otra. Mi mente no dejaba de pensar en Garian, y deseé más que nada que estuviera aquí conmigo. La cruda realidad era que no había sido él quien me rescató, y dudaba que supiera siquiera que estaba libre o que viniera a buscarme.

Ryan paseó por entre las estanterías hasta que me sentí preparada para irme. Caminamos un trecho desde la biblioteca, pero no estaba tan lejos de su casa como yo pensaba. Era una bonita cabaña de troncos que parecía de reciente construcción. La madera parecía recién barnizada y aún se percibía un olor a madera húmeda cuando me invitó a entrar.

—Bienvenida a mi humilde morada —dijo Ryan con una sonrisa que no tenía nada de

humorística. Su casa estaba limpia, demasiado limpia; era imposible que viviera aquí solo. Parecía que alguien acababa de darle una limpieza.

—¿Sabías que Sirius y yo somos parientes? —preguntó en cuanto me senté.

Lo dijo de una forma que hizo que no quisiera mirarlo. El tono de su voz era frío como el hielo y acrecentó mis sospechas. Respiré hondo. Tenía que concentrarme. Al levantar la vista despacio, pude ver la expresión en sus ojos. Su semblante había cambiado hasta el punto de que ni siquiera lo reconocí. Me estaba mirando con un odio tan intenso que supe que estaba en peligro.

—No, da la casualidad de que no lo has mencionado —respondí, orgullosa de que la voz no me sonara tan nerviosa como me sentía.

—Ah, pues sí. Resulta que es la única familia que me queda. —Parecía que esperase una respuesta de mi parte.

—Lo siento, Ryan. —Pensé que era lo mejor que podía decirle.

—La verdad, Mida, es que no creo que lo sientas, pero lo sentirás. —Se inclinó para acercarse más—. Lo sentirás.

Capítulo 23

GARIAN

Ya no tenía ni idea de adónde iba, pero no pensaba pararme. Tenía que volver con Mida, y esta vez nos libraría del miedo de una vez por todas. Lo que fuera y quien fuera que estuviera ahí fuera no se detendría, así que yo tampoco. Raiden me encontró horas después de haberle enviado a comprobar cómo estaba Mida y asegurarse de que estaba bien y alimentada.

—Señor, le traigo noticias, aunque no estoy seguro de cómo tomármelas —dijo con sinceridad mientras a mí el corazón se me hundía en las entrañas.

—¿De qué hablas? ¿Qué noticia? —Recé para que no fueran malas noticias sobre Mida.

—Ella no estaba allí cuando fui a comprobar cómo estaba. Dicen que alguien vino a liberarla, pero no han querido decirme quién. —Se quedó esperando a que yo dijera algo.

Me limité a darle las gracias, pues mi mente ya estaba elucubrando en un intento de descifrarlo todo. Cualquiera que la hubiera sacado con tanta rapidez tendría que estar trabajando con Sirius, o no la habrían dejado marcharse. Me alegré de que ya no estuviera atrapada en prisión, pero quizás hubiera estado más segura allí dentro. Eché a caminar tan rápido que rompí a correr. Ya sabía adónde ir. Tenía que llegar a los juzgados para ver si podía localizarla o encontrar a alguien que la hubiera visto.

Fui tan rápido como pude, saltando de árbol en árbol y echando mano de las copas para saltar hacia delante de forma más eficiente. Llegué a los tribunales justo cuando el sol empezaba a ocultarse tras las montañas y esperé cerca hasta que fue más seguro acercarme. Los que estaban ahí dentro pertenecían al bando del consejo e informarían sobre mí si entraba sin más y empezaba a hacer preguntas. Lo mejor sería esperar hasta que pudiera pasar desapercibido y esperar noticias. No tardé mucho en poder entrar en el edificio y comprobarlo por mí mismo.

Sabía que no llegaría lejos y tenía que proceder con cuidado.

Esperaba encontrarme con su olor fuera de los muros, pero para eso tenía que ir en su busca. Una vez lo hubiera hecho, podría seguirlo como un rastro de migas de pan que me llevaría directamente hasta ella. Empecé a pensar en qué haría si no la encontraba y con quién estaba ahora mismo.

Percibí otro olor que pendía en el aire.

—Parece que no soy tan sigiloso como me creo, ya que todo el que quiere puede encontrarme —hablé lo suficientemente alto como para que mi madre me oyera.

—Cierto, pero a tus orejas no les pasa nada —contestó e intentó sonreír. Pude ver que estaba batallando por decir algo—. Siento que Mida tenga que estar pudriéndose en la cárcel. —Supe que lo decía serio.

—Bueno, resulta que no hace falta que te preocupes demasiado, porque parece ser que alguien la ha sacado. —Mi madre parecía tan alarmada como yo ante la noticia.

—Así que Sirius ha movido ficha. —La ira fue haciendo acto de presencia en su voz.

—No es de Sirius detrás de quien voy, sino de Ryan. Creo que él se la llevó y que tiene mucho que ver en todo esto —respondí antes de que pudiera preguntarme por qué iba tras él.

—¿Por qué iba Ryan...? —empezó a preguntar antes de quedarse en silencio. Ya le había visto esa expresión antes, significaba que estaba uniendo las piezas del rompecabezas—. Espera un momento. Si no recuerdo mal, lo desterraron por querer ir tras Rialus. De haberlo hecho, habría contravenido las leyes de la peor forma posible. Debes de estar en lo cierto, Garian. Si aún sigue queriendo encontrar la tumba y usa la sangre de Mida, debería ser capaz de traerlo de vuelta. Si lo consigue, estos bien podrían ser nuestros últimos días.

—¿Crees que ya habrán encontrado la tumba? —Necesitaba saber si la cosa era tan grave como pensaba y poder prepararme de algún modo.

—No tengo ni idea, hijo. Nuestra mejor opción sería ir nosotros mismos a la tumba y esperarles. Así podremos, al menos, impedir que llegue hasta el maldito para traerlo de vuelta. —Asentí. No tenía ni idea de cómo iba a detenerlo, pero sí sabía que, como le hubiese tocado un solo pelo a Mida, era hombre muerto.

—¿Aún recuerdas dónde está la tumba? —le pregunté a mi madre mientras la seguía.

—Tengo una idea aproximada, pero hace un par de décadas que no me paso por allí —me informó girando la cabeza para mirarme.

Entonces supe que la encontraría. Mi madre había sido rastreadora la mayor parte de su vida. Si había que encontrar un lugar, mi madre lo conseguiría.

—Como le haya hecho algo a Mida, sufrirá las consecuencias de sus actos —dijo mi madre mientras nos dirigíamos a la última ubicación conocida de la última morada de Realus. Debía saber lo que yo sentía por Mida, y saber que la defendía tanto me enorgullecía. Una madre siempre sabía cuándo su hijo estaba metido en problemas y, al ser una mujer lobo, estaba aún más en sintonía con mi corazón.

—Eso si yo le dejo vivir —respondí con una pequeña sonrisa.

—Si eso pasa, yo diré que no vi nada —respondió mi madre, haciéndome reír. Mi madre rara vez estaba de humor para bromas, y yo apreciaba sus esfuerzos. Me permití un momento para abrazarla y darle las gracias antes de que volviera a ser la mujer estricta que acostumbraba ser. No podíamos permitirnos el lujo de quedarnos charlando.

La tumba estaba muy lejos de cualquiera de nuestras regiones de manada. Cuando llegamos a la zona sur, me encontré con viejos amigos. La manada nos había ayudado la última vez y estaban más que felices de ayudar a la reina del norte y a su hijo.

—Vuestra hospitalidad no será olvidada —dijo mi madre mientras nos llevaban a salvo hasta el final de su territorio y hablaban con los salvajes de allí. Eran una tribu que no seguía ninguna de las reglas que acataban los demás. Me preguntaba si nos vendría bien su ayuda para deshacernos del Consejo. Vendría a ver a su líder en cuanto pudiera para establecer un pacto. Por ahora, lo único que quería era llegar a donde encontraría a Mida y mantenerla a salvo.

Íbamos a buen ritmo y pronto estaríamos cerca de la ubicación de la tumba. Se veía una figura a lo lejos. Podría tratarse simplemente de un lugareño en el campo de caza, pero decidí acercarme despacio, por si acaso. Al llegar junto a la persona, reconocí su ropa. ¡Era Sirius!

—¿¡Cómo te atreves a mostrar tu cara, traidor?! —le grité. Su sonrisa no hizo más que avivar mi ira. Respiré con calma y me recordé a mí mismo que actuar con precipitación no nos llevaría a ninguna parte. Era probable que eso fuese justo lo que él quería.

—Sirius, si vienes con nosotros, tendré piedad de ti. Si te niegas, ya puedes ir disfrutando de tus últimos días en esta tierra. —No había duda por el tono de mi madre de que hablaba en serio.

—¿No intentaste ya asesinar a toda mi familia, incluyéndome a mí? ¿Quieres terminar el trabajo de una vez por todas? —soltó Sirius antes de salir corriendo.

Le seguimos sin dudarlo. Esta vez no se me escaparía. Se movía más rápido de lo que esperaba y tuvimos que esforzarnos para correr tras él. Cuando llegamos a un claro, no vimos rastro de él. Ambos nos detuvimos y miramos a nuestro alrededor para ver adónde podía haber ido.

Cuando apareció, nos abalanzamos sobre él para darnos cuenta demasiado tarde de que nos había conducido a una trampa. Justo cuando estábamos a punto de capturarlo, nos vimos rodeados. No importaba, podía traerse a todos los hechiceros que conocía que los derribaríamos a todos hasta que ya no quedara ni una. Vinieron a por nosotros todos al mismo tiempo, y no pude más que calcular a ojo que serían diez o más. Mi madre saltó a los árboles, pero la bajaron rápidamente. Se habían hecho más fuertes; debían de llevar planeando esto mucho tiempo.

Cada vez que intentaba moverme, iban un paso por delante de mí. No me derribarían fácilmente. Tenía que llegar hasta Mida a tiempo, y nadie iba a impedírmelo. Cada vez que me tiraban al suelo, volvía a levantarme. Di puñetazos y patadas antes de transformarme para enfrentarme a ellos. Los arañé y rechiné los dientes en todas direcciones, pero me estaba cansando y agotando mi energía a pasos rápidos. Cuanto más luchaba, menos cambiaba la situación.

Yací en el suelo, inmovilizado mientras me ataban pies y manos. Poco después bajaron a mi madre, y lo único que pudimos hacer fue intentar encontrar una forma de escapar.

—¿Qué pasó con lo de derribarme, tú que eres un lobo tan grande y fuerte? —me escupió Sirius con una sonrisa de suficiencia mientras los demás nos llevaban a mi madre y a mí.

—¡Sirius, te juro que acabaré contigo! —grité resistiéndome contra ellos.

Me arrastraron y no pude hacer nada. Lo mejor que podía hacer ahora era hacerme lo más pesado posible y ponérselo más difícil. Si se cansaban, podría librarme de sus garras. Tenía que hacer algo. No le serviría de ninguna ayuda a Mida si quedaba atrapado en cualquiera que fuera la prisión que tenían planeada para mí.

—No eres tan fuerte sin tu pareja, ¿eh? —exclamó Sirius.

—¡¿De qué demonios hablas, sabandija?!

—Eres una bestia estúpida. —Sirius se acercó a nosotros—. Obedeciste como un buen perrito faldero cuando el Consejo rechazó la unión entre tú y Mida sin dudarlo ni un instante. —Sonrió y acercó su cara a la mía—. Abandonaste a tu mejor amiga y a la mujer que amas sólo para conservar tu corona. Tú la enfermaste y ahora te toca a ti. ¿O es que el príncipe que todo lo sabe ignoraba que se debilitaría sin su pareja predestinada? —Dejó que asimilara lo que acaba de decirme.

¿Era eso cierto? ¿Había obedecido sus órdenes a pies juntillas y causado todo el sufrimiento de Mida? Y ahora empezaría a pasarme factura a mí. ¿Sería capaz de salvarla? Sabía que el Consejo no había estado tramando nada bueno, y ahora estaba confirmado. Debería haber hecho caso a mi instinto y haber tomado a Mida como pareja, pero había sido muy pagado de mí mismo, y ellos lo sabían.

Mida, por favor, aguanta. Te prometo que te encontraré y haré que todo esto sea como debe ser. Sólo tenía que encontrar una manera, y seguiría luchando hasta conseguirlo.

No podrían llevarnos sin que uno de los otros lo supiera. Cuando la manada se enterara, vendrían a por nosotros. Esta vez habría una guerra, y nos libraríamos de aquellos que habían estado conspirando contra nosotros durante todo este tiempo.

Nunca les habíamos hecho nada a los que nos arrastraban hasta su casa, como dos preciadas capturas que encontraron en el bosque. Esperaba que nuestros nuevos aliados nos ayudaran, pero no aparecían por ninguna parte. Una cosa tenía clara: ¡no se iban a salir con la suya!

Capítulo 24

MIDA

Había pensado en lo que iba a hacer en cuanto me volviera hacia Ryan, pero no tenía ninguna posibilidad de ganar. Solo con entrar en su casa, había sellado mi destino.

La casa entera había sido diseñada como una trampa. Los propios materiales con los que estaba construida estaban impregnados de una magia de lo más poderosa. Debería haberme dado cuenta cuando mis instintos animales me habían gritado en contra, pero había creído que podía enfrentarme a cualquier cosa que me echara encima. Nunca me habría considerado arrogante ni demasiado segura de mí misma, pero aquí estaba, atrapada, por haber pecado de soberbia.

Intenté levantarme de mi asiento, pero no podía moverme en absoluto. La expresión de suficiencia de Ryan me hizo querer reacomodarle el jeto.

—¿Qué estás haciendo, Ryan? —pregunté, tratando de descifrar por qué querría hacerme daño a mí o a los demás.

—Venga ya, Mida, no puedes ser tan estúpida como el resto de esos perros asquerosos. —Habló con tanto odio que me pregunté de qué sería capaz en realidad.

—Esos perros estúpidos, como tú los llamas, son tu familia. —Recé para que no fuera demasiado tarde para detener lo que fuera que planeaba hacer.

—¡¿Mi familia?! No, Mida, ¡ellos asesinaron a toda mi familia delante de mis narices! ¡Yo sólo era un niño pequeño, pero lo recuerdo con todo lujo de detalles! ¿Cómo demonios puedes defender a esos monstruos después de lo que te han hecho a ti? —rugió en el reducido espacio. No tenía forma de defenderlos. Si había sido testigo del final de la mayor parte de su familia, no atendería a razones de por qué tal cosa pudo haber sucedido eso en primer lugar.

En el mundo humano, la justicia funcionaba de acuerdo con un sistema, pero los hombres lobo tratábamos los asuntos privados de otra manera. A algunos podía parecerle barbárico, pero era mucho más eficiente, ya que eran pocos los que se atrevían a romper las reglas.

—Uno no le da la espalda a su manada, así como así —dije en su lugar.

—Yo no quería formar parte de ninguna manada. Solo quería una infancia y una vida normales. En lugar de eso, fui el canijo al que picaban los mismos que me habían convertido en uno. —Se detuvo y me sonrió. Era una sonrisa retorcida y oscura que hacía juego con sus ojos de demente —. No te preocupes, Mida, tengo un hueco especial para ti en mi nueva familia. No te repudiaré como hicieron ellos, eres alguien muy especial. Es irónico, la verdad, que defiendas a tu familia falsa frente a la verdadera —dijo, sin pestañear.

—¿De qué hablas ahora? —pregunté, sabiendo que solo conseguiría que despotricase más por toda respuesta.

—De Rialus, por supuesto. No eres la única que está emparentada con él, ¿o no te informó de nada de eso tu querida manada? Supongo que no. —Se regodeó mientras observaba con atención mi expresión.

—Fantástico, ¿cuándo posamos para el retrato familiar, entonces? ¿Antes o después de que nos mates a todos? —Empezaba a hartarme de sus estúpidos juegos mentales.

—Qué gracioso; eres graciosa, Mida. Pero me pregunto cuánto si seguirás riéndote cuando asesine a tu familia delante de ti. Creíste que Garian te salvaría, pero está tan atrapado como tú. Por suerte para ti, te dejaré verlo una vez más; somos familia, después de todo.

Observé impotente cómo se alejaba, y mi cuerpo se movió por sí solo para seguirle. Intenté ponerle freno a mis pies, pero lo único que conseguí fue que me doliera el cuerpo. Si habían capturado a Garian, ¿qué posibilidades tenía yo de escapar? Durante todo el tiempo que seguí a Ryan, intenté pensar en una forma de huir. Él estaba empeñado en vengarse, y yo tenía la sensación de que, de alguna manera, yo era culpable de su situación.

Llegamos a la base de una montaña y subimos por un sendero que jamás habría notado con todos los árboles y arbustos que crecían delante de él. El camino se adentraba en la montaña y estaba sólo iluminado por algunas antorchas adosadas a la pared. Parecía que habíamos caminado una eternidad cuando por fin llegamos a una habitación, que tenía una enorme caja de piedra en su centro.

—Mida te presento a Rialus, Rialus te presento a Mida —habló Ryan con una risita.

Me condujo hasta la losa de piedra y me subió a ella. Lo único que pude hacer fue mirar las inscripciones del techo mientras me ataba las manos y los pies a la losa con una cuerda. El hechizo que pesaba sobre mí se liberó, pero ya era demasiado tarde para que importara.

—¿Ves, Mida? Te dije que tenía un papel muy específico y especial para ti, ¿no? Anda, justo a tiempo. —Levantó la vista para hablar con alguien.

—¡Mida! —Oí la voz de Garian—. ¡¿Te ha hecho daño?!

—Garian, estoy bien. ¿Y tú? —grité al aire, sin tener claro dónde estaba. Apenas podía mover la cabeza para mirar.

—Ah, pero qué monos —se burló Ryan de nosotros.

—¡Ryan, canijo despreciable, acabaré contigo! —gritó Garian, enfurecido.

—Bueno, parece que ahora estamos enfadados. No os preocupéis, pronto os habréis ido todos y nadie tendrá que sufrir lo que yo sufrí —dijo Ryan antes de acercarse a mí con un cuchillo en la mano—. Mida, tienes que saber que me duele en el alma hacer esto. Entiendo perfectamente por qué le gustas tanto a Garian, a mí me tienes loquito. Por eso me cuesta tanto hacer lo que tengo que hacer, pero es un mal necesario. Te dejaría ir y todo eso, pero le he puesto mucho empeño a este plan de venganza, y dejarte marchar lo fastidiaría todo. Espero que lo entiendas.

El tío estaba como una regadera. Razonar con él sería una pérdida de tiempo total.

—Aquí estamos todos, por fin juntos. Creo que todos conocéis a mi tío Sirius —anunció, y casi pude oír la sonrisa de autosatisfacción que debía de tener plasmada ahora mismo. Actuaba como si ya hubiera ganado. Tal confianza desproporcionada le haría tener algún descuido, y entonces podríamos aprovechar la oportunidad para escapar. Odiaba no poder ver lo que me rodeaba y tener que depender de lo que oía.

—Tu familia sarnosa intentó acabar con nosotros, pero no lo consiguió. Se van a arrepentir de ese error porque puedo garantizarte que no dejaremos ni a uno de vosotros con vida para contarlo —dijo Sirius a continuación mientras se ponían de pie uno al lado del otro. Podía oír cómo se acercaba más a mí, y esperaba que tuviéramos tiempo suficiente para salir de allí.

—Así que has estado trabajando para Sirius todo este tiempo —afirmó Garian.

—No exactamente. Verás, más bien trabajamos juntos y no yo para él. En realidad, tenemos más relación con Mida que tú, Garian. Todos descendemos de la misma manada maldita que Rialus. Nos maldices y nos culpas cuando eres tú quien nos creó y el veneno que te destruye. ¿A cuántas familias llevaste a la tumba porque te causaron mal alguno? —Me costaba prestar atención a sus divagaciones cuando sabía que Garian estaba tan cerca.

—¿Y qué intentáis conseguir, idiotas? Si soltáis el veneno, os matará a vosotros también —soltó Garian, que parecía no entender qué sentido tenía su plan.

—Valdrá la pena. Sobre todo después de tener un asiento en primera fila para presenciar tu tormento. No pongas esa cara de sorpresa, Garian. Te crees mucho mejor que todos nosotros, pero acudiste a la llamada en cuanto chasqueamos los dedos —dijo Ryan.

—Jamás aceptaría órdenes tuyas —resopló Garian.

—¿En serio? Porque ya lo has hecho. Cuando el Consejo te dijo que abandonaras a Mida, no cuestionaste su decisión ni por un segundo. Obedeciste como el perrito faldero que te adiestramos para que fueras —contestó Sirius.

—Sabía que el Consejo era corrupto, sabandija —dijo Garian, y oí ruido de cadenas al moverse. Debía de estar intentando liberarse.

—No, hijo, ellos son el Consejo. —*Espera, ¿esa era Gemma?*

—Tiene mucho más sentido —respondió Garian en un tono más suave. *ITenía que ser ella!*

No era una buena señal que hubieran capturado a ambos. Estos dos estaban tan orgullosos de sí mismos que si conseguía distraerlos para que perdieran más tiempo, igual lográbamos escapar.

—¿Cómo lo hicisteis? —Esperé a ver si picaban el anzuelo. Pasó un largo rato antes de que se hiciera el silencio. Me pregunté si alguien diría algo. El momento se alargó hasta que Ryan habló por fin.

—Fue tan sencillo que estaba convencido de que me pillarían en cualquier momento. Os espié a ti y a la manada de Garian memorizando su olor mientras entrenaban cada día. ¿Recuerdas cuando te pedí entrenar contigo y me rechazaste? Bueno, Garian, puede que te pareciera divertido encargarme la tarea de limpiar después de que acabaseis, pero al estar tan cerca, aprendí todas vuestras debilidades y cómo espiaros a todos. —Hizo una pausa para que sus

palabras calaran.

Me estaba volviendo loca por tener que estar aquí tumbada y esperar a que hablara cada persona. No había dejado de tirar de las cuerdas desde que Ryan me había atado las muñecas. Mi mano izquierda dio un tirón hacia abajo y vi que la cuerda se había cortado al restregarse por una esquina afilada de la tumba. Tiré un par de veces más y la cuerda se rompió y la muñeca me quedó libre. Sentí un alivio casi vertiginoso ante la oportunidad de escapar por fin.

Tuve que tomármelo con calma y esperar el momento adecuado para moverme.

—No me pareció divertido. Es una tradición. Yo mismo lo hice, igual que lo hacemos todos. En el ejército se empieza desde abajo, limpiando. Tú te lo tomaste como un ataque personal y has armado todo esto porque sólo podías vernos como los malos de la peli. ¿Nunca te has preguntado, ni siquiera por un segundo, que debió de haber hecho tu familia para que una manada los persiguiera de esa manera? —dijo Garian, y el silencio se sintió más amenazador de lo que serían unos gritos.

—No hicimos nada que ameritara que nos masacraran —replicó Ryan con calma, pero oía que su respiración se volvía errática y sus latidos aumentaban. Se estaba enfadando y manteniéndolo bajo control a duras penas.

—Lo que oí yo no es eso. —Se podía cortar la tensión en el aire mientras todos esperaban a ver si Garian completaba la frase e insultaba a Ryan o simplemente le dejaba a él completar los espacios en blanco.

—Sé que debes de haberle buscado una buena razón para justificarlo, Garian, pero la realidad es que tú y tu familia sois los responsables de que nuestro linaje haya sido completamente aniquilado. Ha llegado el momento de que sufras el mismo destino.

Respiré hondo mientras el tiempo se detenía. Me había soltado de todas las cuerdas y sabía que el tiempo se nos había agotado, tenía que hacer algo ya, antes de que fuera demasiado tarde. Pero no por ello me era más fácil adivinar cuándo saltar a la acción y luchar hasta que todos estuviéramos libres. Probé a moverme un poco y nadie se dio cuenta. Cuando levanté la vista, por fin pude ver a Garian. Pronto saldríamos de aquí. Sólo deseaba no sentirme tan débil.

Capítulo 25

GARIAN

Yacía encadenado y, por primera vez en la vida, me sentía indefenso. No era una sensación que hubiera experimentado antes. Seguía buscando a Mida con la mirada, con la esperanza de verla, aunque sea de pasada, pero era imposible. Sólo quería mirarla a los ojos y ver si iba a estar bien. Nunca nos habíamos echado atrás en una pelea, y lucharíamos hasta el final, pero no me gustaba el miedo que empezaba a invadirme. ¿De verdad íbamos a morir así?

Supe desde el principio que Ryan no tramaba nada bueno, ¿y qué había hecho yo al respecto? Nada. No había hecho nada, y ahora todos íbamos a morir por una estúpida venganza. No escuché a Ryan y Sirius ni sus explicaciones de chiflados. Cuando sí puse la oreja fue cuando mi madre tuvo algo que decir.

—Ninguno de los dos tenéis ni idea de lo que estáis hablando —empezó a hablar con un tono uniforme que conocía bien. Era el que usaba solo cuando tenía que dar noticias graves—. La familia por la que estáis haciendo todo esto era tan asesina como vosotros dos. Habían roto el tratado de paz entre vuestra especie y la nuestra. Nos dieron caza como animales y vi con mis propios ojos como hicieron de ello un deporte.

—¡Cierra el pico, mentirosa! Eres capaz de hacer lo que sea para librarte de lo que te mereces —La voz de Ryan estaba cargada de emoción y una ira estridente.

—Cree lo que quieras creer —le respondió mi madre, pero esta vez con la rabia y el dolor de lo que había visto evidentes en sus ojos.

—Mi madre nunca mentiría. No es tan fácil ni frecuente entre los nuestros. ¿Qué os hace pensar que os saldrás con la vuestra? Matar a uno de nosotros es matar a un humano, y se os juzgará por esto. —Defendería a mi madre y a nuestra manada pasara lo que pasara. Era todo tan

descabellado que sentía más bien que estaba en un sueño que a punto de conocer a mi creador a manos de dos humanos delirantes.

Miré a Ryan y luego a Sirius e intenté pensar en una forma de conseguirnos tiempo y demostrar que las palabras de mi madre eran ciertas.

—¿Y si pudiera demostrarlo? —me dirigí a Ryan, que era quien había tomado las riendas y parecía querer mandar.

—¿Cómo podrías hacer tal cosa? —siseó él—. ¿Trayéndome un libro de tu infame biblioteca de hombres lobo? —se burló, a lo que yo le sonreí.

—Puedo traerte a un humano famoso que estuvo allí. —Vi cómo la suficiencia se evaporaba de su rostro para ser sustituida por la fascinación.

—¿A quién? —escupió. Era obvio que odiaba tener que preguntar.

—Si te lo dijera, arruinaría la sorpresa. —Me resultaba cada vez más difícil apartar los ojos de Mida. No dejaba de recordarme que no debía fijarme en ella. Cuando de repente gimió, tuve que ver si estaba bien. Tenía que ayudarla—. Déjame ayudarla y traerte a esa persona humana, en vez de quitarnos la vida inútilmente y pasar el resto de la tuya entre rejas.

Ryan miró a Sirius con una sonrisa que me inquietó.

—¿Sabes qué, lobito? Creo que es posible que tengamos ganas de divertirnos. Es imposible que nos convenzas de otra cosa que no sea la verdad, pero esto puede resultar divertido, así que, voy a darte una oportunidad. Tráeme a ese humano y ya decidiré qué hacer. —Se volvió hacia Sirius, que le devolvió la mirada casi con la misma sonrisa enfermiza—. Esto promete.

—Efectivamente —respondió éste antes de mirar a Mida. El corazón se me hundió cuando la sonrisa se le retorció aún más, pero hice todo lo posible para que no se me notara en la cara—. Tienes hasta mañana a esta misma hora para traer a esa persona aquí, o daremos comienzo al ritual. —Se rio cuando mi mirada volaba hacia ella. Esto no era solo una venganza. Estos dos eran tan asesinos como sus antepasados y disfrutaban viéndonos sufrir.

Sentí que mi cuerpo se sacudía conforme una fuerza invisible tiraba de mí y me arrastraba hasta donde yacía Mida. Con todo lo que soy, deseé poder decirle lo mucho que la quiero. Me dolía el pecho de lo mucho que deseaba hacerla sentir mejor. Había confiado en una tregua que había

dejado de existir desde hacía décadas, cuando debería haber confiado en mis instintos y haberla convertido en mi pareja.

Me quedé allí de pie, incapaz de hacer ninguna de esas cosas; nunca antes había sentido una pena y un pesar tan profundos. Esto no era por lo que mi padre había luchado y por lo que había dado su vida. Esto no era por lo que mi manada había dado sus vidas. Se había sacrificado demasiada gente para que acabásemos así. Entonces Mida me miró y sonrió. A pesar del dolor y la incomodidad, había encontrado la fuerza suficiente para sonreír. Se me encogió más el corazón al pensar que seguía preocupándose por mí.

Sentí que mi cuerpo se desplomaba en el suelo y levanté la vista para ver a Sirius sonriéndome.

—Está bien, lobito. Te concederé la libertad de movimiento para que te despidas por última vez.

—¿Qué demonios quieres decir con despedirme por última vez? —Casi le gruñí.

—Bueno, no te creerás de verdad que este humano del que hablas nos hará cambiar de opinión, ¿verdad? Además, me cuesta creer que le queden fuerzas para esperar a tu regreso a estas alturas. Es fascinante de ver cómo el rechazo surte su efecto, ¿no te parece, Ryan? —Me mordí tan fuerte los dientes que sentí que crujían bajo la presión. ¿Cómo podía alguien sentir tal subidón por causarle a otro ser tanto dolor?

—A mí no me cuesta creerlo. Sé que aguantará. —Me fui acercando a Mida—. Si pudiera darle algo de mi fuerza, estaría aquí para cuando vuelva. Otra cosa es que nunca hayas visto a alguien tan fuerte como Mida en toda tu vida. —Me acerqué a ella y tomé su frágil rostro entre mis manos. Los huesos de su cara parecían afilados, y donde antes tuvo unas mejillas regordetas, ahora estaban hundidas y huecas. Sus ojos seguían siendo brillantes y fuertes, pero se veía el subtono gris debajo que mostraba lo enfermiza que estaba.

Deposité con cuidado un beso en sus labios, que estaban fríos y apenas se movían, antes de pasar a besarle las mejillas y la frente. Cuando deposité un último sobre sus labios, ella me devolvió el beso. Al principio, apenas podía sentir el susurro de un beso que rápidamente se convirtió en apasionado. Cuando Sirius me apartó, ella consiguió levantar la cabeza y mirarme. Su sonrisa esta vez fue suficiente para hacerme saber que todo estaría bien. Esta vez no la defraudaría, y nunca más dejaría que nadie la lastimara, incluyéndome a mí.

Me fui y corrí lo más rápido que pude para llegar al pueblo. Allí había gente buena que sabía la verdad y que me ayudaría. Algunos de ellos tenía el poder suficiente para encerrar a esos dos

lunáticos durante el resto de sus días. Eran un peligro para los humanos y para nosotros. Si llegaban tan lejos por un asunto que había quedado resuelto hace décadas, ¿qué harían si alguien les ofendiera en el presente? Conocía tanto al comandante como al jefe de policía, pero sólo encargarían de hacer cumplir la ley cuando llegara el momento.

Los habitantes de este pueblo podrían ver actuar a las bandas más punteras mientras vivían en el bosque del norte, donde había espacio. Cuando todo el pueblo llegue a donde están Sirius y Ryan, se destaparía el pastel y gracias a la cobertura en directo de los conciertos el mundo sabrá que algunas costumbres viejas y repugnantes aún se practican hoy en día. Hablé por teléfono con algunos aliados en la industria de la música, que llegarían esta noche. Fui a la tienda de imprenta local para poder ponerme a repartir folletos y me metí en las redes sociales para difundir la noticia.

Para cuando empezó a ponerse el sol, me encontraba en el centro del pueblo mientras más y más gente se reunía para dirigirse al bosque. No había pensado en cómo afectaría a todo el mundo mi invitación y mi ruta guiada por el bosque. Pronto se convirtió en un frenesí. Sin quererlo, había tendido un puente entre los humanos y los hombres lobo. Aquellos que eran lobos se pusieron al frente, mirando con orgullo ese sentimiento de comunidad y unidad por el que todos habíamos trabajado tan duro. Era un derecho y un sueño por el que mi padre había dado la vida y del que estaría orgulloso; así lo sentía.

—Muchas gracias por acompañarnos en este evento tan especial e irrepetible. —Cuando eché un vistazo alrededor decidí hacer de esto algo un poco más emocionante—. Me gustaría presentaros a los encargados de la seguridad esta noche. —Aullé. Aquellos de la manada que podían oírme se acercaron y saltaron alrededor de la multitud y a mi lado. La muchedumbre jadeó de alegría cuando éstos me saludaron. Les devolví el saludo con la cabeza, me di la vuelta y lideré la marcha hacia el bosque del norte.

Marchamos hacia donde las bandas ya estaban haciendo las pruebas de sonido. El sonido viajaba y debía estar a la deriva hacia donde se encontraban Ryan y Sirius con Mida y mi madre. Mamá me había dicho que dijera lo que hiciera falta para lograr irme y así traer hasta aquí a todos los humanos que pudiera. Había elegido el escenario para rodearlos. Había conseguido reunir un ejército y ahora sólo quedaba esperar.

O se quedarían escondidos o intentarían huir. Por ahora, teníamos que tomárnoslo con calma, o podrían intentar hacer algo desesperado y estúpido para tratar de escapar. La primera banda dio comienzo con su primera canción mientras un grupo de nosotros vigilábamos la única entrada,

por donde yo entraría con el jefe de policía. Su uniforme les alarmaría y no tendrían tiempo de reaccionar ante su magia. Mantenía sus habilidades tan en secreto que tenía que practicar lo que iba a hacer hoy.

En cuanto llegó, entramos con precaución. Sirius fue el primero en levantar la vista, y su sonrisa se desvaneció al ver al jefe de policía a mi lado. Ryan se abalanzó sobre Mida y comenzó con el ritual.

—Espera. Dijiste que tenía veinticuatro horas y aquí estoy —dije a pesar de la angustia que me helaba la sangre en las venas.

El jefe de policía estaba usando con sigilo todos los hechizos que tenía a su disposición para frenar a Ryan. Tenía que tener cuidado o lo descubrirían. Había que capturar tanto a Sirius como a Ryan antes de que se olieran nuestro plan, o todo esto habría sido en vano.

—Sabíamos que jugarías sucio como metiendo a la policía en esto. Creí que habías dicho que traías a un famoso, no a un viejo cualquiera —se burló Sirius mientras se unía a Ryan para ayudarlo con el ritual. Miré al jefe, esperando a ver cuándo sería seguro ayudar a Mida. Tenía que ponerme en movimiento en el momento exacto en que él me diera la señal. *Vamos, ¡¿cuánto falta?!*, pensé mientras observaba las manos del jefe. Ahí estaba, ¡la señal! Me abalancé hacia delante y esperé aterrizar donde quería. *Por favor, ¡que funcione!*

Capítulo 26

MIDA

Apenas sentí el corte cuando vi cómo se me escurría la sangre. Me hizo sentir aún más débil, y por momentos me resultaba imposible mantener los ojos abiertos. Oí que Garian volvía con el jefe de policía. Había sido una idea brillante traerse a un hechicero oculto para ayudar a derrotar a Sirius y Ryan, que se habían negado a entrar en razón y se habían lanzado a matar. Con suerte, mi sangre sería la última que derramasen.

—Suéltala ahora mismo. —Oí exigir a Garian y vi cómo se abalanzaba sobre Ryan cuando éste se negó a obedecer. Pelearon sin contenerse; primero Garian le asestó unos cuantos puñetazos que Ryan le devolvió. Luchaban sin ton ni son, demasiado concentrados en vencer al otro. Ryan pinchó a Garian en el ojo y éste le mordió. Fue a la vez un ataque doloroso y uno libre de reglas. Ryan aulló cuando le empezó a brotar sangre de la oreja.

—Vale, ¿quieres pelear como un animal? —dijo Ryan con esa forma habitual suya de hacerse la víctima.

—Tú llevas comportándote como un animal desde mucho antes que esto, Ryan. Sólo los animales matan a otros por pisar su territorio o interponerse en su camino —replicó Garian mientras se convertía en lobo. Se quedaron ahí quietos un rato antes de lanzarse a la carga contra el otro. No estaba segura de quién había dado el primer paso, pero oí el ruido de sus cuerpos al chocar.

El corazón me latía tan rápido que me sentí enferma. Sólo podía ver parte de lo que estaba pasando, pero esperaba que Garian estuviera bien. Ya no estaba segura de que yo fuese a lograr salir de aquí, pero si él podía acabar con Ryan y Sirius, me alegraría de haber ayudado a liberarlos a todos. No tenía idea de cómo detendríamos a Rialus si era cierto que mi sangre lo traería de vuelta. Con nuestra suerte, sería la única mentira que resultaría cierta.

Sirius se acercó a ayudar a Ryan ya que estaba perdiendo por mucho.

—Un dos contra uno no es muy justo, ¿no? —Gemma se abalanzó contra Sirius.

La pelea se volvió aún más violenta ya que Sirius echó mano de la magia, y Gemma no se contuvo ni un poco. Sirius trató de evitar que se moviera, pero era difícil ponerle un solo dedo encima mientras cambiaba a su forma de lobo. Se movía como una mancha gris alrededor de Sirius mientras lo atacaba. Logró vislumbrarla mejor después de un rato, no me cabía duda que era gracias al uso de la magia.

Le dio unos cuantos puñetazos y uno fue lo bastante fuerte como para derribar a Gemma al suelo con fuerza. Pude oír por su aguda respiración entrecortada que le dolía, pero sabía que ella no dejaría que él lo viera. Se abalanzó sobre él y no paró hasta que lo tuvo contra el suelo y a merced de sus puños. Sólo se detuvo cuando dejó de moverse.

Garian tenía a Ryan inmovilizado con una llave con la que le rompería el brazo si no se rendía. Intentó defenderse hasta que Garian aplicó más presión. Ryan soltó un grito y se rindió. Tuvo las agallas de intentar atacar a Garian en el momento en que le perdió de vista y fue recompensado con un gancho de derecha al mentón que le hizo caer al suelo con un golpe seco.

—¡Eh, Garian, tío, no es justo! Dijiste que yo también podría divertirme si venía contigo —dijo el jefe de policía con una expresión divertida de incredulidad.

—Tú tienes un papel mucho más importante que desempeñar. Ve y consigue que la mayor cantidad de gente del pueblo venga a ver qué han estado haciendo sus líderes.

—Entendido. —Se marchó al exterior.

Miré a los ojos preocupados de Garian mientras me hablaba. Su voz sonaba con más eco de lo habitual, y su rostro estaba borroso frente a mí.

—¿Mida? Mida, abre los ojos. Tienes que aguantar despierta.

Luché contra mis párpados pesados para intentar mantenerme consciente mientras Garian me vendaba el brazo con un trozo que se había arrancado de su camisa. Me hacía sentir mejor, pero tenía frío, demasiado. Sabía que algo iba muy mal.

Sentí que Garian rozaba sus labios con los míos.

—Mida, lo siento mucho. Por favor, aguanta despierta —dijo con una mirada preocupada que me hizo entrar en pánico.

—Garian, estoy bien. No te preocupes tanto —dije para que se relajara, pero el arrastrar de mis palabras tuvo el efecto contrario.

Me sentía mareada, y nada me parecía real. El dolor que había estado sufriendo había desaparecido, y me sentía como en un sueño. Lo único que necesitaba ahora era cerrar los ojos y disfrutar de lo bien que me sentía entre sus brazos. Siempre me había hecho más fuerte. ¿Tan mal estaría echarme una siestecita?

Sólo necesitaba unos minutos...

Sentí que me sumía en el sueño más tranquilo que había tenido nunca. Mi cuerpo se relajaba y me sumía en un sueño profundo. Un sueño del que solo pude disfrutar un instante antes de sentir que mi cuerpo se sacudía y mis ojos se abrían de golpe.

—¡Qué demonios! —exclamé con irritación, mirando a Garian y Gemma.

—Mida, ahora no es el momento de dormirse, querida —dijo ella con suavidad.

—Has perdido mucha sangre. Aguanta despierta hasta que llegue la ayuda. Están al caer. En cuanto estés en el hospital, podrás dormir y recuperarte —me aseguró Garian, jugando distraídamente con mi pelo mientras hablaba.

—Bueno, que sigas haciendo eso no ayuda. —Él sonrió y se detuvo—. ¿Dónde están Ryan y Sirius?

—Donde deben, ya no tienes que preocuparte por ellos, —Me sentí tranquila por primera vez en mucho tiempo.

Se sentaron a mi lado y ambos intentaron que me riera y me mantuviera despierta. Se levantaron cuando llegaron los médicos y me ayudaron a subir a la ambulancia. Mientras Garian tomaba asiento a mi lado, me hicieron algunas preguntas sobre mi salud. Pronto me pusieron un gotero para la deshidratación y me hicieron un análisis de sangre para obtener el equilibrio adecuado de sangre humana y de hombre lobo.

Contábamos con muchos de los nuestros en todos los campos posibles. Fue una idea del padre de Garian para unir a humanos y hombres lobo. En primer lugar, había financiado una universidad

que tuviese las puertas abiertas para todos y había concedido becas basadas en la habilidad y no en la raza. En muchos aspectos era superior a las instituciones humanas que insultaban a los eruditos eligiéndolos por su color o apellido.

Los médicos sabían cuándo uno de nosotros necesitaba ayuda y se aseguraban de que viniera un especialista en sangre, así como un cirujano que supiera operar en nuestros cuerpos en cualquier de las dos formas. Había sutiles diferencias, pero podían significar la diferencia entre sobrevivir o no. Para cuando llegué al hospital, ya empezaba a sentirme más fuerte.

Nunca había visto esta parte del hospital. Había estado en la zona delantera cuando tuve que despedirme de mi primo. Quizá si entonces hubiéramos contado con los cuidados secretos de que disponemos ahora, se habría salvado. Las paredes de los pasillos estaban pintadas en tonos vibrantes con los que no se atreverían la mayoría de los hospitales. Olía a limpio, pero de una forma no tan potente y nauseabunda como solían ocurrir en los hospitales.

Me llevaron a una habitación que olía a lavanda y sándalo; el agradable aroma me hizo relajarme y sentirme feliz.

—¡Oh, me encanta cuando tenemos un nuevo paciente! —Una amable enfermera asomó la cabeza. Su sonrisa de entusiasmo era encantadora. Me fijé en su cara redonda y enseguida me cayó bien. Sus grandes ojos marrones brillaban con humor e inteligencia, y su sonrisa era sincera —. No te preocupes, corazón. Voy a dejarte como nueva para este delicioso hombre tuyo. — Tenía acento británico.

Miré a Garian, que intentó sonreír por mí, pero sus ojos parecían estar ahogándose en un mar de preocupación. No sabía si había ocurrido algo más o si estaba así de preocupado por mí. Lo que sí sabía era que no había dejado de mirarme desde que le había dado espacio a la enfermera para que comprobara mis constantes vitales. Seguía preocupada por Ryan y Sirius. *Oh no, ¡Rialus! ¿Qué había pasado con él?*

—Garian.

Se acercó a mí.

—¿Qué pasa? —preguntó con creciente preocupación en sus ojos.

—¿Qué ha pasado con Rialus? Mi sangre debería haberlo despertado.

—No funcionó. Mi madre hasta se quedó atrás para asegurarse de ello. —Respiré hondo para liberar la tensión que me impedía soltar el aire de los pulmones.

Quería creer que todo había terminado y que por fin podríamos tener una vida normal, pero sabía que algo iba mal, que esto aún no había terminado ni por asomo. Por el momento, disfrutaría de ser libre y haría todo lo posible por ponerme mejor.

Fuera lo que fuese lo que se nos viniera encima, necesitaríamos que todos estuviéramos lo más fuertes posible, y era algo en lo que yo podía aportar mi granito de arena. Garian se quedó a mi lado y no dejó de hablar hasta que me dormí. Me sentía segura sabiendo que cuando abriese los ojos, Garian estaría ahí. Cerré los ojos y, cuando intenté abrirlos de nuevo, los sentí pesados y granulosos. La luz que había estado colándose del sol de la tarde había desaparecido para ser sustituida por unas cuantas lámparas en la habitación.

Miré al asiento en el que había estado Garian y vi estaba vacío. Reprimí el pánico que sentía en el estómago y traté de pensar de forma racional. En ese mismo momento, Garian regresó con flores y café.

—Yo en tu lugar ya me estaría volviendo loca sin café, así que... —Garian me entregó con cuidado el café y las flores.

—Gracias por las dos cosas. —Fruncí el ceño por lo mucho que significaban las flores para mí.

—De nada. ¿Te encuentras bien? ¿Cómo te sientes? —me preguntó, preocupado de nuevo. Casi creería que se preocupaba por mí como en los viejos tiempos.

—Estoy bien, sólo pensaba. ¿Cómo estáis tú y todos en casa? —No quería sacar a colación las cosas que realmente quería preguntarle.

Ya no tenía ni idea de lo que éramos el uno para el otro. Con tantas cosas sucediendo a nuestro alrededor, no había tiempo para pensar en ello. Pero era en lo único que podía pensar ahora, y era un tormento mayor que haber estado en la cárcel.

—Todo el mundo está bien, no paran de preguntar cómo estás. El concierto ha hecho que se reúna mucha gente con los de nuestra especie, y tienen planeado organizar un evento anual como este todos los años —dijo con una sonrisa, aunque sus ojos contaban otra historia. Decidí darle tiempo para que me hablara de ello, pero le preguntaría pronto si no daba el paso.

—Debes de estar muy orgulloso de tu idea. Pero bueno, ¿parece que mi sangre no ha dado inicio a un apocalipsis de hombres lobo? —pregunté, necesitaba estar segura.

—No, para nada —me confirmó.

—¿Pero? —pregunté.

—Pero, ¿qué? —respondió subiendo el tono de voz al final de la frase, señal de que no me estaba diciendo la verdad.

—¡No me vengas con estas, Garian! ¿Qué pasa?

Apartó la mirada y cerró los ojos.

—Quiero que te tomes las cosas con calma y te mejores. No quería darte motivos para que vuelvas a estresarte. —Me miró antes de continuar. Debía de estar decidiendo si podía contármelo o no—. Mida, Sirius infectó a mi madre con el virus. Se encuentra ya muy enferma y su manada ha caído con ella. Están un piso más abajo y están todos luchando por sus vidas.

Sentía la cara entumecida mientras mi cerebro intentaba darle sentido a tal información. Esto bien podría ser lo último que necesitábamos en ese momento.

Capítulo 27

GARIAN

Vi cómo su rostro se tornaba ceniciento al oír las noticias sobre mi madre. El virus la enfermaba cada vez más y empezábamos a quedarnos sin opciones. Este hospital era el mejor lugar para tratar a los de nuestra especie, y habíamos recurrido a lo mejor que tenía para ofrecer la medicina y la magia. Hoy se reuniría conmigo el especialista para discutir nuestras opciones. Pese a todo el poder que teníamos, no servía de nada cuando una simple enfermedad dejaba al más fuerte de los nuestros al borde de la muerte.

Hacía apenas unas horas, mi madre y yo habíamos luchado codo con codo, y ahora yo me encontraba sentado a su vera, esperando y rezando mientras que ella estaba ahí postrada. Me asustaba que no fuera más que la sombra de lo que había sido y lo rápido que había empeorado. El virus se había diseñado para proporcionar la más cruel de las muertes, y yo no podía hacer nada más que mirar. Esos dos monstruos habían intentado arrebatarme a Mida mientras yo veía cómo se debilitaba ante mis ojos. Ahora estaba pasando lo mismo ocurría con mi madre.

La diferencia era que mi presencia no cambiaba cómo se sentía mi madre, y ninguno de los muchos tratamientos y terapias habían conseguido que el virus remitiera siquiera. Siempre había visto a mi madre como una fuerza de la naturaleza, temida por adversarios a los que yo no me atrevería a desafiar, y ahora necesitaba ayuda para levantarse. La feroz cazadora que nos había salvado de osos salvajes y grupos de Errantes no podía ni pensar en comer sus platos o chuches favoritas. Nunca había tenido que plantearme la vida sin ella, pero ahora era lo único en lo que podía pensar.

—Garian, yo... —dijo Mida con las lágrimas corriéndole por las pálidas mejillas.

Me limité a asentir mientras luchaba contra el nudo en la garganta por enésima vez. Me acerqué a ella, sin saber si necesitaba que me abrazara ella a mí o si quería consolarla yo a ella. Me aferré

a Mida y aspiré su aroma. Me daba igual de qué familia fuera o lo que pensaran los demás. Era mi pareja, y todos lo sabrían muy pronto.

—Por favor, no te preocupes, Mida. Necesito saber que estás bien, por eso tienes que descansar. —Odié lo débil que sonaba mi voz.

La miré y le dediqué mi mejor sonrisa, confiando en que eso la tranquilizara. Sabía que no se lo tragaría, pero podría ser lo bastante amable como para fingir para no herir mis sentimientos. Me devolvió la sonrisa, pero eso solo hizo que me doliera más la garganta.

Tenía que ser fuerte no sólo por Mida y por mí, sino también por la manada. Si mostraba falta de fe, todos perderían la suya. La enfermedad de mi madre me había puesto a cargo de la manada hasta que ella volviera a liderarla, y tenía que tomar las decisiones correctas que implicaran un futuro mejor para nosotros. Un ataque como este por parte de los humanos nos ponía en posición de declarar la guerra. Teníamos todo el derecho del mundo, pero estaríamos haciendo justo lo que Ryan y Sirius querían que hiciéramos. Esa era razón suficiente para no hacerlo, además de que sería una vergüenza para la memoria de mi padre.

Caminé por el pasillo hasta los ascensores y llamé a uno. Esperé a que se abrieran las puertas y saludé a los que salían. Pulsé el botón una vez dentro y esperé a bajar un piso. Podría haber ido por las escaleras, pero esto era más divertido. Mi madre siempre había hecho de las visitas al hospital algo divertido cuando mi padre estaba enfermo. Y sigo haciéndolo ahora de adulto para recordar tiempos mejores con ella. En cuanto se abrieron las puertas y fui a la izquierda para encontrar su habitación. Odiaba las flores y se estaba quejando de ellas cuando llegué. Eso me hizo sonreír, pues debía de significar que estaba mejorándose.

—Hola, madre. —Intenté no sonreír ante su desagrado por los regalos que la gente le había traído.

—Hola, hijo. Ven a darme un abrazo. —Me lo pidió con una voz que sonaba emotiva de repente. Nunca antes me había pedido que la abrazara.

La obedecí y la miré durante largo rato.

—¿Cómo te encuentras?

—Si así es como se estuvo sintiendo Mida todo este tiempo, no me cabe duda de que es lo bastante fuerte como para ser tu luna —dijo, y por mucho que me alegrase de que me concediera

su aprobación, también me hizo ser cauteloso. Sabía que mi madre estaba enferma, pero nunca hablaba así; igual sentía el mismo miedo que yo—. ¿Cómo está?

La pregunta de mi madre interrumpió mi hilo de pensamientos.

—Cada vez más fuerte. —Me sentí orgulloso de poder anunciarlo.

—Debería haberte hecho caso cuando dijiste que el consejo era una manzana podrida, y debería haberte dejado estar con ella. Lo siento, hijo. —Las lágrimas le bailaban en las comisuras de los ojos.

—No te preocupes, madre. Ahora nada se interpondrá en mi camino. Con tu bendición, podemos cambiar las cosas y asegurarnos de que nada de esto vuelva a ocurrir.

—Garian —dijo con una voz suave antes de lanzarme una mirada que hizo que el miedo me recorriera todo el cuerpo—, te voy a dar más que eso. —Me tendió la mano. La cogí enseguida sin pensar en lo que realmente significaba.

—No. —Bajé la mirada a medida que las lágrimas me escocían los ojos. Estaba a punto de transferirme los derechos a mí y eso sólo se hacía cuando ya no quedaba esperanza.

—Hijo mío, siempre has sido mi orgullo y mi alegría. Sé que a veces te he presionado más de lo debido, pero créeme cuando te digo que lo he hecho por tu bien.

Me limité a asentir, no me atrevía a hablar.

—Yo, Gemma de la manada de North Star, te cedo mi poder y mi posición —continuó mientras la garganta se me oprimía tanto que apenas podía respirar. Era una simple frase que tenía más significado del que podía comprender ahora mismo.

—Mamá, te quiero —le dije, ante lo que ella lloró por primera vez delante de mí. No la había llamado mamá desde que era pequeño. Me acerqué para abrazarla por última vez.

—Yo también te quiero, Garian. Estoy muy orgullosa de ti. Sigue esos instintos y no vuelvas a dejar escapar a Mida —dijo con suavidad.

—Lo prometo —le contesté cuando la sentí desplomarse en mis brazos y supe que se había ido. Me aferré a ella, sin querer aceptar lo que vería cuando la soltara. Las lágrimas me corrían por las mejillas, y me invadía un sentimiento que nunca antes había sentido. No había llorado cuando

mataron a mi padre o a mi manada y estaba ahora recuperando el tiempo perdido.

La volví a apoyar con cuidado contra las almohadas y la arropé como si aún estuviera ahí. Estaba tan conmocionado y apesadumbrado que no había tenido ocasión de decirle todo lo que siempre había querido decirle. Decidí que aún podía oírme y le cogí la mano. Se estaba enfriando a pasos rápidos, lo que contrastaba en gran medida con sus manos normalmente cálidas.

—Madre, gracias por todo tu amor y tus cuidados. Me enseñaste lo que es la verdadera fortaleza y cómo liderar con sabiduría y justicia. Tu legado perdurará en mí y en tus nietos, y nos mirarás desde arriba con orgullo. —Me senté a su lado mientras sentía como su fuerza se unía a la mía. El poder que me había dado era una elección que todos los hombres lobo podían hacer.

Cuando llegaba el momento de abandonar esta tierra, podíamos morir con nuestros poderes o legarlos a alguien que considerásemos digno. Para mi madre, haberme dado su poder había sido un último acto de amor y había demostrado que me consideraba lo bastante bueno como para tomarle el relevo. Fue un momento agridulce saber cuánto la quería y que ahora tendría que prescindir de ese amor.

Me incorporé de golpe al caer en la cuenta de que ahora más que nunca tenía un deber para con mi manada. No podía quedarme a su lado para siempre por que había asuntos de los que necesitaba ocuparme. El momento de llorar a mi madre ya llegaría, y sabía que nunca desaparecería, pero por ahora, tenía que ser fuerte. Resultó ser mucho más difícil que decirme a mí mismo unas palabras de aliento, pues la pena parecía ahogarme antes de ponerme siquiera en pie. De algún modo, reuní fuerzas para levantarme. Jamás olvidaría el ruido que hicieron mis zapatos por los pasillos del hospital al salir de la habitación de mi madre.

Ahora estaba completamente solo. Mis dos padres habían abandonado esta tierra y, cuando mis ojos se cruzaron con los de Mida en la sala de espera, la necesité más que nunca. Sin ella, daba igual lo grande que fuera la manada: la sentiría vacía.

—¿Cómo está Gemma? —preguntó esperanzada. Bajé la mirada y ella supo de inmediato que eran malas noticias.

—No lo ha conseguido. —Sentí que se me partía el corazón al admitirlo ante mí mismo.

—Garian, lo siento mucho. —Mida me abrazó. Me aferré y tomé fuerzas de ella.

No tenía ni idea de lo que habría hecho de la haberla perdido a ella también. Le acuné la cara

entre las manos y esperé que pudiera ver el amor y la gratitud tras mis ojos.

Aún no me atrevía a hablar de mi madre, así que decidí cambiar de tema.

—No dejo de preguntarme por qué tu sangre no surtió el efecto que se supone que debía. Tenemos que volver a la tumba para encontrar las respuestas, pero no sé qué te parecerá la idea de volver allí. —Sabía que podría costarle volver allí después de lo que le costó escapar.

—Estaré bien.

—Pues vamos, entonces. —Fuimos a buscar al grupo que vigilaría y cuidaría de mi madre hasta que le diéramos un lugar de descanso—. Os lo agradezco. —Todos asintieron con tristeza, y eso me hizo sentir menos solo en mi dolor.

Partimos hacia la tumba, pero, cuando llegamos, la encontramos en ruinas. La estructura había quedado completamente derruida y no era más que un montón de piedras. Me sentí en parte aliviado porque estuviese destruido , pero supe que igual nunca encontraríamos la respuesta a por qué la sangre de Mida no resucitó a Rialus.

Entonces caí. Si su sangre no funcionaba, quizá la respuesta estuviera en la propia Mida. Volvimos al pueblo a ver quién trabajaba estudiando la ascendencia y de ahí nos llevaron a un pueblo cercano, donde le sacarían sangre a Mida para investigar su procedencia.

Esperamos los resultados mientras le organizábamos un entierro a mi madre. Lobos de toda la región y de más allá acudieron en masa para rendirle homenaje. Miles de personas se congregaron a su alrededor en las antiguas tierras donde reposaba su cuerpo. Había dejado una huella enorme y duradera en muchos.

Al día siguiente nos llamaron para comunicarnos los resultados de las pruebas de Mida. Fui a buscarlos inmediatamente y me quedé mirando el papel con incredulidad. Volví corriendo a contarle a Mida lo que había descubierto.

—Bueno, ¿qué dice? —preguntó ansiosa.

—Mida, no estoy seguro de cómo decirte esto. La razón por la que tu sangre no funcionó con Rialus es porque eres adoptada. Tu familia no debió de contártelo, pero los registros muestran que no tenías ningún parentesco con ellos.

Frunció el ceño mientras trataba de digerir la noticia.

—De hecho, parece que tu linaje se corresponde con el de una familia muy antigua de hombres lobo y que todos te debemos una disculpa muy grande.

—¿Todos? —repitió Mida, con la incredulidad patente en la voz—. ¿Qué quieres decir con ese «todos»?

Me aclaré la garganta y levanté la vista del papel que tenía sobre el escritorio.

—Mañana a primera hora convocaré al Consejo a una reunión y destaparé la noticia. Cuando se sepa la verdad sobre tu linaje, el Consejo se verá obligado a presentar una disculpa formal.

Mida frunció el ceño.

—No quiero sus disculpas.

Salí de detrás de mi escritorio y me la quedé mirando.

—Mida, eres mi pareja, y tras de años de injusticia y crueldad por lo que la gente creía de tu padre, se te debe mucho más que una disculpa.

—Eso no va a cambiar nada. —Arqueó las cejas.

Cubrí la distancia que nos separaba y tomé ambas manos de Mida entre las mías.

—Sé que no puede cambiar el pasado, pero hay que hacerlo.

Se retorció y retiró las manos.

—No quiero una disculpa.

Con eso, giró sobre sus talones y salió a toda prisa de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Cuando me quedé solo con mis pensamientos, reuní a un grupo de mis mejores guerreros y les informé de mis planes. En silencio, volvimos a la tumba de Rialus y registramos todo el perímetro.

Una vez me aseguré de que su lugar final de descanso no hubiera sido perturbado, encendí una hoguera. Los cuatro nos turnamos en avivar la llama, asegurándonos de que todo el lugar quedara pronto envuelto en una llamarada roja y naranja. Envuelta en las despiadadas llamas, la sala empezó a llenarse de humo y el hedor a descomposición enseguida colmó el aire.

Conduje a los lobos fuera de la tumba y hacia el cementerio, donde nos pusimos en fila y esperamos. Poco a poco, las llamas se fueron elevando y el aire se llenó de un espeso humo negro. Con el ceño fruncido, crucé los brazos sobre el pecho y esperé.

A mi lado, los otros lobos hicieron lo mismo.

Aunque quemar la tumba de Rialus no iba a traer de vuelta a mi madre ni a deshacer el daño que Ryan y Sirius habían causado en su intento de vengarse, al menos evitaría que volviese a suceder. Como nuevo líder de la manada de North Star, era responsabilidad mía asegurarme de que la maldición de Rialus siguiera muerta.

Para siempre.

Un extraño sentimiento se agitó y se elevó en mi interior mientras contemplaba la quema de la antigua tumba del lobo y despedía a los demás. Una vez se extinguieron las últimas llamas e inspeccioné de nuevo el perímetro, me convencí de que todo había terminado y regresé a casa.

Con la manada que ahora me consideraba su líder y la pareja que me necesitaba más que nunca.

Capítulo 28

MIDA

—Adelante. —Las palabras de Garian consiguieron sacudirme, como de costumbre. Costaba olvidarse de que, no hace mucho, reunirme con él era lo único en lo que podía pensar. La idea nunca se iba de mi mente.

Hasta la profecía que casi se cobra mi vida.

Y que le costó a Garian su madre y a la manada de North Star su alfa.

La presencia de Gemma se hacía notar en cada esquina y en cada calle.

Ni siquiera el cambio de actitud de la manada conmigo mejoró nada. Al contrario, saber el alto precio que se había pagado para llegar hasta aquí me pesaba mucho y lo empañaba todo.

No podía evitar sentir que no me lo merecía.

Y no quería tener su aceptación por la posición que ocupaba Garian en la manada. No si eso implicaba soportar sus cuchicheos y su lástima durante el resto de mis días.

Ser la descendiente de un antiguo lobo que creó un virus mortal ya era bastante malo, pero enterarme de que me habían ocultado la verdad toda mi vida fue peor.

Al menos cuando era descendiente de Rialus, sabía quién era.

Ahora, no era nadie, una huérfana sin nombre de la que un pariente de Rialus y su mujer se habían apiadado y criado como a una de los suyos.

No estaba segura de si me había hecho más mal que bien.

Con una sacudida de cabeza, empujé la puerta del estudio y entré, entrecerrando los ojos ante la brillante luz del sol que se colaba por la ventana abierta. Garian estaba sentado tras su escritorio, hojeando una pila de papeles y el pelo alborotado. Cuando alzó la vista, sus ojos azules se iluminaron y se puso en pie.

Junté las manos tras la espalda y me adopté una postura más erguida.

—¿Te has reunido con el Consejo para hablarles de mí?

Garian echó la silla hacia atrás con un chillido y se aclaró la garganta.

—Sí, pero no les exigí una disculpa, aunque se te debe una.

—¿Por qué no? —Fruncí el ceño.

—Porque quería respetar tus deseos —respondió tras una breve pausa—. A menos que hayas cambiado de opinión.

Negué con la cabeza.

—No quiero sus disculpas. Quiero ganarme su confianza.

Y su respeto. Pero sabía que no iba a ser fácil.

Ofrecerme amabilidad y hacer todo lo posible por incluirme no significaba que me hubiera ganado mi puesto. Una parte de mí se preguntaba si este nuevo entusiasmo que mostraban tenía más que ver con que fuera la pareja de Garian que se hubieran equivocado conmigo.

Por lo que a ellos respecta, mi linaje no podía remontarse a ningún lobo notable. Como Rialus ya no era mi antepasado, eso ponía fin a mi papel como amenaza para su existencia y podían respirar tranquilos.

Sin embargo, sabía que aún había muchos que cuestionaban la decisión de Garian de acogerme con los brazos abiertos. Habiéndome rechazado una vez antes, nada menos que el día de nuestra boda, la manada aún no estaba segura de la posición que ocupaba yo.

No podía culparles.

Garian salió de detrás de su escritorio y me quedé mirando los tatuajes que subían y bajaban por

sus brazos para serpentear por su nuca y su columna vertebral. Cuando salvó la distancia que nos separaba y su cuerpo alto y musculoso se elevó sobre el mío, algo en mi interior se estremeció.

Y se derritió.

Era mi pareja y el hombre al que llevaba queriendo desde hacía mucho.

Siempre iba a querer a Garian.

—No pareces muy contenta con este cambio de última hora —comentó, deteniéndose para cogerme la mano. Entrelazó sus dedos con los míos y los apretó—. Sé que no todo el mundo ha entrado en razón. Llevará algún tiempo, sólo necesitas tener un poco de paciencia.

Contemplé nuestros dedos entrelazados antes de volver a mirarle a la cara.

—Me gustan los cambios.

Garian esbozó una sonrisa que le iluminó toda la cara, concediéndole un aire infantil y casi aniñado.

—Bien.

—Pero no sé si es suficiente —añadí tras una larga pausa—. Garian, quiero dejar atrás el pasado porque no quiero que me defina, pero no sé si podré hacerlo aquí.

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño.

—Mientras siga con la manada de North Star, sólo se me conocerá como tu pareja y la hija adoptiva de un pariente de Rialus.

Garian me atrajo hacia él y me rodeó la cintura con las manos.

—Eres mi pareja, y eres la hija adoptiva de un pariente de Rialus. No veo nada malo en ello.

Suspiré y levanté la vista hacia él, hacia su rostro liso y anguloso, y me detuve en la barba incipiente que le salpicaba la mandíbula.

—Sé que te cuesta entenderlo, pero no es algo bueno.

—Ayúdame a entenderlo. —Me miró a la cara.

—Me he pasado toda la vida pensando que estaba emparentada con Rialus. Era una gran parte de lo que era, y la gente me juzgaba por ello. Ni siquiera podía culparlos porque sabía bien lo que Rialus había hecho. —Garian apretó los labios, pero no dijo nada—. He pasado de ser rechazada por todos, tú incluido, a ser aceptada. Es demasiado que asimilar.

Garian exhaló un suspiro.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Tragué más allá del nudo que tenía la garganta.

—No creo que puedas hacer nada. No creo que nadie pueda. Ni siquiera yo sé cómo ayudarme a mí misma.

Él se enderezó y retiró las manos de mi cintura. Cuando di un paso, eché de menos enseguida su calor y la sensación de su cuerpo duro y musculoso contra el mío.

Sin él, me sentía desnuda y expuesta. No me gustaba notarme tan vulnerable ni sentir que todo mi destino dependía de Garian y de los caprichos de su manda. Porque no eran mi manada y no tenía ni idea de si alguna vez la sentiría como mía.

—Quieres irte —se dio cuenta Garian. Una miríada de emociones danzó por su rostro—. Después de todo lo que hemos pasado juntos y todo lo que hemos conseguido.

—Cuando me hablaron de la profecía, lo único que quería era demostrar mi valía y ayudar a la manada. Quería que me vieran como algo más que un lastre o una bomba de relojería.

—Y ahora que lo has conseguido, no puedes quedarte. —Garian se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Cuando lo dices así, suena horrible.

Él se pasó una mano por la cara.

—Ayúdame a expresarlo de un modo que pueda entender, porque lo único que pienso es que quieres huir.

—No intento huir —protesté—. Es solo que no creo que pueda encontrar la paz estando aquí.

—North Star es tu manada. No puedes abandonarlos...

—Son tu manada —lo corregí, sacudiendo la cabeza—. No sé si alguna vez sentiré que pertenezco a este lugar, y hasta que no me haya ganado el papel de tu pareja, a lo mejor no debería estar aquí.

Garian dejó caer las manos a los lados.

—Mida, por favor. Creo que tienes que pensar bien lo que dices.

—Lo he pensado —dije, con un hilo de voz apenas por encima de un susurro—. Llevo pensándolo un tiempo. No es una decisión fácil de tomar.

Garian cruzó otra vez la distancia entre nosotros y me estrechó entre sus brazos.

—¿Quieres que te ruegue? ¿Es eso?

Le miré y negué con la cabeza.

—No, no tiene nada que ver con eso. No tiene nada que ver contigo, Garian, y tiene todo que ver conmigo.

Se le escapó un ruido sordo desde el fondo de la garganta.

—¿Por qué no te creo?

Me encogí de hombros y me aparté de sus brazos.

—No lo sé, pero también tenemos mucho que averiguar sobre nosotros.

—¿Qué hay que averiguar?

—Nuestras familias estaban destinadas a unirse porque yo era descendiente de Rialus. Ahora que la verdad ha salido a la luz, no estoy segura de que sigas queriendo aliarte conmigo.

—Ya no tienes nada que ver con un lobo maldito. —Enarcó las cejas—. Creo que eso es algo bueno.

—No si no sabes quiénes son mis padres —señalé, haciendo una pausa para retroceder unos pasos—. Al menos, mientras Rialus estaba en la ecuación, sabías la verdad.

—Mida...

Levanté una mano.

—Ahora eres el alfa, Garian. No puedes permitirte que tu papel y tu posición se vean amenazados, o que se cuestione tu legitimidad, sobre todo por aliarte conmigo. Necesitas una pareja fuerte, una que consolide tu posición como alfa.

—No.

—¿Cómo queno?

—Te quiero a ti. No quiero a nadie más a mi lado. —Me miró directamente mientras hablaba y sus palabras enviaron una oleada tras otra de emoción a través de mi torrente—. Creí que lo había dejado claro.

Di un paso incierto atrás.

—Fuiste capaz de rechazarme una vez, Garian. No creo que te cueste mucho volver a hacerlo.

Su expresión cambió y decayó. Un destello de rabia y dolor cruzó su semblante antes de desaparecer. Me tendió los brazos y dudé. Luego me colé entre ellos y me aferré a él como si todo dependiera de ello.

Sin Garian, ni siquiera estaba segura de que fuera a sobrevivir.

Pero sabía que tenía que intentarlo si quería que alguno de los dos tuviera una oportunidad de ser verdaderamente feliz.

Y no porque las circunstancias nos obligaran a estar juntos.

Un temblor recorrió la voz de Garian, y oí la desesperación y la devastación en su tono, pero me armé de valor. Lentamente, me alejé y puse tanta distancia entre nosotros como me fue posible. Luego giré sobre mis talones, giré el pomo y abandoné la habitación.

Hasta que no supiera que haría a continuación, tenía que mantenerme lo más lejos posible de Garian.

Porque no sabía si era mi salvación o mi perdición.

Capítulo 29

GARIAN

Barrí todos los papeles de mi escritorio con el brazo y vi cómo caían al suelo con un revoloteo. Después, cogí la botella que había debajo del escritorio y me serví una generosa cantidad de whisky. Después de bebérmelo todo, lancé la botella contra la pared y vi cómo se rompía en mil pedazos.

¿Por qué estaba pasando esto?

¿Por qué quería Mida dejarme?

Después de todo lo que habíamos pasado juntos, incluido el enfrentamiento contra una familia sedienta de venganza que casi había partido mi manada por la mitad y destruido a mi madre, no podía creer que hubiésemos acabado así.

No podía ser.

Ya habíamos perdido demasiado.

Ya habíamos sacrificado demasiado.

Y necesitaba a Mida a mi lado para convertirme en el alfa que la de North Star necesitaba.

Ya se escuchaban murmullos a cerca de mis capacidades y sobre si iba a ser capaz o no de liderarlos en este momento tan precario. Ya no contábamos con el apoyo y la sabiduría de los hechiceros de Saint Creek, que habían desaparecido tras la muerte de su anciano, Sirius. Además teníamos que soportar el escrutinio y las sospechas de los humanos y el frágil pacto que pendía entre nosotros.

Había miedo, sospechas y odio en todos los frentes. Incluso dentro de mis propias filas, y poco

podía hacer para impedirlo. Salvo conservar la esperanza de que, con tiempo y paciencia, las viejas heridas se sanarían y la mala sangre entre las especies dejaría de existir.

Sabía que aún nos quedaba mucho camino por recorrer, pero no iba a rendirme.

No iba a tirar la toalla con mi manada, ni con mi pareja.

Mida sólo necesitaba ayuda para darse cuenta de que su sitio estaba aquí, conmigo, e iba a hacer lo que fuera necesario para conseguirlo. Después de servirme otra copa, recogí los trozos de cristal y los eché a la papelera. Luego me acerqué a las llamas rojas y naranjas del fuego, que proyectaban largas sombras sobre las paredes.

Mientras bailaban y crepitaban, le di vueltas al asunto presente en mi cabeza. Después me aparté de la chimenea y salí a toda prisa de la habitación. Subí las escaleras de dos en dos y me detuve ante la puerta de Mida.

Dado que aún no se había ido, sabía que una parte de ella no quería hacerlo, y eso era todo lo que necesitaba para llamar a la puerta y esperar. La puerta crujió al abrirse y sus ojos se abrieron de par en par al verme.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás sangrando?

Me miré la mano, vi que tenía un corte profundo y fruncí el ceño.

—No hay de qué preocuparse.

Mida miró a ambos lados del pasillo vacío y poco iluminado. Tiró de mí hacia dentro y cerró la puerta de una patada con el dorso de la pierna.

—Déjame ir a por algo para limpiarte eso. Ahora vuelvo.

Estudié su habitación, desde el balcón con vistas a las centelleantes luces del cielo nocturno hasta las estanterías y más estanterías con libros a ambos lados de las paredes color crema. En el centro de la habitación, su cama estaba desordenada por haber dormido en ella y tenía un montón de ropa arrugada en medio.

Mida volvió a entrar en la habitación, con el pelo recogido y la cara reluciente de agua.

—No tengo gran cosa. Igual deberíamos ir a buscarte un sanador.

—Ya se curará solo.

Me cogió la mano y una descarga eléctrica me subió por el brazo.

—Al menos déjame limpiarlo.

En silencio, me condujo hasta la cama donde se encaramó al borde. Tras una breve pausa, me senté y me giré para mirarla. Un leve surco apareció entre sus cejas mientras me limpiaba la herida con un trozo de algodón y alcohol en aerosol. Sentí un hormigueo en la piel en todo momento. Cuando terminó y alzó la vista para mirarme, la besé.

Hizo un ruido sordo y me devolvió el beso. Olía a flores silvestres y a jabón de melocotón. La sangre me rugía en los oídos cuando me retiré y apoyé la frente en la suya.

—Sigues aquí por una razón. No voy a renunciar a ti ni a nosotros, Mida —susurré.

No dijo nada cuando me levanté y salí de la habitación. Durante los días siguientes, busqué excusas para hablar con Mida y para pasar el mayor tiempo posible con ella, sonsacándole cosas sobre las renovaciones de la ciudad, las nuevas leyes que se iban a implantar en toda la manada y la conveniencia o no de dar caza a los hechiceros.

La determinación de Mida por irse se iba resquebrajando con cada día que pasaba.

Para cuando el décimo día llegaba a su fin, me encontraba en mi despacho repasando una versión revisada de nuestro pacto con los humanos cuando ella entró. Sin decir palabra, se acercó a mí, me quitó la copa de la mano y se la terminó. Con una sonrisa, salí de detrás de la mesa y la cogí en brazos.

Esta vez, cuando la besé, lo sentí diferente.

Cada centímetro de mí cobró vida ante su proximidad, al sentir su cuerpo apretado contra el mío. Gruñí y mis manos bajaron desde su nuca hasta su cintura. Ella dejó escapar un sonido sordo desde la garganta y se aferró a mis hombros. Cuando la necesidad de respirar se hizo demasiado apremiante para ignorarla, separé mis labios y exhalé. Luego me acerqué a la puerta, la cerré de una patada y eché el cerrojo.

Mida se encontró conmigo a medio camino y se levantó, rodeándome la cintura con las piernas. Mis manos cayeron sobre sus caderas y se las apreté. La sangre me rugía en los oídos, ahogando todos los demás pensamientos, ahuyentando todas las dudas y sospechas hasta que ya no existió

nada más.

Llevé a Mida hasta el sofá.

Me rodeó la cabeza con los brazos y emitió un maullido que retumbó en mi cabeza. Me eché hacia atrás y empecé a acribillarle el cuello a besos ardientes, con la boca abierta. Ella echó la cabeza a un lado y exhaló. Volví a acercarme a su boca y volqué cuanta emoción pude en el beso. Mida me lo devolvió con el mismo fervor y pasión.

Me consumía.

Se frotó contra mí y el rugido sordo de mis oídos se hizo ensordecedor. Su boca bajó hasta mis pantalones donde tanteó la cremallera. Gruñí y cogí sus muñecas entre las mías. Después me levanté, me quité la ropa y me giré hacia ella. A la luz del fuego, estudié a Mida, que se puso en pie y dejó caer los brazos a los costados.

Medio cegado por la necesidad y el anhelo que sentía por ella, le arranqué la ropa, dejándola desnuda y reluciente bajo la luz del fuego. Con un gruñido, caímos de espaldas sobre el sofá, hechos un amasijo de miembros y dientes.

Pasó las manos por mi piel desnuda, dejando un rastro de calor a su paso. Le sujeté los brazos por encima de la cabeza y hundí la cara en su cuello. Olía a jabón y a flores, y quería perderme en ella.

En cada parte de ella.

Luego abrió las piernas y las enlazó alrededor de mi cintura. Le solté los brazos y le lamí el cuello. Cuando abrí la boca y hundí los dientes en su piel, se le escapó un siseo. Cerré los ojos y gruñí contra su piel, el aire entre nosotros se volvió cargado y pesado. Poco a poco, me aparté y me limpié la boca con el dorso de la mano.

La marca de apareamiento en el cuello de Mida brilló contra su piel.

Soltó un gemido y me atrajo hacia ella. Saboreé el anhelo de sus labios y dejé caer una mano entre nosotros. Con un gruñido, introduje un dedo entre sus pliegues húmedos, seguido de otro. Cuando empezó a moverse y a frotarse contra mí, la acaricié, despacio al principio, y cada vez más fuerte hasta que se retorció y sentí sus espasmos contra mí.

Contuve mis propias necesidades en favor de las suyas. Quería prolongar el momento todo lo

posible.

En cuanto me aparté para mirarla, la oleada de emoción que sentía en el pecho creció y se desplegó. La piel le brillaba de sudor, tenía la boca entreabierta y el pelo pegado a la frente. Era lo más hermoso que había visto nunca. De repente, no pude entender por qué había mantenido las distancias ni por qué la había rechazado.

¿Cómo me había convencido de alejarme de ella? ¿De ignorar el fuego que ardía entre nosotros?

De repente, Mida se deshizo en pedazos; la fuerza de su orgasmo la desgarró. Se estremeció y jadeó debajo de mí, con mi nombre como un cántico en sus labios. Mis dedos se quedaron dentro de ella hasta que se quedó totalmente inmóvil y soltó un suspiro profundo y tembloroso. Entonces, me doblé para besarla, con el corazón latiéndome desbocado en los oídos.

Una vez retrocedí, me coloqué en su entrada y aparté los labios. Mida me miró con los ojos encapuchados. En un movimiento rápido, la penetré y me quedé quieto. Ella se retorció y enlazó los dedos alrededor de mi cuello. Lentamente, los deslizó por mi espalda, rozándome la piel sensible hasta que sentí un hormigueo en todo el cuerpo.

Cada roce, cada barrido y cada caricia me volvían loco.

No tardé en salir de ella y volver a entrar de golpe.

La penetré una y otra vez hasta que empezó a jadear de nuevo. Volví a hundir mi cara en el pliegue de su cuello e inhalé su aroma. Nos movimos juntos, a un ritmo lento y constante, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Estaba completamente a su merced.

Y ella también estaba al mío.

Levanté la cabeza, la miré y aminoré el ritmo. Una miríada de emociones danzó por su cara mientras hundía las uñas en mi espalda. Gruñí y coloqué las manos a ambos lados de ella.

Una oleada tras otra de placer se acumuló en mi interior. Así era como debían ser las cosas entre nosotros. Como si el mundo entero no existiera más allá de estas puertas.

Pronto cambié de ritmo y empecé a embestirla con un desenfreno salvaje y animal. Ella me rodeó la cintura con las piernas y se agitó, respondiendo a cada acometida con una propia. Juntos nos

movimos en una danza lenta y sensual. Volvió a caer por el precipicio, jadeando y retorciéndose. Cuando me aparté para mirarla y vi la expresión de éxtasis en su rostro, se produjo mi propia liberación.

Me sacudí y me estremecí contra ella al sentir el clímax.

Después jadeé, con los pulmones ardiéndome por el esfuerzo. Lentamente, me aparté de ella y me desplomé en el sofá. Cuando se me aclaró la vista, atraje a Mida hacia mí y la acurruqué contra mi costado. Tras una breve pausa, apoyó la cabeza en mi cuello y respiró hondo.

—Te quiero, Mida. —Le pasé los dedos por la espalda—. Siempre te he querido. Eres mi pareja, y tu sitio está conmigo. Este es tu hogar.

Mida se revolvió y se echó hacia atrás para mirarme. Tenía los ojos empañados por las lágrimas y la voz le salió gruesa cuando habló.

—Yo también te quiero, Garian. No quiero dejarte.

Levanté la cabeza y la besé.

—Entonces quédate. Podemos resolver esto juntos.

Ella sonrió.

—De acuerdo, me quedaré.

Capítulo 30

GARIAN

—Última oportunidad para cambiar de opinión —bromeó Mida, con los ojos reluciéndole con picardía y humor—. Una vez hagas esto, estarás atrapado conmigo para siempre.

Sonreí y le eché el velo hacia atrás.

—No se me ocurre nada mejor.

Ella enarcó una ceja. Era todo un regalo para la vista con su vestido de novia largo hasta el suelo y el escote pronunciado y los adornos de encaje.

—¿Estás seguro?

Asentí y cogía sus dos manos entre las mías.

—Del todo.

Los labios de Mida dieron paso a una sonrisa impresionante.

—Bien, porque yo siento lo mismo.

Me llevé sus manos a los labios y le di un beso en cada nudillo. Cuando terminé, encajé su brazo en mi codo y me giré para mirar al sacerdote. En las afueras del cementerio, en presencia de la manada de North Star y bajo la luz de la luna llena, los dos intercambiamos nuestros votos.

A Mida el salió la voz segura y firme en todo momento, abriéndose paso con su eco dentro de mi cabeza. Cuando terminamos, me volví hacia ella y le solté las manos. Con una sonrisa, la estreché entre mis brazos, la besé profundamente y ella se derritió contra mí.

El corazón me latía con fuerza cuando me separé de ella.

Se arrimó a mi lado y nos giramos para hacer frente a los atronadores aplausos y vítores que se elevaban en el aire. Con una sonrisa y un gesto de la mano, guie a Mida a través de la multitud y hacia el bosque que bordeaba el cementerio.

Allí nos detuvimos en medio de un claro, donde había una manta preparada junto a una cesta de picnic. Mida sonrió y se recogió las faldas del vestido. Se oyó un leve frufrú cuando se sentó y estiró las piernas hacia delante. Lentamente, me senté a su lado y atraje la cesta hacia mí.

—No tenías por qué haberte tomado tantas molestias —susurró, haciendo una pausa para acomodarse el pelo detrás de la oreja—. La ceremonia ha sido preciosa.

—Siento que haya tenido que ser cerca del cementerio —le dije sin mirarla—. Sé que no es romántico, pero está pensado para ayudarnos a honrar a los lobos que han pasado a la otra vida.

Mida asintió.

—Por supuesto, lo comprendo.

—Tu coronación será mucho más bonita. —Hice una pausa para poner la comida entre los dos —. Te va a encantar.

—No me importa si no lo celebramos —susurró antes de alzar su mirada hacia la mía—. ¿Estás seguro de que es apropiado celebrarlo después de todo lo que hemos perdido?

—Precisamente por eso debemos celebrarlo. La manada lo necesita, y nosotros también. —Nos serví a los dos una generosa cantidad de champán y acerqué mi copa a la suya—. Es hora de que miremos hacia delante, que construyamos un futuro, no sólo para nosotros, sino también para la manada.

Las mejillas de Mida se sonrojaron cuando me miró.

—Me gusta cómo suena eso.

Di un largo sorbo a mi copa antes de dejarla a un lado.

—¿Te arrepientes de haberte quedado?

Negó con la cabeza.

—No, gracias por no tirar la toalla con lo nuestro y convencerme de que me quedara. Si no hubiera sido por eso, no habría empezado a hacer amigos en la manada y a explorar la ciudad.

—Espero que esté siendo todo lo que deseas y más —respondí, deteniéndome para darle un beso en los labios—. Aquí puedes encontrar la paz, Mida. Quizá te lleve algún tiempo, porque te has acostumbrado a que te consideren una marginada y a que te repudien por ello...

Mida salvó la distancia que nos separaba y me besó. Cuando se retiró, me dedicó una sonrisa que me dejó sin aliento.

—Tengo todo lo que necesito aquí mismo, Garian. Solo necesitaba verlo, eso es todo. Me haces sentir segura, apreciada y amada. ¿Qué más podría desear?

Le envolví la barriga con el brazo y me eché hacia atrás para mirarla.

—¿Una familia?

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Sí, algún día. ¿Pero qué tal si primero nos centramos en reconstruirlo todo? Y asegurarnos de que la manada deja atrás lo que pasó con los hechiceros.

—Y no nos olvidemos de tu coronación —añadí con otro beso—. Sé que estás nerviosa, pero ya eres una buena líder. Te admiran y te respetan.

La sonrisa de Mida fue tierna y dulce.

—Me alegro. Aún tengo mucho con lo que ponerme al día.

—Puedo ayudarte con eso. —Mis manos se movieron a la parte posterior de su vestido y la cremallera que había ahí detrás—. Lo único que tienes que hacer es hacer exactamente lo que yo te diga.

Mida soltó una risita.

—¿Ah, sí?

Le bajé la cremallera del vestido y se lo quité de los hombros.

—Por supuesto. Soy una mina de experiencia y sabiduría.

Mida se levantó para quitarse el vestido, dejando que cayera a sus pies.

—¿Cómo he tenido tanta suerte?

Me levanté y mis dedos fueron a parar a los botones de mi camisa.

—No lo sé, pero será mejor que te aproveches.

Las manos de Mida se dirigieron al botón de mis pantalones, que cayeron como formando un charco en el suelo. Salí de ellos, haciendo una pausa para apartarlos de una patada.

—Supongo que no tengo otra opción.

Mi camisa se unió a la pila del suelo y tiré de ella hacia mí, con su cuerpo ataviado únicamente con las bragas y el sujetador. La piel le relucía bajo el resplandor plateado de la luna.

—Eh, Garian.

—¿Mmm?

—No te vas a perder mi ceremonia de coronación, ¿verdad?

La miré y sonreí.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Mida se puso de puntillas y acercó sus labios a los míos.

—Genial, porque tengo una idea en mente sobre lo que podemos hacer.

—Soy todo oídos.

****

Días después, bajo la luz menguante del día, Mida se encontraba en lo alto de las escaleras que conducían a la casa principal, con una pequeña corona en lo alto de la cabeza y su vestido dorado destellando cada vez que se movía. Yo estaba a su lado, con la cabeza alta y vestido con unos pantalones y una camisa a juego.

Todos los miembros de la manada de North Star estaban presentes, mirándonos con asombro y admiración. Poco a poco, íbamos a devolver a la manada su antigua gloria, empezando por la renovación de los términos del pacto con los humanos y terminando por encontrar a los hechiceros de Saint Creek y hacerles rendir cuentas por el papel que habían desempeñado. Este día marcaba el comienzo de una nueva era, una que esperaba que trajera mucha prosperidad y cambio, así como paz. Mi corazón se hinchó con orgullo y calidez mientras Mida se llevaba una mano al pecho y recitaba los votos antiguos en latín.

Cuando terminó y el sacerdote anunció su ascensión, se volvió hacia la multitud, con una sonrisa serena en el rostro.

Todos los lobos presentes estallaron en aplausos.

Le pasé un brazo por los hombros y apreté.

—Felicidades.

Mida ladeó la cabeza en mi dirección.

—No puedo creer que lo hayas conseguido.

—Lo hemos conseguido —la corregí, haciendo una pausa para hacer un gesto amplio con la mano—. Todo esto es por ti también.

Tras eso, el grupo beta encargado de nuestra protección nos condujo al interior. Nos llevaron por un pasillo poco iluminado hacia la sala principal. Allí comprobaron y aseguraron nuestra habitación antes de dejarnos pasar. En cuanto las puertas se cerraron tras nosotros, me volví hacia Mida y la atraje hacia mí.

Mi boca se encontraba caliente y exigente cuando la besé.

Notaba su boca cálida y ansiosa, y sus dedos se movían impacientes sobre los botones de mi camisa. Me los quitó uno a uno en rápida sucesión. Cuando llegó al último, mi camisa cayó al suelo con un revoloteo. Sus dedos fueron a por mis pantalones, pero la detuve. Le agarré ambas manos y utilicé la otra para desabrocharme los pantalones.

Entonces salí de ellos y la hice girar para que quedara apretada contra mi cuerpo. Mida soltó un gemido desde la garganta. Le solté los brazos, que extendió por encima de la cabeza para enredarlos en mi pelo.

—Me vuelves loca, Garian.

Tiré de la cremallera de su vestido y se lo bajé.

—El sentimiento es mutuo.

Cuando se hubo quitado el vestido, se giró para mirarme. Su piel suave y bronceada brillaba bajo el pálido resplandor del sol moribundo. Coló un dedo por debajo de las bragas y se las bajó. Me acerqué a su espalda y desabroché el broche de su sujetador, dejando que sus pechos se derramaran hacia delante.

Lentamente, retrocedí y contemplé cada centímetro de su glorioso cuerpo, empezando por la punta de los pies y terminando en la parte superior de su cabeza. Cuando volví a mirarla a la cara, Mida estaba cambiando su peso de un pie a otro y tenía las mejillas de un rojo intenso. Me bajé los calzoncillos y le sonreí.

Estiró las manos hacia mí y caímos de espaldas sobre la cama, como un amasijo de miembros y dientes raspándose. Sentía que ardía allá donde me tocaba. Me dolía cada hueco que besaba. Deslicé los dedos por su piel cálida y enrojecida y me maravillé con la experiencia. Mi propio cuerpo le respondió poniéndome la piel de gallina. De repente, volvimos a besarnos, con Mida debajo de mí, los brazos sobre la cabeza y yo restregándome contra ella.

No me cansaba de ella.

Tampoco quería.

—Garian. —Se retorció contra mí.

—Alguien está impaciente —bromeé contra su piel—. Ten paciencia, mi amor.

Mida exhaló un suspiro y giró la cabeza hacia un lado.

—Por favor.

Introduje un dedo entre sus pliegues húmedos, seguido de otro.

—Mira lo mojada que estás.

Ella gimió y levantó las caderas del colchón.

—Sólo para ti.

Hundí los dientes en su cuello.

—Bien.

Mis dedos se movieron hacia delante y hacia atrás, cada vez más rápido, hasta que se estremeció contra mí y emitió unos sonidos ininteligibles desde el fondo de su garganta. Cuando le solté ambas manos, cayeron al colchón y se agarraron a las sábanas. Bajé la cabeza, cogí un pezón entre los dientes y tiré.

Una vez pasé al otro pezón, Mida alcanzó el clímax, sacudiéndose y dando espasmos debajo de mí. Esperé a que se le pasara el subidón antes de tirar de su pezón y soltarlo. Entonces me doblé para besarla, volcando en ese beso toda la emoción que pude. Mida enlazó sus dedos alrededor de mi cabeza y suspiró.

Mi corazón se hinchó y creció hasta alcanzar el doble de su tamaño.

Me rodeó la cintura con las piernas y me empujó más cerca. Me posicioné en su entrada, me erguí y, con un movimiento rápido, la penetré. Mida soltó un gritito y se oyó mi nombre en sus labios conforme nos uníamos en uno solo.

Una y otra vez, me salí para volver a entrar en ella, acercándonos cada vez más al borde del abismo. Me pasó los dedos por la espalda, poniendo la piel de gallina en cada centímetro de piel.

Cada beso, cada caricia y cada roce nos acercaba más al otro. No sabría decir dónde empezaba ella y acababa yo.

Sus dedos se clavaron en mis costados y apretaron. Apoyé las palmas de las manos a ambos lados del colchón y tracé círculos con las caderas. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido profundo y gutural. De repente, volvió a retorcerse, viéndose desgarrada por la fuerza del orgasmo. Seguí embistiendo, a un ritmo cada vez más salvaje y frenético, hasta que yo también llegué al orgasmo.

Con manos inseguras, me aparté de ella y me desplomé sobre el colchón.

Mida se acurrucó a mi lado y me echó una pierna por encima.

—No puedo esperar a vivir nuestro futuro juntos, Garian.

Le pasé un brazo por encima de los hombros y le di un beso en la sien.

—Yo tampoco, Mida.